

García de Saura

HOUSTON, TENEMOS MÁS DE UN PROBLEMA



Índice

CUBIERTA

SINOPSIS

DEDICATORIA

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

BIOGRAFÍA

REFERENCIAS A LAS CANCIONES

CRÉDITOS

¡ENCUENTRA AQUÍ TU PRÓXIMA LECTURA!

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Claudia no se imaginaba que, en mitad de su jornada laboral, dos agentes de policía llegarían de improviso a su puesto de trabajo en su busca. Sus incondicionales amigas, Vera y Daniela, testigos de la escena, intentan defenderla exigiendo saber de qué se la acusa. Pero la visita de los agentes esconde una sorprendente y reveladora noticia.

Una frase, unas pistas, un misterio que resolver y un viaje conducirán a Claudia a su único y verdadero destino: Arthur, el hombre más desconcertante y arrebatador que jamás ha conocido.

*Dedicado a mis niñas,
a mis lectores,
y a las personas con verdadera capacidad de amar
y ser amadas*

CAPÍTULO 1

Susurrándole al oído, intento despertar al tío que tengo a mi lado. Ocupa demasiado espacio en mi cama y ya va siendo hora de que cada mochuelo vuelva a su olivo. Anoche la cosa se alargó más de lo debido. Las chicas vinieron al bar con ganas de juerga y, como suele pasar, la que más fuerte acaba pegándose la soy yo. Eso me pasa por hacer los mejores mojitos de toda Valencia... y por tener las mejores amigas del mundo.

—Tío, despierta —digo alzando más la voz, aunque de poco me sirve.

Me recreo durante unos segundos en mirarlo un poco más de cerca, ahora que estoy sobria. No está mal. Moreno, barba recortada, como a mí me gusta, y con los ojos de color... ¡yo qué sé! Me echo una mano a la cabeza, me duele un poco. Debería levantarme para tomarme una pastilla, pero antes quiero comprobar una cosa. Abandono mi frente y atrapo el borde de la sábana para verificar lo que hay debajo. Apenas tengo fugaces recuerdos de mi encuentro con el enésimo amor de barra que duerme plácidamente junto a mí, pero al menos quiero asegurarme de que no he perdido mi *sexapil* y de que supe escoger material de primera. La sábana es de raso, por lo que no me cuesta deslizarla por su musculoso cuerpo. ¡Y vaya cuerpo! Conforme avanzo en mi ardua investigación matutina para mi satisfacción personal, noto cómo mis labios se curvan en una picarona sonrisa. Su torso está desnudo, y me presupongo deleitándome con él anoche enredando mis dedos en el escaso vello que preside su centro. Mi vista acompaña a lo que la suave tela me descubre, aunque, cuando voy a llegar a la entrepierna, se gira sobre sí mismo y me da la espalda. ¡Qué oportuno! Suelto la sábana y me levanto a por esa pastilla que tanto necesito.

En la cocina, enciendo la cafetera y preparo unas tostadas. Si mi dulce despertar no ha surtido efecto, espero al menos que lo haga el olor de un buen desayuno, pese a que, según marca el reloj, ya es mediodía. Mientras los electrodomésticos hacen su función, pongo música; floja, para no empeorar mi dolor de cabeza, pero música, al fin y al cabo. Es una vieja tradición que heredé de mi madre. Recordarla me arranca siempre un hondo suspiro. No sé si porque la odio, porque la echo de menos, o por la envidia que en el fondo me da su impetuosa y disparatada forma de vida. Han pasado más de diez años desde que nos dejó y aún no lo tengo claro.

El café gotea dentro de la jarra de cristal y el bello durmiente sigue sin aparecer por la puerta. Dispuesta a no tener a un invitado más tiempo del estrictamente necesario en casa, me dirijo al cuarto a apartarlo de los brazos de Morfeo. De pie, junto a su lado de la cama, me quedo observándolo un segundo. Por un momento pienso en llevar a cabo mi misión, pero soy curiosa por naturaleza y no me gusta dejar cosas a medias. Aparto la suave sábana que apenas le cubre media cadera. Sigue con los ojos cerrados. Tres cuartos de cadera, la cadera entera y... ¡Joder! ¿Qué demonios es eso?

—¡Despierta, tienes que irte, *vello* durmiente! —No puedo permitir que su selva amazónica siga sobre mis pulcras, *fashion* y caras sábanas—. ¡Mis padres están subiendo en el ascensor! —grito mientras comienzo a recoger su ropa desparramada por toda la habitación. Echarlo de mi cama y de mi casa se ha convertido en mi más imperiosa necesidad—. ¡Date prisa! ¡Puedes vestirte en el descansillo de la escalera! —afirmo entregándole sus cosas a la vez que lo empujo en dirección a la puerta.

Él apenas balbucea cuatro palabras que me niego a escuchar. Estoy demasiado metida en el papel que estoy representando y no quiero que una frase suya lo eche todo a perder.

—¡Corre y no mires atrás! ¡Si te preguntan, no me conoces de nada! ¡Adiós!

Sólo cuando cierro la puerta del apartamento tras su «voluntaria» marcha me permito el lujo de dejar escapar la risotada que llevo un rato reprimiendo. «¡Al final me he quedado sin ver el color de sus ojos!», pienso mientras me río y me encamino hacia ese café que tira de mí. Aunque, a quién le importa..., el bosque no me ha dejado ver el paisaje, y ni falta que hace.

Aún no he dado ni el tercer bocado a la tostada cuando suena mi móvil.

—¡Hola, papá! ¿Qué pasa?

—Hola, Claudia. ¿Podemos vernos para cenar?

—Tengo turno... de noche otra vez. —Sé que es de mala educación hablar con la boca llena, pero es mi padre y hay confianza.

—Hija, no sé por qué te empeñas en trabajar de camarera en ese bar. Tienes estudios y no deberías desperdiciar...

—¿Vas a empezar como siempre? Creía que ese tema estaba más que zanjado.

—Lo sé, Claudia. Pero me duele ver cómo echas tu futuro a perder por...

—Papá..., ¡no!

—Está bien, como quieras. ¿Y mañana a mediodía?

—¿Don Ocupado tiene hueco a la hora de comer? —Mi tono suena más sarcástico de lo normal, pero él sabe cuánto me molesta que insista siempre en lo mismo.

—Sí, es importante. Y siento decírtelo, pero soy el único de la familia que...

—¿Dónde quedamos?

—En el Green a las dos. ¡Y no te retrases!

—No lo haré. Adiós, papá.

—¡Claudia, espera!

—¿Qué quieres? —La desgana fluye libre de mi garganta.

—¿Recuerdas lo que te enseñé de pequeña?

—¿A andar?

—¡Claudia, no estoy para bromas!

—Pues explícate mejor.

—Hija, es sumamente importante. ¿Recuerdas la frase? Esa que te enseñé cuando eras pequeña y estábamos en la cabaña del lago y...

—¿A qué viene eso ahora?

—Claudia, por favor. Dime, ¿la recuerdas?

—Sí, papá.

—Dímela.

—Que debo dejarme llevar por la corriente. ¿Sabes qué es lo gracioso de todo esto? Que es justamente lo que hago y, sin embargo, tú te empeñas en insistirme en que haga lo contrario.

—Hija, es importante.

—Mi vida también lo es, papá.

—Necesito que recuerdes la frase, cielo.

—¿Qué te ha dado hoy con la maldita frase?

—Haz un esfuerzo. —Su tono es tan apagado que me afano en recordar la maldita frase.

—«Nada más abrir los ojos, fíjate dónde te lleva la corriente» —claudico.

—¡Eso es! No la olvides nunca, hija.

—Está bien, papá, como tú digas. —No sé qué manía le ha entrado hoy, pero me tiene un poquito harta—. ¿Algo más?

—Te quiero, Claudia. No lo olvides nunca. Hasta mañana.

—No lo haré. Hasta mañana.

Siempre que mi padre insiste en que siente la cabeza y todo lo relacionado con ello, me quedo con una sensación extraña y un exasperante malestar. Sé lo

mucho que deseaba que siguiera sus pasos, pero no puedo evitar sentirme entre dos aguas, entre dos mundos dispares y heterogéneos que tiran de mí incesantes y de un modo que me cuesta asimilar. Por un lado, está él, con su parte severa, recta y disciplinada. Y, por el otro, está la alocada de mi madre, que nos dejó para vivir su propia aventura con su profesor de baile; bachata, creo. Desde que se marchó no hemos sabido nada de ella, ni creo que lo hagamos. Me consta que mi padre la buscó, pero ella borró todo rastro que pudiera llevarnos hasta su nuevo paradero. Según ella misma me contó en su última carta la mañana que se marchó, y que dejó sobre la mesilla de mi cuarto en la que era la casa familiar, estaba harta de continuar viviendo una mentira. Me confesó que se sentía sola. Las largas horas y los interminables días que mi padre pasaba en el laboratorio le demostraron que él vivía por y para el trabajo, y que ella se había hartado de ser su segundo plato. Nunca sentí que no me quisiera, al contrario. Y me lo corroboró en las líneas que me dejó escritas junto a mi cama. En ellas también me dio uno de los mayores consejos que he recibido: que fuese yo misma quien forjara mi camino, que no permitiera que ningún hombre me dijera ni me impusiera cómo debía vivir mi vida. Al principio me costó mucho afrontar su marcha; pensé que era la peor madre del mundo. Pasé por diferentes etapas, como la de odiarla y desearle todo lo peor por habernos abandonado. Ésa fue la primera. La segunda vino con el paso del tiempo, me di cuenta de que ella era un alma libre, tal y como yo me siento. Dejé de culparla hace años, y desde entonces vivo mi vida como me da la real gana. Fue nada más licenciarme en Filología Inglesa (una profesión que nunca he llegado a ejercer, aunque he sacado partido de ella para multitud de trabajos de camarera). Y ahí, entre dos mundos dispares, es donde me encuentro ahora: entre la bohemia y liberal de mi madre y mi padre, el estricto e internacionalmente conocido y valorado biólogo molecular, el doctor Valero.

La pastilla empieza a hacerme efecto pasadas las tres del mediodía, hora en la que termino de recoger la cocina. A media tarde, un nuevo juego de mis supersábanas de raso descansa sobre mi enorme cama. Sé que no son de lo más práctico ni cómodo, pero ¿quién necesita ser práctica cuando se está soltera, en plena juventud, con veintiocho años, con unas amigas alocadas y una vida completamente independiente? Pues eso mismo digo yo.

Al acabar de ducharme, me cubro el cuerpo con una toalla grande y la cabeza con otra mediana. Canturreando y bailando —sí, también tengo música en el baño—, me voy directa al espejo. Me lo tomo como un ritual, un vicio que cogí

de pequeña y que, a día de hoy, sigo repitiendo con esa típica sonrisa malvada de «como venga mi madre y me pille, se va a liar parda». Con el baño lleno de vaho, paso el dedo índice por el espejo, sobre el que escribo lo más importante y destacable de las últimas veinticuatro horas. Es como mi diario particular. Las últimas palabras de ayer aún se ven, aunque hay una que siempre prevalece y que escribo en primer lugar: «Viajar». Cada día me limito a reescribirla con el firme deseo de que alguna vez se cumpla. Las chicas y yo llevamos años planeando y soñando con hacerlo, con poder salir de España y perdernos en algún rincón del mundo. Tanto es así que siempre tenemos el pasaporte listo para hacerlo. Una vez que la palabra resalta y se distingue con claridad, añado las nuevas. En esta ocasión elijo «Mojitos» y «Bosque». Sonríó al contemplar el resultado.

Mi apartamento no es muy grande, pero es perfecto para mí. En cuanto la agente inmobiliaria me lo enseñó, me enamoré perdidamente de él. Fue amor a primera vista, un auténtico flechazo directo y acertado; de esos en los que el corazón se te acelera, las manos te sudan y sientes cómo la entrepierna se te humedece, en contraposición con la boca, que pasa a un estado de estricta y severa sequía. Eso fue lo que sentí nada más entrar por la puerta. Se suponía que debía sentirlo por un hombre, pero en mi caso fue por este piso, mi refugio particular. El alquiler no era excesivamente caro y podía permitírmelo, y ese mismo día firmé el contrato. A diferencia de otros apartamentos que había visitado, éste tenía un amplio salón comedor con cocina americana, un único dormitorio grande con un increíble tocador femenino, un vestidor eficiente y un baño pequeño aunque coqueto, con todo lujo de detalles, incluido un espejo enmarcado en plata envejecida, que hace la vez de diario.

Envuelta en las toallas, y tras dejar mi resumen sobre el empañado cristal del baño, me dirijo hacia mi acicalado tocador. Detalles como éstos son los que justifican que las chicas me apoden *la Princess*. «Antes muerta que sencilla», suelo decirles para defenderme y excusar mis glamurosas costumbres. En ocasiones puedo llegar a ser algo salvaje y bicho, razón por la que también me apodan *Bug* —«bicho» en inglés—, pero siempre... con clase y estilo. Mientras me seco el pelo recibo varios mensajes de las chicas. Se mueren por repetir la jugera de anoche, y se citan para vernos en el bar. Con la sonrisa que siempre logran sacarme, les contesto que allí las espero. Antes éramos cuatro, pero *la*

Lover, como apodamos a la primera que se desposó del grupo, se enamoró perdidamente de su actual marido y se marchó a vivir con él a Argentina. Desde entonces, apenas nos vemos.

* * *

Trasnochar tiene sus consecuencias, y una de ellas es que el día siguiente se me hace mucho más corto, tal y como se me ha hecho éste, que cuando vengo a darme cuenta, ya estoy de vuelta otra vez en el trabajo. Llevo de camarera en este bar algo más de cuatro años. Situado en La Patacona, una playa preciosa a siete kilómetros del centro de Valencia, es uno de esos típicos lugares que tanto están ahora de moda. Con un marcado estilo *chill out*, durante la tarde es una cafetería envuelta en un ambiente relajado; al caer la noche, el café y el típico *gin-tonic* dejan paso a un exclusivo *gastropub*. Y, por último, las primeras horas de la madrugada, con las que cerramos los turnos, el bar se transforma en un local de copas.

Mi jefe, un tío más pijo y señorito de lo normal, nos espera a mis compañeros y a mí para hacer el cambio de turno. Como cada día, nos pone al tanto de las posibles novedades: que si el serpentín está recién cambiado, que si ha entrado una nueva marca de whisky y ese tipo de cosas. Mi trato con él, así como con el resto de mis compañeros, podría calificarlo de muy bueno. Lo cierto es que, desde que llegué aquí, exceptuando los que se han marchado por diversas razones, todos me acogieron de buen grado. Pese a parecer un tópico y a que él sea un pijo redomado, ha conseguido que entre todos reine el buen rollo y que nos sintamos como una gran familia. No voy a negar que sea un trabajo duro, que lo es, pero me encanta. Me proporciona la libertad que tanto me gusta, y que un frío cubículo o una claustrofóbica oficina no me permitirían jamás. Aquí he conocido a mucha gente, y aunque la mayoría son de una clase social media-alta, lo cierto es que, como en botica, hay de todo.

Nuestro uniforme es negro y básico, y yo me las ingenio para adornarlo de alguna forma. Al principio mi jefe me puso algunos reparos, pero con el tiempo ha ido dejándome como una causa perdida y me permite añadir algún complemento, siempre y cuando no afecte en gran medida al atuendo en sí. Hoy he decidido ponerme uno de mis collares engarzados con grandes piedras plateadas, que conjugan a la perfección con mi melena larga de color castaño, que cae sobre mi esbelta espalda.

Estamos casi a principios de verano, y eso se nota en el ambiente. La terraza está a rebosar de gente, con todas las mesas ocupadas, y los de mi turno no damos abasto. Tan inmersa en mis quehaceres estoy que ni me percató de que las chicas hacen acto de presencia. Cuando lo hago, tras atender a una de las diez mesas que llevo en el exterior, me quedo mirándolas. Es una manía que tengo, me gusta observar a la gente; otra razón más por la que me gusta mi trabajo. Están sentadas a la barra, tan guapas como siempre, para no perder la costumbre.

—¿Les pongo algo, señoritas? —pregunto colocándome frente a ellas, al otro lado de la barra.

—Hola, bombón. Yo un mojito, ya lo sabes. —Ella es Daniela, la menor del grupo, una rubia tan dulce y cariñosa que no dudamos en apodarla *la Sweet*.

—Yo estoy entre cicuta y una motosierra. ¿Qué es más rápido? —Y ella es Vera, la morena con boca de rayo, apodada *la Balay*. En su caso, el motivo es más largo de contar.

—¿Qué ha pasado? —interpelo mientras lleno un par de vasos con hielo picado y observo de reojo cómo la Sweet resopla resignada.

—El sinvergüenza de Vic, que me la ha vuelto a liar porque iba a salir con vosotras.

—¿Desde cuándo vuestra relación es tan... formal?

—Que yo sepa, desde nunca. Pero se toma ciertas libertades que no debería tomarse.

—Pobre —comenta la rubia.

Su amparo hacia Vic despierta la ira de la Balay.

—¡Alto ahí, hermana! Soy yo la que debería darte pena.

—¿Estás segura? —Mi mirada de soslayo hace que recapacite su respuesta.

—Vale, pena no. Pero tampoco debería dársela él —se defiende Vera.

—Pero él quiere que avancéis en vuestra relación —insiste la Sweet—. Eres tú la que se empeña en apartarlo.

—Ahí lleva razón —intervengo de nuevo.

—¿Las dos en mi contra? Ah, no, por ahí no paso. Os voy a dejar algo muy clarito. —Su dedo índice estirado y amenazador va de la cara de la Sweet a la mía, y viceversa—: Víctor y yo no somos pareja. Él es sólo un *follamigo* al que le permito pernoctar en mi *house* de vez en cuando.

—Y comer —añade de modo valiente la Sweet.

—Sí.

—Y cenar —agrego yo.

—También. —A estas alturas, su tono se ha rebajado, como lo ha hecho su dedo, que languidece casi inerte.

—Y poner lavadoras.

—¡Eh, de eso nada! Él no toca mi lavadora.

—Ahí lleva razón —afirmo forzando un falso semblante serio mientras clavo los ojos en los de Daniela.

—¡Ja! —suelta Vera orgullosa, recolocándose de nuevo en su silla.

—Claro —remato cuando ya no me siento amenazada por su pequeño dedo —, porque ella es la que las pone, y él sólo se limita a embestirla mientras se agacha. —He aquí un resumen de por qué Vera tiene el mote de *la Balay*.

Mi último comentario es motivo de las carcajadas de las tres. Entre una risotada y otra, dejo dos posavasos sobre la barra y, sobre ellos, los dos mojitos que les he preparado. Ambas brindan antes de beber de sus respectivas pajitas, cuando dos enormes y guapos policías entran por la puerta. Vera casi se atraganta al verlos.

—¡Viva el cuerpo! —suelta nada más tragar. Es la frase que usa siempre que un uniforme aparece ante ella. Sobre todo, si se trata de hombres guapos, como lo son esos dos.

Los policías se dirigen a la barra y las tres observamos cómo hablan con Emilio, uno de mis compañeros.

—¡Madre mía, quién fuera porra! —Las tres reímos con su comentario—. Daniela, ¿llevas mi carnet? —Cuando Vera se arranca, no hay quien la pare. Su tono de voz es más alto de lo normal; tiene la firme intención de que los susodichos la oigan—. ¡Ay, que me he *dejao* el carnet en casa!

—Un día te vas a llevar un disgusto —murmura la Sweet sin dejar de mirarlos.

Yo también lo hago, pero pronto me percató de que algo pasa. Mi compañero no les está sirviendo nada. En su lugar, compruebo que centra la mirada en mí. Los policías hacen lo mismo y continúan haciéndolo mientras se encaminan hacia nosotras. Mi compañero lo hace igualmente, a este lado de la barra.

—Si ya lo sabía yo. Vera, vienen hacia aquí, haz el favor de comportarte —espeta la Sweet.

—Siempre lo hago, bonita. Si fuesen *highlanders*, no me pedirías tal cosa.

—¡Ay, pues la verdad es que no! Ellos sí que tienen clase y estilo.

—Pero mira que eres cursi.

—Me vuelven loca. ¿Qué quieres que te diga?

—¡Viva el cuerpo! —grita una vez más la Balay cuando los policías llegan hasta nosotras, pese a tenerlos a menos de un metro de distancia.

—Claudia, estos agentes... —empieza a decir Emilio.

—Si no le importa, nos encargamos nosotros —corta uno de los policías a mi compañero. Su tono y su semblante son tan serios y rotundos que hasta Vera se ha quedado muda.

—Como quieran. Yo sigo a lo mío. —Su apretón en mi brazo y su mirada corroboran mis sospechas de que algo no va bien.

—Gracias, Emilio.

—¿Señorita Valero? —indaga el mismo agente.

—Sí.

—¿Es usted Claudia Valero?

—Ya le ha dicho que sí. ¿Acaso está sordo?

Mi reprobatoria mirada acalla el murmullo de Vera.

—Sí, soy yo.

No quiero aparentarlo, pero estoy tan nerviosa que tengo que apoyarme en la barra.

—Necesitamos que venga con nosotros.

—¿De qué se me acusa? —Cuanto antes lo sepa, mejor.

—Que sepamos, de nada —interviene su compañero—. Pero no es ése el motivo por el que estamos aquí.

—Y ¿cuál es, si puede saberse?

—Debe acompañarnos, por favor.

—¿Ahora? Estoy trabajando.

—Nosotros nos encargaremos de eso.

—No pueden detenerla sin decirle antes de qué se la acusa —suelta Vera levantándose para colocarse frente a ellos.

—¿Quién es usted?

—Su abogada.

Alucinada, observo a la valiente Balay plantándoles cara, pese a ser mucho más baja que ellos. Es tan menuda que incluso sentada en la silla estaba más alta.

—Tía, ¿qué haces? Si tú sólo eres dependienta —murmura Daniela, que ya no sabe qué hacer para que cierre la boca.

—Tienen que leerle sus derechos primero...

—Vera —mascullo entre dientes.

—E informarla de qué se la acusa —continúa ella.

—Señorita, no lo ponga más difícil. Ese procedimiento es el que usted ve en las películas. Y le repito que no estamos aquí por esa razón.

—¡Vera! —Por fin he conseguido llamar su atención, momento que aprovecho para negarle con la cabeza en un rápido movimiento—. Por favor, díganme qué ocurre.

—Señorita Valero, debe acompañarnos a la Ciudad de la Justicia. Su padre ha fallecido.

CAPÍTULO 2

«Confusa» es una palabra que se queda corta para definir cómo me sentí en el instante en el que firmé el certificado de autorización de autopsias. Cinco hombres me rodeaban: dos de ellos policías —distintos de los que vinieron al bar a recogerme—; otro, vestido de paisano, y los dos últimos con bata blanca, adornada con sus rígidos rostros y sus apáticas miradas. Una parte de mí se percataba de todo cuanto ocurría a mi alrededor, pero la otra seguía todavía preguntándose si no estarían equivocados. Hacía apenas unas horas estaba hablando con mi padre, y ahora...

La sala de espera donde aguardo junto a mis amigas es fría y tétrica, como lo es todo este lugar. No sé cuánto tiempo ha pasado desde que he firmado el maldito papel, pero ya empiezo a desesperarme. «¿Mi padre? ¿Muerto?», me pregunto una y otra vez, aún sin dar crédito a lo que está ocurriendo. Las chicas me arropan y no me abandonan ni un segundo. No existen palabras de consuelo, y les agradezco que no entren al trapo con las típicas frases de condolencia.

—¿Señorita Valero?

—Soy yo.

Tengo ante mí al señor que fue testigo de mi firma, el único que iba vestido de paisano.

—Inspector Gache. Acompañeme, por favor.

¿En serio? ¿Inspector Gache? ¿Como el inspector Gadget de los dibujos animados? No sé si reírme o echarme a llorar, algo que aún no he sido capaz de hacer.

De forma automática, me levanto y lo sigo un paso por detrás hasta un despacho, igual de gélido que el resto del edificio. O, al menos, así me lo parece a mí. El hombre, un señor bajo, calvo y con cara de pocos amigos, me invita a tomar asiento. Estoy por decirle que estoy harta de estar sentada, pero omito el comentario y acepto su invitación. Él hace lo mismo al otro lado de la mesa.

—Verá, señorita Valero...

—Llámeme Claudia.

—Si no le importa, seguiré llamándola por el apellido. Gajes del oficio —se excusa tras mi reprochadora mirada—. Verá, señorita Valero, sé que aún está consternada por la noticia, pero me han asignado este caso, y todo cuanto hemos averiguado ha pasado por mis manos, por lo que puedo asegurarle la veracidad

del mismo. Aquí tengo el informe del forense; no ha tardado mucho, lo suficiente para confirmar nuestras sospechas, dada la situación con el escenario en el que hemos encontrado el... a su padre.

—¿A qué tipo de escenario se refiere?

—Señorita Valero, la autopsia, junto con las pruebas halladas en el domicilio de su padre, confirman que se quitó la vida, precipitándose desde la terraza de su vivienda.

—¿Quitarse la vida? ¡¡¡¿Está diciendo que mi padre se suicidó?!!! ¡Eso es imposible! ¡¡¡No!!!

—Sé que es duro de asimilar. Por ello, debo informarla de que tenemos a su disposición un equipo...

—¿De investigadores?

—De psicólogos que la ayudarán a afrontar y sobrellevar la pérdida.

—Aquí el único que está perdido es usted. ¡Le repito que mi padre no se ha suicidado! ¡He hablado con él hace unas horas y...!

—Tal vez quería despedirse.

—¿Y por eso quedamos para comer mañana?

—Tal vez cambiara de opinión en el último momento.

—¿Piensa ayudarme a averiguar qué le ha pasado a mi padre o va a quedarse ahí diciendo una sandez tras otra?

—Le repito que no hay ninguna investigación más que hacer por nuestra parte. Ya está hecha, y la conclusión ya la sabe.

—¡Alguna marca en la espalda debe de tener! ¡Algo que demuestre que él no se tiró!

—El forense no ha hallado prueba alguna que lo corrobore.

—¡Pues yo le corroboro que alguien ha matado a mi padre!

El inspector se levanta para rodear la mesa y apoyar las nalgas en ella cuando está frente a mí.

—Me imagino por lo que estás pasando —afirma con los brazos cruzados en un tono más calmado—. Sé que es duro, pero cuanto antes lo afrontes será mejor para ti. Lo siento mucho, Claudia.

—¡Para usted, Señorita Valero! —suelto incorporándome de la silla en un rápido movimiento. La rabia bulle en mi interior. Siento como si por mis venas circulara lava en lugar de sangre en el instante en que mis ojos se clavan en los suyos apenas a unos centímetros de distancia—. ¡Pienso averiguar qué le ha ocurrido a mi padre, con o sin su ayuda! ¡Voy a demostrar que se equivoca, y no

pararé hasta verlo arrastrarse ante mí para pedirme disculpas por su ineptitud! — remato antes de girarme para salir por la puerta, no sin antes dar un portazo, quebrantando así el aterrador silencio del lugar.

* * *

—¡No puedes estar hablando en serio!

—Baja la voz —le exijo. Vera puede llegar a ser de lo más estridente cuando se lo propone.

—¿Cómo puedes pensar que esos hombres son los asesinos de tu padre?

—¿Y quiénes son, entonces?

Conozco a todos los asistentes al entierro, excepto a esos tres trajeados.

—Gente del laboratorio, amigos de tu padre, loqueros que vienen a por ti...

—Claudia, cariño, puede que Vera tenga razón y sólo sean compañeros de trabajo. —Daniela parece estar de su parte.

—¿Me vais a ayudar o no?

—Dinos qué necesitas —dice la pequeña terremoto tras un suspiro.

—No dejéis que se vayan sin averiguar quiénes son y lo que los unía a mi padre.

—Hombre, es que estamos en la iglesia y con el cuerpo presente...

—¿Desde cuándo te importan los formalismos, Balay?

—Vale, vale. Te capto. Sweet, bájate la camiseta, que se te vea el escote.

—Pero ¿qué haces?

—Hacer lo que me pides.

El escote casi le llega ya al ombligo, y sus meloncitos asoman indulgentes por encima del sujetador con relleno.

—¿Quién te ha dicho que te los ligue? —No sé si estranglarla aquí mismo, pero lo cierto es que no estoy para más duelos.

—Y ¿cómo pretendes, si no, que les saque información?

—Existe algo llamado lengua.

—Lo de lamerlos directamente no va conmigo. Antes me gusta un poco de conversación. —Estoy a punto de echarle las manos al cuello cuando se apresura a continuar—: Es broma, lo siento. Todo esto me tiene un poco nerviosa, y ya me conocéis.

—Vera, si tú estás nerviosa, imagínate cómo está ella —dice Daniela señalándome.

—Está bien. Iré yo —claudico ante tanta verborrea.

No les he dado tiempo a contestar. Mis piernas caminan solas en dirección a los tres hombres misteriosos. Conforme me acerco, me fijo un poco más en ellos. El más alto es castaño, aunque su pelo está muy empañado por las canas, que cubren al menos la mitad de su corto cabello. El segundo es rubio, casi albino. El tercero es el más bajo, es moreno y el único afeitado de los tres. No conozco a ninguno, pero algo me dice que debo llevar cuidado; hay algo extraño en ellos.

—¿Eran amigos de mi padre? —No soy de andarme con rodeos, y menos ahora, que tengo a mi parte Bug ganándole el terreno a mi parte Princess.

—Encantado de saludarla, señorita Valero —responde el moreno—. Soy el doctor Acosta, y ellos son los doctores Robinson y Ehrlich —afirma señalando primero al castaño y al rubio después.

Uno a uno, les estrecho la mano, hasta que siento cómo el contacto con el más alto me produce un extraño escalofrío.

—¿De qué lo conocían?

—Trabajamos con él hace muchos años. Nos conocimos en un simposio en Heidelberg, Alemania, y desde entonces nos unía una estrecha amistad.

—Recuerdo haber oído hablar sobre esa convención —miento.

—¿Sí? —La entonación con la que me ha hecho la simple pregunta me pone los pelos de punta.

—Claro. Ustedes son los doctores que trabajaron con él en ese asunto tan... —bajo el tono de voz para impedir que pueda oírme la gente de alrededor—, ya me entienden.

—¿Su padre le contó lo que hicimos? —Pese a hablar perfectamente español, el acento americano delata al alto misterioso.

—Por supuesto que sí —vuelvo a mentir.

Los tres se miran de un modo extraño, con un semblante más serio de lo normal. La tensión es tal que hasta puedo sentirla palpitando en su cuello.

—¿Qué le dijo exactamente?

«¿Eso que le cae por la frente es una gota de sudor?» Algo me dice que me estoy acercando demasiado.

—No me dio muchos detalles, pero me contó más que suficiente para saber lo mucho que los unía ese... asunto confidencial.

—Desconocíamos el grado de confianza que había entre ustedes —interviene el alemán. No sólo está claro que es alemán por el apellido, sino que, además, su acento no deja lugar a dudas.

—Siempre hemos estado muy unidos —digo.

Cada vez me fío menos de ellos.

—¿Dónde se encuentra su madre, por cierto?

—La pobre no ha podido venir, se hallaba indispuesta. Espero que sepan perdonarla.

—Faltaría más —contesta el español—. Dele el pésame de nuestra parte y transmítale nuestras condolencias.

—¿Hacía mucho que no hablaban con él? —Vuelvo a la carga.

—Los doctores llevaban algo más de tiempo. Yo, en cambio, tuve oportunidad de hablar con él la semana pasada.

Vale, a estas alturas ya sé que no son de fiar y ocultan algo importante. Pero mi instinto me dice que, si estoy en lo cierto, debería desviar el tema o podría convertirme en su próximo objetivo. Con un esfuerzo más agudo de lo normal, logro sacar mi parte Princess para volver a dirigirme a ellos.

—Me alegra que al menos tuviera la ocasión de poder hablar con él recientemente. Por cierto, veo en sus caras una cierta preocupación a raíz de lo que acabamos de hablar. Les aseguro que pueden estar tranquilos. Lo que pasó en Alemania se queda en Alemania. No voy a ir corriendo a contárselo a mi madre. Ya sabemos lo débil que es la carne. —Espero que mi guiño y mi tono sensual surtan el efecto deseado.

Afortunadamente, no tengo que esperar mucho para comprobar que así es. Los tres se miran y comienzan a reír a carcajadas, ganándose la reprochadora mirada de cuantos han venido a velar el cuerpo de mi padre.

—Espero que puedan disculparme. Debo atender al resto de las personas. Un placer conocerlos. Aunque me habría gustado que fuese en otras circunstancias.

—El placer ha sido nuestro —remata el moreno español con una leve inclinación de cabeza.

Durante toda la tarde tengo que aguantar el tipo recibiendo las condolencias de unos y de otros, hasta que por fin me voy a casa. No tengo hambre. Las chicas han insistido en acompañarme y traer comida china, pero las he convencido para que me dejasen a solas. Necesito pensar con detenimiento todo lo que ha ocurrido y, sobre todo, hacerlo con claridad y calma. Sé que puede parecer raro, pero aún no he conseguido llorar a mi padre. Algo dentro de mí se niega a cejar en el empeño de averiguar la verdad, de descubrir quiénes eran realmente esos tres hombres, qué ocurrió en Alemania y qué es lo que tanto les aterraba que yo supiese. Mi padre era un hombre reservado y apenas nos contaba qué era

exactamente lo que hacía en el Centro de Investigación Príncipe Felipe, que es donde trabajaba, aunque algo me dice que esto va mucho más allá y que quizá, sólo quizá, pueda ser el motivo de su muerte.

Cansada de tanta paranoia y de no encontrar ninguna respuesta en mi apartamento, cerca de la medianoche, cojo las llaves del coche y me voy a su piso. Todo está en calma, envuelto en un silencio sepulcral que me pone la carne de gallina. Hacía tiempo que no venía a esta casa, pero aún sigue conservando ese característico olor que me invade nada más entrar por la puerta. Dejo las llaves en el recibidor con la firme intención de encender la luz de la entrada. Aún sigo alumbrándome con la del pasillo del edificio. Pero cuando voy a pulsar el interruptor, un ruido llama mi atención. Proviene de su despacho, que está al otro lado de la vivienda. No tengo muy claro si salir huyendo o ir a la cocina a por un cuchillo. Me decanto por esta segunda opción, dejándome invadir por mi parte Bug. Conozco la casa de memoria y, a tientas, entro en la cocina, que es la primera puerta del pasillo a mano izquierda, y cojo el cuchillo más grande y recio que encuentro en el primer cajón. De puntillas, comienzo a recorrer el pasillo. Tengo que hacerlo así porque mi parte Princess ha optado por unos puñeteros tacones para venir aquí. ¡No podría haber escogido unas simples zapatillas de deporte, coño, que no iba a una fiesta! Por fortuna, acallo a mi atolondrada mente centrándome en no hacer ruido al pisar la madera del parquet que cubre el suelo de la vivienda. Conforme avanzo, veo el reflejo que la tenue luz del despacho proyecta en el primero de los cuatro dormitorios. Con la mano que me queda libre, me apoyo en la pared para no perder el equilibrio. Quiero llegar a mi destino sin ser descubierta. El sonido que hago al pisar es menor del que hace la persona que está en el despacho, abriendo y cerrando cajones sin parar. Por un instante me pregunto en qué andaba mi padre metido para despertar tanto interés. ¿Y si es uno de ellos? ¿O los tres juntos? No debo de haberlo pensado mucho, pues, de haberlo hecho, habría escogido la primera opción y me habría largado pitando para llamar a la policía. ¿Acaso voy a enfrentarme a los tres hombres yo sola? ¿O a uno, pero igual de alto que ellos? Miro hacia arriba y me muerdo la lengua en señal de autocastigo por ser tan... gilipollas. Ésa es la palabra que mejor me define ahora mismo, que ando de puntillas, a oscuras, apoyada en la pared, con un cuchillo en la mano, y a un metro escaso de mi destino. ¡Un momento! ¿Qué estoy haciendo? Ésta es mi casa, no tengo por qué comportarme como una ladrona en su primer golpe. Harta de mis pensamientos paranoicos, tomo aire, dejo caer los tacones y, con una furia que no sé de dónde

demonios sale, llego hasta el despacho. Estoy dispuesta a todo, y así me manifiesto cuando me coloco bajo el marco de la puerta, llena de ira y de rabia, a la vez que temerosa por lo que pueda pasar. Está en la silla, tras la mesa del despacho de mi difunto padre, con la lamparita encendida iluminando su envejecido rostro. Se percata de mi presencia y clava sus oscuros ojos en los míos. El corazón me late desbocado, me cuesta respirar. Y sólo un suave susurro logra salir de mi boca:

—¡Mamá!

CAPÍTULO 3

—¿Qué haces aquí?

—Creo que esa pregunta debería hacértela yo a ti.

—Había recreado en mi mente este momento, aunque nunca pensé que me recibirías con un cuchillo en la mano.

—Eh... —Lo dejo sobre una silla que hay junto a mí—. ¿Qué haces aquí, mamá?

—No llegué a tiempo al entierro de tu padre, pero he aprovechado para venir a buscar un par de documentos.

—¿Cómo te has enterado?

—¿Se te olvida que el periódico publica esquelas?

—No sé quién los avisó, por cierto.

—Entraba en el acuerdo que tu padre tenía con el seguro. Ya sabes cómo era para sus cosas.

—¿Qué buscas? —Yo y mi manía de ir al grano.

Podría sentarme frente a ella, pero me siento más cómoda de pie donde estoy.

—Esto..., buscaba un seguro.

—¿Qué clase de seguro? —Su mirada vacilante me hace sospechar que miente.

—Ya sabes..., de esos que...

—¡Mamá!

—Pero ¿qué tipo de recibimiento es éste? Anda, ven aquí, que te dé un abrazo. Hace años que no te veo.

Su predisposición y el hecho de que se haya levantado para acercarse me confirman mis sospechas. ¿Por qué en las últimas cuarenta y ocho horas no dejo de descubrir que todo el mundo me oculta algo?

Cuando llega frente a mí, me rodea con los brazos y yo la dejo hacer. Sigue usando el mismo perfume, ese que tanto me gusta y que permito que mi nariz absorba hasta invadir mi cerebro de inolvidables recuerdos. Después de tantos años resulta reconfortante encontrarme de nuevo bajo su cobijo. El paso del tiempo no ha logrado mermar la calidez que sólo una madre puede aportar.

—Cuánto echaba de menos abrazarte.

—Al parecer, no lo suficiente.

Diez años. Diez años han pasado desde la última vez que lo hizo.

—Por lo que veo, sigues igual de cariñosa.

—Y tú igual de interesada.

Mis palabras han puesto fin al maternal abrazo, y dan paso a una trivial conversación entre dos personas, casi extrañas entre sí, que se miran con recelo.

—Quería asegurarme de que todo estaba bien. Eso es todo.

—Si te refieres al testamento no está aquí.

—Estás preciosa.

—No puedo decir lo mismo.

—¿Te va bien en el trabajo?

—Sí.

—¿Te pagan bien?

—No puedo quejarme.

—¿Tienes novio?

—¿Qué haces aquí, mamá?

—Intentar un imposible.

—Es tarde.

—¡Cierto! —afirma mirándose el reloj de la muñeca.

—No me refiero a eso, y lo sabes.

—Debo irme.

Se encamina hacia la puerta.

—¿Hasta la siguiente esquila?

Mi pregunta la frena en seco y la hace volverse hacia mí por un instante.

—Entiendo que seas tan mordaz después de tanto tiempo, pero no tendré en cuenta lo que acabas de decirme. Creo que será lo mejor para ambas.

Y, así, dejándome con la palabra en la boca, observo con el rabillo del ojo cómo mi madre, esa a la que llevaba tantos años sin ver y sin saber nada de ella, se marcha una vez más. De nuevo, sin una explicación clara, sin tener conocimiento de adónde va, sin saber a qué ha venido ni cuándo volveremos a vernos. Contengo el aire en los pulmones hasta que oigo cerrarse la puerta de casa. Es entonces cuando dejo salir un hondo suspiro, un aliento que llevo conteniendo desde que he puesto un pie en la entrada. Rodeo la mesa y me dejo caer en la silla que era de mi padre; me tiemblan las piernas. Con los codos apoyados sobre la regia mesa de madera maciza y la cabeza descansando sobre mis sudorosas manos, trato de recobrar la normalidad, respirando hondo y calmando mis apresurados latidos. Intento negarme a recordar por qué nos

abandonó, pero el hecho de haberla visto y de haber estado con ella aquí, en el santuario de mi padre, provocan mi derrumbe y, por fin, después de casi dos días, dejo salir el dolor que llevo dentro.

* * *

No sé cuánto tiempo llevo llorando a moco tendido, pero es eso mismo lo que me cuelga y humedece mi labio. Abro los cajones que tengo a mi derecha esperando encontrar un pañuelo, sin resultado alguno. En los cajones del lado izquierdo tampoco encuentro nada con lo que limpiarme. Sobre la mesa todo está excesivamente ordenado, tal y como a él le gustaba tenerlo. Pero justo cuando voy a levantarme para ir al baño, me doy cuenta de que hay algo que no cuadra, algo que llama mi atención: el estuche de bolígrafos y plumas está en el lado derecho, junto a la lamparita que reposa encendida sobre la mesa. ¿Qué hace en ese lado si él era zurdo? «Vale..., mi madre.»

Harta de sentirme sucia, me dirijo por fin al baño, de donde regreso repuesta y dispuesta a encontrar cualquier indicio que demuestre el verdadero motivo de la muerte de mi padre. Durante horas registro cada rincón del despacho. En las películas he visto cómo esconden cosas bajo la mesa o tras los cajones, pero esto es la realidad, y aquí no hay nada anormal. Decenas de carpetas relacionadas con la biología molecular, informes con palabras ininteligibles para mí, sin nada que destacar o que llame en particular mi atención. No encuentro nada que pueda ayudarme en mi objetivo. Miro en cada libro por si guardaba alguna nota entre sus cautivadoras hojas. Tampoco. Cuando vengo a darme cuenta, el ornamentado reloj de la pared marca las cinco de la madrugada y siento cómo los párpados me pesan con sólo verlo. Apenas he pegado ojo en dos días y estoy extremadamente agotada. Camino por el pasillo y, guiada por mi subconsciente, me tumbo sobre mi antigua cama... hasta que pierdo la razón.

* * *

El móvil vibra en el bolsillo, bajo mi cuerpo. Me giro para poder llegar hasta él y, sin mirar la pantalla, contesto la llamada. Son las chicas. Las atiendo con una voz que parece más de ogro que de ser humano. No tardan en hacerme mil y una preguntas acerca de dónde y cómo estoy, lo que he desayunado y toda esa clase de interrogantes que son más bien propios de madres que de amigas. Mis respuestas son cortantes y escuetas, lo que las hace percatarse de que algo sucede. ¡Es lo que tiene conocerse tanto! En apenas unos minutos, Vera y Daniela están al otro lado de la puerta llamando al timbre.

—¿Qué hacéis aquí?

—¡Coño, Princess, qué pinta llevas!

—Balay, todavía puedo darte con la puerta en las narices.

Aún no he acabado la frase cuando la muy sinvergüenza ya ha entrado sin necesidad de invitación.

—Tía, nos tienes preocupadas —añade la dulce Daniela, sacudiendo su larga melena rubia e imitando a la otra.

Después de un par de cafés, comienzo a recobrar el juicio, y es el momento que escojo para sincerarme con las chicas. Sentadas a la mesa de la cocina, se lo cuento todo al detalle.

—¿Tu madre ha estado aquí? —inquire Vera.

Asiento con la cabeza. El gesto de incredulidad en el rostro de mi amiga me será difícil de olvidar durante un tiempo.

—Y ¿qué quería?

—Según ella, buscaba los papeles de un seguro.

—¿Qué seguro? —La Sweet no se muestra tan asombrada como la morena, pero sé que le intriga el tema tanto como a ella.

—Ninguno. Me mintió. Lo sé. Pero, fuera lo que fuese, tengo claro que era algo importante para ella.

—¿No tienes ni idea de qué puede ser?

—No.

—¿El de vida?

—Imposible, estaba en una de sus carpetas a la vista. No me costó encontrarlo. De todas formas, todo el mundo sabe que, en caso de suicidio, el seguro no se hace responsable.

—Eso es cierto.

—Pero debía de ser algo muy importante para que decidiera venir a esas horas en lugar de ir al entierro. Extraño, ¿no creéis? —inquire la rubia.

—Sí, Daniela. Pero he registrado el despacho a fondo y no he encontrado nada que pudiera interesarle a ella, ni tampoco nada que corrobore que estoy en lo cierto con respecto al asesinato de mi padre. Supongo que buscaba el testamento —comento llevándome las manos a la cara.

—Claudia, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿No te da miedo todo esto?

—Y ¿por qué iba a darle miedo? —Vera se adelanta a mi respuesta.

—No sé. Su madre a medianoche, esos tres hombres. No me da buena

espina.

—Pues a mí no me asusta. —La firmeza de Balay me alienta y me enorgullece al mismo tiempo—. Al contrario, a mí todo esto me pone cachonda.

—¡Vera!

—¿Qué? Me gustan las series de misterio e intriga: «CSI», «Bones», «Castle»..., ¿sigo?

—¡Tú no estás bien de la cabeza! ¿Qué propones?, ¿que nos pongamos a investigar por nuestra cuenta?

—Chicas, no quiero meteros en esto —intervengo—. No sé con qué puedo encontrarme ni la peligrosidad que puede llegar a encerrar.

—¡Somos un equipo, así que dinos por dónde empezamos! —anuncia Balay al tiempo que se pone en pie y se remanga, un gesto que me arranca una turbada sonrisa.

—¿Por qué siempre tienes que andar metiéndonos a todas en follones? —Daniela se siente molesta.

—No pienso dejar sola a Claudia. Si ella dice que su padre no se suicidó es que no lo hizo. —Con lo menuda que es Vera y su pose con los brazos en jarras plantándole cara a la Sweet, temo echarme a reír aquí mismo, pese a lo rocambolesca que es la situación—. ¿Vas a dejarlo correr o piensas ponerte manos a la obra?

—Hija, parece que quieras que me ponga a limpiar.

—Limpiar, lo que se dice limpiar, no creo que sea lo que debemos hacer. Si hay que poner este lugar patas arriba, lo haremos. ¿Estás con nosotras?

El silencio de Daniela nos hace dudar a ambas.

—¡Está bien, pesada! —afirma al fin, levantándose—. Por buscar un dichoso papel o lo que sea que debemos encontrar no va a pasar nada.

—Ése es el problema —comento—, que no sé qué debemos buscar.

—Sea lo que sea, lo encontraremos —resuelve Vera—. ¡Vale, lo tengo! Vosotras imaginad que sois inspectoras. Cada una de una serie. Yo me pido «Castle». Daniela, tú serás como el tío de «El mentalista». Y tú... —Mis cejas levantadas la paran en seco. La quiero mucho, pero a veces se le va la olla. Ésta es una de ellas—. Bueno, tú serás la que nos coordine, serás como la Fox. Si en una serie logran encontrar al asesino, imaginaos todas las series juntas. ¡Seremos la caña!

—Estás loca —resopla resignada nuestra amiga rubia.

—Bueno, ¿qué dices, Princess? ¿Sacamos a la Bug que llevas dentro y

vamos a por ellos? Seguro que son pocos y cobardes.

—No sé cuántos son ni si son unos gallinas, pero lo que sí sé es que os quiero con locura.

—Y nosotras a ti —dicen al unísono al tiempo que las tres nos fundimos en un largo abrazo.

—¡Coño, ya lo tengo! —suelta entonces Vera escondida bajo nuestros brazos—. ¡Seremos como los Ángeles de Charlie!

—De ángeles tenemos poco —replica Daniela—. Y no tenemos ningún Charlie.

—Vale, tienes razón. Aceptamos «barco» como animal acuático.

Continuamos abrazadas en silencio durante unos segundos. Su cariño es, cuando menos, mi mejor medicina. Ellas son mi mejor apoyo, el mayor pilar al que aferrarme en cada momento.

* * *

Al caer la noche y con una casa digna de haber sufrido uno de los mayores terremotos registrados a lo largo de la historia, nos marchamos agotadas sin haber encontrado nada que pueda ayudarnos a resolver ningún posible misterio. Hemos revuelto toda la vivienda, hemos mirado debajo de los colchones, dentro de las cisternas, examinado a conciencia cada uno de los armarios, e incluso hemos vaciado las macetas de la terraza desde donde, supuestamente, mi padre se precipitó al vacío. Pese a la parrafada que nos ha soltado Vera, pocos policías podrían haber hecho un registro tan exhaustivo como el nuestro. ¡Somos la envidia de la Fox, de la AXN y de la HBO juntas! Aunque de poco nos ha servido.

Desmotivadas y cansadas, nos despedimos en el portal del edificio para encaminarnos a nuestras respectivas casas. Me muero por ir a mi apartamento y darme un baño caliente. Así lo hago nada más llegar. Mientras el agua comienza a ascender por las paredes de la bañera, añado las sales y enciendo algunas velas aromáticas, todo ello acompañado de una buena música relajante y una copa de vino. Suelo ducharme por el tema ahorro de agua y esas cosas, pero hoy necesito obsequiarme con una buena inmersión.

El agua está en su punto justo cuando me sumerjo. Las burbujas flotan y cubren casi la totalidad de la superficie. Tomo un sorbo del néctar de los dioses que hay en mi elegante copa de cristal y cierro los ojos. Durante los primeros segundos logro no pensar en nada, aunque mi distensión dura mucho menos de lo deseado. Decenas de imágenes rondan por mi cabeza una y otra vez,

impidiéndome lograr un verdadero estado de relax. Las preguntas «¿Por qué?» y «¿Quiénes?» priman en cada representación. Una desolada lágrima resbala por mi rostro cuando recuerdo mi última conversación con mi padre. Nunca pensamos que va a ser la última vez que vamos a hablar con alguien querido. De haberlo sabido, no le habría hablado de aquella forma. Le habría dicho lo mucho que lo quería y habría ido corriendo a su lado. Una nueva lágrima recorre ahora el otro lado de mi cara, lo que me obliga a concentrarme en lo que debo hacer y no en lo que podría haber hecho. Retomando el recuerdo de nuestra última conversación, confirmo una vez más que no había nada en su tono de voz que me indicara que pensaba poner fin a su vida, aunque sí es cierto que parecía que algo lo preocupaba. «Es importante», comentó en el instante en que me emplazó para quedar.

—¿Qué escondías, papá? —susurro entre las húmedas y retumbantes paredes del baño.

«Forense», «autopsia» y «suicidio» son palabras que también se repiten incansables una y otra vez en mi mente. Lo mismo que la imagen de los tres hombres trajeados. Pero ¿qué diablos guardaba mi padre? Fuera lo que fuese, lo hizo a buen recaudo. A no ser que lo hiciera en su trabajo, cosa muy poco probable, pues sería el primer lugar al que habrían ido sus asesinos. No, allí es imposible que haya nada; mi padre era demasiado cuidadoso para cometer un error así. ¿Puede que esté en el testamento? La lectura es mañana por la mañana, según me han indicado esta tarde cuando me han llamado desde la notaría. ¿Estarán allí las respuestas que estoy buscando?

Con las yemas de los dedos arrugadas y cansada de tanta reflexión sin respuesta, me bebo el poco vino que me queda en la copa y salgo de la bañera. Con el pelo recogido en un moño, me envuelvo el cuerpo con mi toalla preferida. Adoro la suavidad con la que me acaricia la piel. Quito el tapón de la bañera y me dirijo a mi diario, o, lo que es lo mismo, mi querido espejo empañado. Pero ni con todo el alcohol que me hubiese bebido a lo largo de mi vida habría imaginado encontrarme con algo parecido a lo que contemplan mis ojos. El corazón comienza a latirme con fuerza, y noto cómo la presión que siento en el pecho me impide respirar. Bajo las palabras borrosas «Viajar», «Mojitos» y «Bosque», que escribí hace dos días, hay una nueva, perfecta y clara que obviamente yo no he escrito: «Cabaña».

CAPÍTULO 4

Un segundo es lo que tardo en abrir la puerta del baño y salir a recorrer descalza mi pequeño apartamento. Esta vez no llevo ningún cuchillo; lo más peligroso que llevo es la horquilla que sujeta mi melena en un moño. Es la segunda ocasión que me aventuro a indagar y a enfrentarme a un posible intruso en apenas unas horas. Esta facilidad de riesgo con peligro de muerte nunca había sido un detonante en mi vida, pero ahora parece estar convirtiéndose en una costumbre. Como era de esperar, no hay nadie.

Mientras termino de aplicarme la crema corporal y de ponerme el pijama, pienso en todo lo que me está ocurriendo. Mi tranquila y monótona vida ha dejado de serlo en un abrir y cerrar de ojos. Uno no está nunca preparado para este tipo de cosas. La vorágine de acontecimientos que estoy viviendo apenas me ha dejado llorar la muerte de mi padre, ni tan siquiera asimilarla. Aún pienso que me va a llamar o que va a aparecer por la puerta. No solía visitarme mucho, pero ahora daría todo lo que tengo porque lo hiciera. «¡No es momento para dejarme vencer por el dolor!», me digo. Una frase que no tarda en hacer efecto. Sé que él no se quitó la vida; algo dentro de mí me lo asegura. Ahora siento rabia y una destructible impotencia que lo único que hace es despertar mi deseo de venganza y de dar con la verdad. Estoy totalmente convencida de demostrarlo, y no voy a parar hasta conseguirlo.

* * *

La notaría está en pleno centro de la ciudad. No me apetece nada hacer esto, pero es parte del proceso y de poder avanzar en mi plan. Puede que en el testamento halle también alguna respuesta a mis múltiples preguntas. Le he pedido a Daniela que me acompañe para que haga de testigo, y la recojo de camino a las oficinas.

El notario es un hombre bajito y mayor que aguarda al otro lado de su mesa, en su moderno despacho. Pronto me llama la atención la chaqueta tan antigua y pasada de moda que lleva, y lo mucho que contrasta con el resto de la oficina.

—Señorita Valero, señorita Blanco, gracias por venir. —Ambas asentimos con la cabeza—. Antes de comenzar con la lectura del testamento, me gustaría presentarle mi más sentido pésame por la pérdida de su padre, señorita Valero.

—Gracias.

—Sin más dilación, paso a leerle el testamento abierto de don Luis Valero...

No sé exactamente en qué momento desconecto el chip y dejo de prestarle atención. Creo que desde el «señorita Valero», pero no estoy muy segura. Mientras él continúa con su retahíla de argumentaciones legales, me centro en los extraños cuadros escoceses de su chaqueta. ¡Dios mío, es tan horrible que no puedo dejar de mirarla! ¿Por qué el dinero no está asociado a la clase y al estilo?

—... que, hallándose en pleno uso de sus facultades mentales...

«Las que te faltaron a ti para comprarte esa dichosa chaqueta —me digo—. Porque, ¡joder, qué cosa más horrenda!»

—... es testigo de este acto doña Daniela Blanco...

De reojo, miro a mi amiga para asegurarme de que está bien. La Sweet es de esa clase de personas que te despiertan tu lado más tierno y unas ganas irrefrenables de protegerla y cuidar de ella. La conozco desde hace años, y en muy pocas ocasiones la he visto decir una palabra más alta que otra. Es la dulzura y la ternura personificadas.

—... a mi única hija, doña Claudia Valero Ramos, los siguientes bienes: la vivienda...

El notario comienza a enumerar las propiedades que mi padre me ha dejado en herencia: su casa, con todo el mobiliario y los enseres que hay en su interior, así como sus obras de arte y joyas; el coche; una cuenta con varios miles de euros y la cabaña de la Albufera. En ese instante, la imagen del espejo regresa como un torbellino a mi mente.

—¿No hay nada más? —Intervengo cuando acaba de enumerar. La mirada reprochadora del notario me hace darme cuenta de que tal vez haya podido malinterpretar mi pregunta—. ¿Ninguna carta, ningún documento importante?

—Siento informarla de que dentro de este expediente no hay nada más.

—Está bien, prosiga —remato volviendo a acomodarme en el asiento y rindiéndome ante la evidencia de que aquí tampoco voy a hallar nada que responda a mis preguntas.

Media hora después, Daniela y yo ya estamos en el coche, camino del trabajo de Vera. Ella, con la convicción de que su mejor amiga ahora no va a tener problemas para llegar a final de mes, y yo con la de ir cuanto antes a la cabaña en busca de respuestas.

—Claudia, igual no es del todo correcto dadas las circunstancias, pero quiero decirte que me alegro mucho por ti.

—Sé lo que quieres decir.

—Ahora vas a tener una vida acomodada. Podrás dejar tu diminuto

apartamento para volver a tu casa.

—¡Pero a mí me gusta mi apartamento! —me defiendo.

—Tienes razón, igual es pronto para mudarte.

Guardo silencio unos segundos, hasta que decido sincerarme con ella.

—Daniela, puede que te resulte raro y que incluso te parezca inhumano por mi parte, pero te aseguro que no es dolor lo que más siento en este momento.

—¿No te da pena que se haya...? Tú ya me entiendes...

—Sí, claro que sí. Eres tú la que no me entiende a mí. Ahora mismo lo que más deseo es averiguar qué le ocurrió a mi padre.

—Sigues empecinada en eso.

—¿Acaso pensabas que era algo pasajero?

—No, es sólo que...

—Entiendo que te asuste todo esto. Como también entiendo que no quieras ayudarme... —Acabo de ganarme su mirada recriminatoria.

—¡Yo no he dicho eso!

—Sé que no lo has dicho, pero entiendo que no puedo obligarte. —Le agarro la mano—. Si te soy sincera, yo también estoy algo asustada. Pero te aseguro que ahora mismo no hay ninguna otra cosa que quiera más en el mundo que averiguar quién mató a mi padre y por qué. ¿Puedes al menos entenderlo?

—Lo entiendo. Supongo que habría que estar en tu piel para saber lo que estás sintiendo. Ya te lo dije: puedes contar conmigo. Y con Vera también.

—Gracias, Dani.

—¡No me llames así, sabes que lo odio!

—Lo siento, Dani —insisto.

Luego las dos nos miramos y sonreímos.

Son ya las dos del mediodía cuando Vera termina su jornada y se reencuentra con nosotras. Dando un paseo hasta el restaurante donde hemos acordado ir a comer, la Sweet y yo no tardamos en ponerla al día de los últimos acontecimientos. Durante casi toda la comida tengo que escuchar los diferentes comentarios acerca de lo rica que voy a ser, la cantidad de ropa que voy a poder comprarme y un sinfín de cosas más. Sólo cuando llega la hora del postre logramos dejar el monotema para centrarnos un poco más en la historia de Vera y su chico, Víctor, al que cariñosamente llama *Vic*.

—Tías, ya no sé cómo quitármelo de encima.

—¿Desde cuándo quieres... quitártelo? —Estoy tan sorprendida que hasta se lo pregunto con la boca llena.

—Es que está demasiado pendiente de mí. No para de enviarme mensajitos a cada momento.

—¡Unas tanto y otras tan poco! —comenta Daniela con un suspiro.

—Sweet, lo siento por ti, pero es la verdad. No me gusta que estén continuamente preguntándome qué tal me ha ido el día, cuándo vamos a quedar o qué demonios he tomado para desayunar.

—Eso es síntoma de que le gustas y de que se preocupa por ti.

—Pero yo no quiero nada serio con él. Se lo dije desde el primer día. Yo sólo quiero su cuerpo.

—Pareces un hombre.

—¿Por qué? ¿Por decir la verdad?

—Yo estoy con ella —la defiende.

—Gracias, Princess. —Ambas chocamos nuestros puños.

—¿Veis? Hasta ese gesto es masculino —nos reprocha la rubia.

—Y ¿eso quién lo ha dicho?

—Vale, vale. Sois dos contra una. Me rindo. ¿Le has dicho lo que piensas?

—*Of course*. Un millón de veces, pero no parece enterarse.

—Sí que lo hace —intervengo—, sólo que es más fácil ignorarte.

—Pues como lo mande a tomar viento veremos quién ignora a quién.

—Pero si en el fondo te gusta que estén pendientes de ti.

—Por una parte, sí, lo confieso —se justifica ella mirando a Daniela—. Pero necesito catar otro hombre, variar un poco. Es difícil sentirse soltera con alguien como él.

—Pásaselo a la Sweet, que la pobre tiene falta —digo guiñándole el ojo a la susodicha.

—¡Me gusta la idea! —afirma ella siguiéndome el juego—. Mañana por la noche tengo libre.

—¡Ah, no, de eso nada! —Vera nos mira a ambas sin salir de su asombro.

—Podrías ponerte ese vestido que te compraste la semana pasada, el del escote de infarto —continúo.

—Buena idea. Y podría completarlo con el sujetador negro que tanto me realza las...

—¿Os habéis vuelto locas? —insiste la morena del grupo, pero nosotras la ignoramos.

—Puedo dejarte mis zapatos de Jimmy Choo, esos que tanto te gustan.

—¡Ay, sí! Me muero por ponérmelos.

—¡El empotrador es mío! —vuelve a la carga la ignorada.

—Y ¿en qué bolso has pensado? ¿Qué te parece una cartera?

—Ideal. Así me deja una mano libre para poder hacer con ella lo que quiera.

—¡Basta! ¿Queréis dejaros de gilipolleces? Vic es mío.

—¿En qué quedamos?

Por fin le hacemos caso.

—Si quieres quitártelo de encima, ¿qué más te da?

—¡Está bien, está bien! —dice con las palmas de las manos en alto en señal de rendición—. No quiero dejarlo. En el fondo me pone que me diga todo eso y que esté pendiente de mí. ¿Era eso lo que queríais oír?

—¿Tú qué dices, Sweet? ¿Lo damos por válido? —pregunto con sorna.

—Yo creo que sí. Aunque lo de los zapatos sigue pendiente.

—¡Hecho! —afirmo chocando ahora con ella el puño justo antes de romper a reír a carcajadas.

Vera intenta por todos los medios no dejarse llevar por nuestras risas y, simulando estar muy enfadada, nos suelta para rematar la conversación:

—¡Iros a la mierda!

A media tarde, me despido de las chicas y me voy a mi apartamento. Sólo el tiempo que estoy con ellas y nuestras animadas charlas consiguen que me olvide de todo. Aún llevo una ligera sonrisa en la cara cuando subo en el ascensor. Las chicas son increíbles, y sé que gracias a ellas... Mis pensamientos y la leve curvatura de mis labios desaparecen en cuanto pongo un pie en el rellano. La puerta de mi apartamento está entreabierta. Siento cómo el corazón se me desboca conforme me acerco. Mi vista se centra en la cerradura: a simple vista no parece forzada, ni siquiera el marco de la puerta muestra roce alguno. Con sigilo, llego hasta ella y pongo especial atención en escuchar cualquier ruido que proceda del interior. Aguardo unos segundos sin oír nada, lo que me da la confianza suficiente para empujar la puerta con un dedo y abrirla casi en su totalidad. La mandíbula casi se me desencaja al comprender lo que ven mis abiertos ojos: alguien ha estado aquí y lo ha revuelto todo.

* * *

—Señorita Valero, ¿a qué hora se marchó del domicilio? —pregunta uno de los policías que han venido en cuanto he llamado a emergencias.

Un segundo está dando vueltas, y un tercero, vestido de paisano, toma huellas de la puerta.

—A las once y media. A las doce tenía cita en el notario.

—¿A qué fue allí?

—Oiga, con el debido respeto, creo que eso no es de su incumbencia.

—Señorita, trato de hacer mi trabajo lo mejor posible.

—Pues, hasta donde yo sé, ustedes están aquí para averiguar quién ha entrado en mi casa, no para saber qué es lo que hago en mi tiempo libre.

—¿«Tiempo libre»? ¿No tiene trabajo?

Por un momento me parece oler el humo que, imparable, imagino saliendo de mis orejas.

—No estoy en paro, si es lo que pretende insinuar.

—¿Puede que se dejara la puerta abierta antes de marcharse a su cita con el notario?

—No.

—Verá, señorita... Valero —argumenta tras echar un ligero vistazo a su libreta—, no hemos hallado indicios de que la puerta haya sido forzada. Y, según usted nos comentó nada más llegar, han entrado a robar.

—Así es. —Me gustaría saber adónde quiere ir a parar.

—¿Ha echado algo en falta?

—No. Quiero decir que no lo sé. Lo primero que he hecho ha sido llamarlos.

—¿Me está diciendo que no sabe si le han robado?

—¿Acaso no ve en qué condiciones está el apartamento?

La imagen es desoladora. Todos los cajones están abiertos, y todo lo que había en su interior se halla desparramado y repartido por todo el suelo. Hasta los asientos de los sofás están fuera de su sitio.

—Sí lo veo, y por eso mismo se lo pregunto. No se han llevado la televisión, ni el portátil, y por lo que me ha indicado mi compañero, en su dormitorio hay un joyero lleno de joyas.

Empiezo a sentirme mareada. El policía vestido de paisano no para de dejar su maldito polvo negro en cada cajón, agarrador o pomo de cada puerta que hay en la casa, mientras que yo me estoy quedando sin respuestas ante las acusaciones que intenta hacerme el agente.

—Quiero hablar con el inspector Gache —suelto de pronto.

—¿Conoce al inspector Gache?

—Es obvio que sí, ¿no le parece?

—Me temo que eso no va a ser posible. El inspector Gache está en otro departamento.

—Ya, en homicidios.

—Veo que sí lo conoce. ¿Me va a decir ahora que han asesinado a alguien?

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Dígame.

—¿Usted ha venido aquí a ayudarme o a tocarme las narices?

—Señorita, procure no faltarme al respeto, o me veré obligado a...

—¡Fuera de mi casa!

—¿Cómo dice?

—¡Ya me ha oído! ¡Fuera de mi casa! ¡Váyanse los tres!

Los otros dos han dejado de hacer lo que estuvieran haciendo para mirarme con el entrecejo fruncido sin entender nada.

—¿No quiere poner denuncia de lo ocurrido?

—Lo que quiero es que se marchen. ¡Ahora!

—Como desee. Vámonos —les ordena a los otros dos, cerrando su libreta y metiéndosela en uno de los bolsillos—, aquí ya no hay nada que hacer.

Ambos obedecen, el uniformado se coloca junto a nosotros y el de paisano comienza a guardar sus cosas en su pequeño maletín.

Con media casa untada de polvo negro y una impotencia que me corroe todo el cuerpo, los acompaño hasta la puerta. Para mi desazón, aún logro oír al agente que ha estado interrogándome susurrar un «¡Estaba claro!» antes de cerrar. Estoy tan enfadada que cuando los tres están en el rellano, cierro dando un enorme portazo. A continuación, sin pensarlo dos veces, me apresuro a ir a mi dormitorio. Toda la ropa está esparcida por la habitación, sobre la cama o en el suelo, pero no me detengo en eso ahora. De lo alto de mi armario, cojo mi maleta y guardo en ella lo imprescindible para pasar un par de noches. Antes de cerrarla, me paso por el baño y hago lo mismo. Cuando ya creo tener todo lo necesario, agarro mi bolso y, sin mirar atrás, salgo de mi apartamento arrastrando mi *trolley* con una idea clara en la cabeza: llegar cuanto antes a la cabaña.

CAPÍTULO 5

De camino a La Albufera, y tras pasar por un supermercado que me pilla de paso, pongo el manos libres y llamo a Vera. Aún tengo los nervios dominando mi cuerpo, pero consigo contarle todo lo sucedido. Al hacerlo, me doy cuenta de lo peligroso que se está volviendo todo esto.

—¿Adónde vas?

—Eso ahora no importa.

—¡No digas tonterías!

Mis amigas son lo único que me queda en la vida, razón de más por la que debo protegerlas.

—Es mejor que no lo sepáis.

—Dímelo —exige.

—Vera, escúchame, por favor. Necesito que confíes en mí y que os mantengáis al margen de todo.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo?

—Sí, y por eso lo hago. Vera, créeme, esa gente es peligrosa. Todo esto es mucho más serio de lo que en un principio pensaba. Están buscando algo y aún no sé qué es. Pero, sea lo que sea, debo encontrarlo antes que ellos.

—Está bien.

—Prométemelo. —La conozco y sé que debe hacerlo. Es la única manera que tengo de que cumpla lo que dice.

—He dicho «Está bien». Prométeme que me llamarás en cuanto llegues a donde diablos te estés dirigiendo.

—Lo haré.

—¿Cuándo tienes pensado volver?

—No pienso hacerlo hasta que dé con ello.

—Ten mucho cuidado, Claudia.

—Lo tendré. Adiós.

Cuando finalizo la llamada, la idea de que ellos hayan podido adelantarse y de que la cabaña pueda estar patas arriba me estremece. Sin tiempo que perder, piso aún más fuerte el acelerador para apresurarme en llegar cuanto antes.

* * *

Hace años que no venía por aquí. El paisaje que este maravilloso rincón natural ofrece me invade nada más llegar. Aún no se ha puesto el sol y el atardecer me brinda unas vistas que logran calmar en gran medida mi ansiedad.

En esta época del año ya empieza a notarse el ajetreo de las numerosas personas que vienen a pasar el día. Con la firme intención de perderme lo menos posible, bajo la ventanilla y aspiro la brisa indiscutible de este hermoso lugar. Miles de recuerdos llegan a mi mente en forma de numerosas diapositivas pasando una tras otra. Esos mismos recuerdos son los que me guían y me llevan hasta el recóndito lugar donde se ubica la cabaña. Mi padre la escogió por la tranquilidad y la paz que la rodeaba. Por unos días, era nuestro destino obligado en vacaciones, aquí solíamos venir cada verano y cada Semana Santa.

Despacio, aparco frente a la vieja casa. Tendrá ya cerca de los cien años. Tiene la fachada descuidada; ya poco queda del blanco impoluto que lucía cuando venía de pequeña. El tejado a dos aguas y la cruz que hay justo encima se ven un poco mejor; supongo que el color oscuro siempre sabe disimular un poco más el paso del tiempo. Mi vista se centra en la puerta, que está completamente cerrada. Dejo salir un suspiro al recordar la imagen de mi apartamento; no sé cuánto tiempo tardaré en borrarla, no estoy segura. De mi bolso saco la enorme llave de hierro y entro en la casa. Afortunadamente, todo está en calma. Una a una, voy abriendo las ventanas para dejar pasar la luz. No tardo mucho en hacerlo, tan sólo hay un salón con cocina, un baño y dos dormitorios. En proporción, y pese a tener una habitación más, creo que es más pequeña que mi apartamento arrendado. Con nostalgia, entro en el que era mi cuarto: un diminuto espacio que recordaba mucho más grande. La cama y el armario están cubiertos por viejas sábanas, y de la lámpara cuelgan enormes telarañas, como las que hay en cada rincón del techo. El dormitorio de mi padre, en cambio, está mucho más limpio. A diferencia del mío, en éste no hay ninguna red tejida por un arácnido. La cama y el armario están cubiertos, excepto el lavabo que hay a los pies de la cama. Mi padre nunca quiso deshacerse de él, decía que afianzaba la antigüedad que tenía la casa y que le aportaba carácter y personalidad. Mi madre, en cambio, opinaba lo contrario; detestaba ver un elemento del baño en su cuarto, y aún más la larga tubería que está a la vista y que recorre media pared. Al final no tuvo más remedio que rendirse ante la insistencia de él, aunque al menos consiguió que nunca lo usara.

Con la luz entrando por las ventanas, me doy cuenta de que el salón tampoco está demasiado sucio. A diferencia de los dormitorios, aquí sólo está cubierto el sofá. Extrañada, paso el dedo índice por encima de la mesa maciza de roble.

Apenas tiene polvo. Un pequeño zumbido proveniente de la cocina llama mi atención. Tras pasar la barra, observo que el frigorífico está enchufado. Y lleno de comida.

—¿Qué hacías aquí, papá? —pregunto en susurros.

No tenía ni idea de que mi padre seguía viniendo a este lugar. Pensaba que había quedado atrás en el pasado, como muchas otras cosas.

Empiezo a tener hambre y, antes de que anochezca, me preparo algo rápido para cenar. La noche va a ser larga y debo tomar fuerzas. Por suerte, no hay mucho donde buscar, hay poco mobiliario y no creo que tarde demasiado en encontrar lo que diablos sea lo que escondió mi padre. He sacado del coche la maleta y la bolsa con las cosas que he comprado en el supermercado, entre ellas cerveza. La primera me la bebo casi de un trago. Mi parte Princess está a buen recaudo, y no me corto un pelo en dejar salir un enorme eructo. La segunda me la tomo con más calma, y mis flatulencias posteriores son menos sonoras. Cuando termino y recojo, comienzo mi búsqueda por el lugar más sencillo: el baño. Sólo hay un plato de ducha, un inodoro, un lavabo y un diminuto armarito, que no tardo en examinar. ¡Uno menos!

El registro continúa en mi dormitorio. Al quitar la sábana que cubre el viejo colchón, la nube de polvo que levanta me hace toser. Cegada por la polvareda, vuelvo a la cocina, me lavo la cara y cojo un trapo con el que taparme la nariz y la boca. Camuflada como una atracadora de bancos, regreso al cuarto cuando oigo un coche acercarse. Rápida como jamás pensé que sería capaz, pulso el interruptor que hay nada más entrar en la habitación para quedarme a oscuras. El corazón me bombea tan deprisa que temo que se me vaya a salir del pecho. Agachada para no ser vista, regreso a la cocina en busca de un buen cuchillo con el que defenderme. ¡Esto empieza a ser una costumbre! De vuelta al salón, y sin pañuelo que me cubra, intento ocultarme tras el sofá, aunque mi parte morbosa/maruja me hace asomarme tímidamente por una de las ventanas. Fuera no hay farolas, aunque sé que es un solo coche el que viene. El mío continúa aparcado fuera. Hacerles creer que estoy de paseo entre tanta oscuridad va a ser difícil. Estoy tan nerviosa que temo que se me resbale el cuchillo; me sudan las manos una barbaridad. Las luces del coche alumbran el techo del salón hasta que lo oigo parar y accionar el freno de mano. «¡Claudia, piensa!» Como puedo, saco el móvil del bolsillo trasero del pantalón y comienzo a marcar el teléfono de

Emergencias. «¿Cuál era? ¿123? Palito inglés. ¡No, joder! ¿122? ¡Vamos, Claudia!» Oigo voces. Dos portazos. Dos personas, y yo soy una. «¡Ya, 112! Llamando...»

* * *

—¿Estás segura de que es aquí? No hay luz.

—¿No ves su coche?

—Yo no sé si esto es buena idea.

—¡Calla y coge esto! Yo llevaré el resto.

—¿Para qué te has traído tantas bolsas?

—¡Para ahogarte con ellas como sigas haciendo preguntas!

— Te lo pasaré por alto porque no tengo ganas de discutir.

—¡Vamos, ya estoy!

—Pareces una mula, tan cargada.

—¿Encima cachondeíto? Camina, coño. ¡Princess, abre!

«¡¡¡La madre que las parió!!!»

—Ha llamado al servicio de Emergencias, en breves momentos le...

Corto la llamada y me levanto para dirigirme hacia la puerta, no sin antes encender la luz.

—¿Se puede saber qué hacéis aquí?

No sé si estoy más furiosa por haber hecho el tonto detrás del sofá o por verlas aparecer ante mí.

—Yo también me alegro de verte. —Vera se cuela en la casa y va directa hacia la cocina, que está al final del salón.

—¿No te pedí que os olvidarais de esto?

Daniela está frente a mí esperando a que la invite a pasar, cosa que hago, al tiempo que le cojo una de las dos mochilas que lleva.

—Eso es como pedirnos que nos olvidemos de ti —se disculpa la dulce rubia.

—¡Me lo prometiste! —alzo la voz dirigiéndome a Vera, que ya está vaciando el contenido de las bolsas sobre el mármol de la barra.

—Error. No te lo prometí.

—¿Cómo que no?

—Utiliza ese cerebritito que tienes y haz memoria.

Tiene razón, no lo hizo.

—Chicas, os agradezco el gesto, pero haced el favor de iros.

—¿Nos estás echando? —La cara de Daniela es indescifrable.

—No le hagas caso, Sweet. Bueno, ya está la nevera a rebosar. ¿Quién quiere una cerveza?

—Yo —dice la rubia, alargando el brazo y aceptando la invitación de la pequeña marimandona y cabezota de Vera.

—Trae aquí —suelto casi arrebatándole la que le queda en la otra mano.

—¿Por dónde empezamos?

—Chicas, en serio, debéis iros.

—¿Qué parte de la amistad no entiendes?

La madre que la parió. No esperaba ser desarmada con una pregunta así.

—Daniela, tú eres la única que puede ayudarme a convencerla. —Agoto mi último cartucho.

—Claudia, sé que es una locura, pero Vera tiene razón.

—¡Ja! —suelta la susodicha.

—¡No te me vengas arriba! —la riñe la Sweet—. Princess, no vamos a dejarte sola en esto.

Las dos tienen los ojos clavados en mí mientras aguardan mi reacción. Veo en ellas una determinación tan grande y un amor tan intenso que no tengo más remedio que claudicar.

—No sé qué ha podido decirte para convencerte. Pero, sea lo que sea..., gracias, chicas.

—De nada.

—Y ahora dinos por dónde empezamos —exige la más menuda del grupo para rematar la conversación.

Mucho más calmada y con la ayuda y el apoyo de mis incondicionales amigas, continúo mi ardua búsqueda. No tardamos más de tres horas en registrar toda la cabaña, aunque acabamos exhaustas tras sacar cosas de cada armario, revolver cada cajón o examinar cada rincón. No sé exactamente qué es lo que busco, pero sí sé lo que no busco. Cada cosa sospechosa que pudiera llevarnos a esclarecer lo que ocurre la miramos con lupa, pero sé que no es ninguna de ellas. Hemos encontrado objetos antiquísimos y juguetes que ni siquiera recordaba. El hallazgo de una llave pequeña me hace dudar durante un breve espacio de tiempo, el suficiente hasta localizar la cajita que abre. De nuevo, una pista falsa, un camino sin salida que no lleva a ninguna parte. Tiradas en el sofá, y con media lengua fuera debido al cansancio y al sofocante calor que hace, nos quedamos en silencio, hasta que Balay se encarga de romperlo.

—¿Hacemos una fiesta de pijamas?

—¿Te has vuelto loca? —Mi pregunta suena más a reproche que a interrogación.

—Son casi las dos de la madrugada, estamos solas en esta cabaña, perdidas en un rincón de La Albufera, al que supe llegar, por cierto, gracias a mi impecable memoria. Todo está hecho un desastre, se han *cargao* a tu padre y ahora te persiguen a ti, y, por consiguiente, a nosotras. ¿Qué hay de malo en ello? Si tenemos que morir, al menos hagámoslo borrachas.

—Tía, ¿a ti qué puñetas te pasa? —la increpa la Sweet.

Pero yo comienzo a reír a carcajadas como hace días que no hago. Su ocurrencia logra arrancarme de un plumazo todo el temor que albergaba en mi interior. Ella se suma a mi contagiosa risa, con lo que nos ganamos la reprochadora mirada de la rubia.

—Estáis locas —resopla.

Las carcajadas aumentan, hasta que finalmente ella también se deja arrastrar por nosotras. El temor y la tensión que llevaba acumulando durante días en mi interior ahora se han transformado en un dolor de barriga intenso, provocado por las risotadas que nos estamos marcando. Es increíble cómo en una misma situación podemos ver el vaso medio lleno o medio vacío. Todo es cuestión de actitud.

Como buena camarera, me dirijo a la cocina y comienzo a preparar cubatas para las tres. Balay se ha encargado de que no falte de nada. Sé que ella ha sido el cerebro de esta orquesta. Nos conocemos desde que éramos pequeñas. En más de una ocasión vino a pasar unos días aquí con nosotros, motivo por el que sabía dónde estaba la casa. Con auténtico amor, observo a mis amigas mientras vierto el ron sobre el hielo que cubre el fondo de los vasos. Ellas son mi auténtica familia, y no pienso defraudarlas.

—Menos mal que me he puesto una lavadora antes de venir —balbucea la Balay entre risas al cabo de un rato. Todas llevamos más de dos copas, y se nos empieza a trabar la lengua.

—¿Ya te ha vuelto a coger tu empotrador? —pregunta la Sweet.

—¡Por supuesto! Voy a desgastar la ropa de tanto lavarla.

—A ver, que te mire. —Mis ojos se centran, o, mejor dicho, intentan centrarse en su frente—. No, no tienes ningún chichón.

—Y ¿por qué iba a tenerlo?

—Según tú, Vic es un empotrador en toda regla.

—¡Lo es! —afirma Vera levantando el dedo índice.

—Y ¿tienes la secadora encima de la lavadora?

—Sí.

—Y ¿dónde está la marca de la puerta de la secadora? Definitivamente, tu Vic es un manso —replico volviendo a mi postura inicial para chincharla.

—Al menos ella tiene quien la empotre —la defiende la rubia—. Yo debo de tener telarañas.

—Sweet, llevas tanto tiempo —afirmo— que más que un empotrador vas a necesitar un taladrador.

Las tres reímos abiertamente.

—¡Joder! Necesito una noche de juerga y sexo desenfrenado.

—Balay —la llamo para que se acerque y poder cuchichearle al oído—, la Sweet ha dicho un taco.

—Al infierno va, fijo. Vamos a tener que consultar nuestra agenda y concederle lo que pide.

—Si no estamos muertas antes.

—Sabéis que os oigo, ¿verdad? —interviene la rubia.

—Balay, pero ella tiene el primer turno, que nos conocemos.

—Vale.

—¿Hola? —La pobre Daniela sigue queriendo llamar nuestra atención, pero seguimos ignorándola a propósito.

—Yo me pido el segundo —digo mostrando dos dedos.

—Ya quieres dejarme las sobras.

—¡Sigo aquí! —se defiende la Sweet.

—Tú acabas de deshollinarte.

—También es verdad.

—¡¡¡Eh!!! ¿Vais a hacerme caso ya o qué?

—Perdón, lo hemos hecho sin querer —finjo.

—¡Y una mierda!

—¡Madre mía, ya van dos tacos! Vamos a tener que adelantar todo lo posible esa noche, Balay, que la Sweet se nos pasa al lado oscuro.

—¿Queréis dejar de hablar de mí como si no estuviera presente?

—¿Acaso no te gusta el plan que hemos planeado? Valga la *rundundancia*.

—A Vera ya no le salen ni las palabras de la jumera que lleva.

—Sí me gusta, pero...

—¡Adjudicado! El primer turno para ti.

—Más os vale que esté bueno. —Otra vez ese dedo amenazador

señalándonos.

—Sí, ya sabemos lo exquisita que eres.

—Exigente —me corrige.

—De ahí las telarañas, amiga mía, de ahí las telarañas —remato justo antes de partimos de risa las tres, a cuál de forma más escandalosa.

No sé muy bien a qué hora exacta nos acostamos, como tampoco sé a ciencia cierta cómo logramos llegar a la cama. Pero lo que sí sé es lo mucho que necesitaba este rato, del mismo modo que ahora necesito cerrar los ojos y dejarme vencer por el sueño.

CAPÍTULO 6

—«Nada más abrir los ojos, fíjate dónde te lleva la corriente.»

—Papá, es justamente lo que hago y, sin embargo, tú te empeñas en insistirme en que haga lo contrario.

—Necesito que recuerdes la frase, cielo. Es importante.

—Mi vida también lo es.

—Te quiero, hija. No lo olvides nunca.

—Y yo a ti, papá.

Me despierto envuelta en sudor. El sueño ha sido más bonito de lo que lo fue la realidad: no le dije que yo también lo quería. Me duele la cabeza. No sé qué hora es, pero debe de ser un poco tarde; mi estómago es como un reloj y reclama mi atención. A ambos lados tengo a las chicas, que duermen a pierna suelta. Procurando no despertarlas, me incorporo y me siento en la cama. Me froto los ojos con las manos; me escuecen por la falta de sueño. Fuera se oyen los pájaros sobrevolando con su canturreo particular. Las tupidas cortinas de la ventana que hay sobre la cama dejan pasar un tímido rayo de luz al dormitorio de matrimonio, que es donde hemos dormido. «Nada más abrir los ojos...», decía la frase. Cuando acabo de frotármelos, mi vista se centra en lo único que la luz muestra: el lavabo antiguo de porcelana. Niego suavemente con la cabeza al ver lo feo que es despertarse viendo una pieza de baño y una vieja tubería recorriendo una pared. «... dónde te lleva la corriente.» Frunzo el ceño y ladeo la cabeza al mezclar ambos conceptos. ¡No puede ser! Es una locura. Pero no pierdo nada por intentarlo. Arrastro el trasero hasta los pies de la cama, por donde me levanto para ir descalza hasta la cocina tras pasar por el baño a hacer mis necesidades matutinas. No cerramos las cortinas del salón, y veo más que suficiente para lograr mi objetivo. Busco bajo el fregadero, de donde saco una caja de plástico que recoge todas las herramientas que hay en la casa. Con una de ellas en la mano, regreso al dormitorio. Frente al añejo lavabo, me agacho y comienzo a golpear la tubería que sale de él. Cada pocos centímetros, voy aporreando el viejo conducto mientras avanzo. El sonido es siempre el mismo: hueco.

—¿Te has vuelto loca?

—¿Qué haces, Claudia?

—¡Callad, que no oigo! —las increpo.

—¿Que me calle? ¡Para tú, joder! ¿Cómo se te ocurre despertarnos así?

—Lo siento, chicas. Pero compruebo una teoría.

—¿La de que te vas a ganar una hostia como no dejes de dar porrazos?

—Vera, déjala; igual tiene razón.

—¡Y tú no te pongas de su parte, que me duele la cabeza!

—Qué mal despertar tienes.

—Mucho. Y más cuando no he dormido las horas que necesito.

—Chicas, en serio. Necesito que os calléis, por favor.

He perdido la cuenta de por dónde iba, por lo que empiezo de nuevo por el principio. Las chicas corren las cortinas; mi vista lo agradece. Ya llevo casi medio metro recorrido cuando, de pronto, el sonido es distinto. Para asegurarme, continúo golpeando la tubería hasta llegar al final de la pared. En los últimos centímetros vuelve a oírse el sonido hueco del inicio. Emocionada, enciendo la luz del cuarto para alumbrarme lo máximo posible. Sólo en ese instante me percató de que la tubería tiene un empalme justo donde cambiaba el sonido.

—¡No es posible! —pienso en voz alta.

Corriendo, me dirijo de nuevo al mueble que hay bajo el fregadero, de donde cojo unos guantes, un martillo y un destornillador. Las chicas se han levantado y me observan anonadadas aunque en silencio, cosa que agradezco. Desenroscar la tubería me cuesta mucho menos de lo que parecía en un principio. Está claro que hace poco tiempo que se abrió porque ni siquiera está obstruida. Cuando separo ambas partes, miro a mis amigas en busca de su aliento. No sé lo que me voy a encontrar ahí dentro, pero siento que por fin estoy más cerca de desvelar el misterio que envuelve todo esto. Mi padre quería asegurarse de que sólo yo encontrara lo que sea que escondió aquí. Pero ¿por qué? ¿Qué secreto escondía tan importante como para que acabaran con su vida, o para que registraran mi casa? Sea lo que fuere, estoy a un paso de desvelar la verdad, la auténtica y única verdad, y el motivo por el que mi padre ya no está conmigo.

—Adelante —susurra Vera.

—¡Espera un momento! —tercia Daniela—. ¿Y si hay una rata?

Joder, no había pensado en eso. Instintivamente, me echo hacia atrás, con la mala fortuna de caerme de culo.

—Pues le pondremos un café y que desayune con nosotras —la riñe Balay—. ¡Mira lo que has conseguido! —dice señalándome—. Déjala que lo averigüe.

—¿Y si tiene razón? —pregunto todavía tirada en el suelo.

—Tía, yo te quiero mucho, pero hay límites que no estoy dispuesta a traspasar.

—¡A mí ni me mires! —exclama la rubia, la culpable de mi repentino temor.

—¡Pues alguna tiene que hacerlo! —me defiende mientras me levanto. La idea de estar tan cerca de la rata me pone los pelos de punta.

—Siento decírtelo, pero has sido tú la que se ha levantado con el antojo de aporrear tuberías.

—¿Lo echamos a suertes? —propongo.

—¡Voy a preparar el desayuno!

—¡Alto ahí, rubia! —suelto agarrándola del brazo—. De aquí no se va nadie. Alguien tiene que recogerme del suelo por si me desmayo.

—Voy a por una bolsa, al menos. En algún sitio habrá que meter la rata —se excusa la Sweet.

—Ahí la rubia lleva razón —interviene Balay.

—Está bien. Esperaré.

Cuando creo estar preparada, y con una bolsa abierta a mi lado, meto la mano en la tubería para sacar lo que sea que haya ahí dentro. Llevo el guante puesto, al menos eso amortiguará la sensación del posible bicho peludo. Bajo la atenta mirada de las chicas, y con todo el cuidado y el asco del mundo, palpo el interior de la tubería. No noto nada blando, sino todo lo contrario. Con temor, lo agarro y tiro de él hasta sacarlo fuera. ¡Es un tubo portadocumentos negro de plástico duro! Si el corazón me latía rápido al pensar en la rata, aún me late con más fuerza ahora que tengo la certeza de que estoy ante la respuesta a todo este misterio. Para asegurarme de que no me dejo nada en el interior, vuelvo a meter la mano; eso era todo. Estoy tan nerviosa que no logro reaccionar. Las chicas lo saben y me arrastran hasta el salón, donde comienzan a preparar el desayuno.

Sólo cuando tenemos el estómago un poco más lleno, y cuando estamos un poco más despiertas y despejadas, nos centramos en el artilugio. Está sobre la mesa, observado por seis ojos que no dejan de contemplarlo. Una doble sensación de temor y de morbo me invade desde el dedo gordo del pie hasta el último poro de la cabeza. Las chicas me miran en silencio a la espera de que sea yo quien dé el primer paso. Nadie hace ni dice nada. Los segundos pasan lentos, convirtiéndose en agonizantes minutos. La tensión es tan intensa que casi podemos palparla. En mi mente oigo el silbido típico de un duelo en el lejano Oeste. Los fuertes latidos aportan la parte de percusión a la música que suena en mi interior.

—¡Lo abro! —anuncio convencida.

—¡Ya era hora!

—¡Vera! Déjala que se tome su tiempo.

—Si ya lo hago. Es que a este paso me va a salir una cana.

—Tengo un nuevo invento para eso. Es una especie de espray que...

Ellas continúan con su conversación mientras yo me decido a abrir el dichoso portadocumentos. Es nuevo y está bastante limpio. Lo abro desenroscando la tapa. Vera y Daniela han dejado su trascendental discusión para otro momento, digamos más... oportuno. Noto sus ojos clavados en mis manos y en lo que saco del artilugio. Sólo hay una funda perforada de plástico que contiene un sobre cerrado, unos folios doblados y una hoja con una foto grapada en la parte superior izquierda. Sin que pueda remediarlo, todos mis sentidos se centran en la imagen. Es el rostro perfecto de un hombre. Sus rasgos son muy masculinos e increíblemente bellos. Sus ojos almendrados de color verde azulado están enmarcados por unas largas y espesas pestañas del mismo color que su cabello: oscuro como una noche cerrada. La mandíbula es cuadrada, y su largo cuello me hace sospechar que se trata de un hombre alto. No se le ve excesivamente delgado ni mucho menos obeso; tiene el tamaño y las medidas que distinguen a un joven de un verdadero hombre. Su nariz, sus orejas y sus labios son igual de insuperables, acordes con el resto del rostro. Pese a ser una foto incompleta, que sólo muestra la cara y el cuello, pronto me doy cuenta de que hay algo en él que logra romper mis esquemas. No puedo dejar de observarlo. Mis ojos recorren cada milímetro de la fotografía, de la que absorbo y retengo cada detalle. No sé exactamente qué es, pero hay algo en él que logra captar cada uno de mis cinco sentidos.

—Se nos ha *enamoraao*...

—Vera, no te callas ni debajo del agua.

—Pero es que mírala.

—Y ¿qué hay de malo si se enamora?

—Nada. Pero como siga así va a mojar los papeles de baba, y luego vendrán las lamentaciones.

—¡No, por Dios! —suelta Daniela mirándome la boca y la barbilla.

—Si es que hasta dudo de que respire.

—Pues cuando empiece a ponerse morada le hacemos el boca a boca.

—¡Un día de éstos os calláis! —intervengo al fin.

—Perdón —dicen al unísono.

Alejada de mi ensoñación y del embrujo que la fotografía ha causado en mí, continúo sacando documentos de la funda. Hay un sobre cerrado y un puñado de

folios doblados en dos partes; aparenta ser una carta. Temblorosa aunque firme, despliego los papeles e intento alisarlos apoyándolos sobre la mesa.

—Es una carta de mi padre —afirmo al leer las primeras palabras. He reconocido su letra en cuanto la he visto.

—¿Puedes leerla o quieres que lo haga una de nosotras? —pregunta Vera posando la mano en mi brazo.

—Puedo y quiero hacerlo yo.

—Si en algún momento necesitas parar, nos lo dices, ¿vale? —Daniela hace lo mismo en mi otro brazo.

—Gracias, chicas, pero lo haré yo.

Con unos nervios abrasadores que me provocan sudor en cada poro de mi piel, comienzo a leer en voz alta la carta que mi padre dejó para mí. Él sabía que la encontraría. Lleno los pulmones de aire. Ha llegado el momento de desvelar la verdad y de poner fin a la misteriosa búsqueda.

Querida Claudia:

Si estás leyendo estas líneas significa que habré muerto. Aunque eso también evidencia lo inteligente que eres y que me ha dado tiempo a pasar por tu apartamento a dejarte una pista en el baño. Aún recuerdo cuando lo hacías de pequeña y cabreabas a tu madre. Espero que sepas disculpar que haya entrado en tu casa sin permiso, pero debía dejar una pista a la que sólo tú pudieses acceder. Sé que te estarás preguntando a qué viene todo esto. Comenzaré desde el principio.

Como bien sabes, mi trabajo como científico se remonta a varias décadas atrás. Es una profesión que me apasiona y que, te aseguro, cambiará el mundo tal y como lo conocemos hoy en día. Soy consciente de que quizá no he sido un buen padre, o tal vez no el que tú esperabas. Mi trabajo me absorbió tanto que le presté mucha más atención que a ti o a tu madre, motivo por el que decidió abandonarme. Quiero que sepas que no la culpo por ello. Hace tiempo que la perdoné, y espero que tú también lo hagas, al igual que espero que puedas perdonarme a mí.

Una lágrima cae desolada por mi rostro, y una de las chicas no tarda en entregarme un pañuelo para poder limpiármela. Tengo los ojos empañados y no puedo seguir leyendo. Durante la pausa, aprovecho para decirle mentalmente que lo perdono. ¡Por supuesto que lo perdono! Además del pañuelo, me ofrecen un vaso de agua, del que tomo un pequeño sorbo, el suficiente para suavizar mi garganta seca y poder seguir leyendo la carta.

La biología molecular, especialidad a la que he dedicado casi toda mi vida, no es algo que pertenezca al futuro, ni siquiera al presente; es algo que lleva entre nosotros mucho más tiempo del que el mundo pueda imaginar. Como sabes, esa rama de la biología estudia los procesos vitales de los seres vivos en función de su estructura molecular. Los avances que hemos logrado en este campo y en genómica han abierto un sinfín de posibilidades. Piensa en la cantidad de familias a las que los avances de la medicina, y concretamente la investigación biomédica, han logrado ayudar. La primera niña probeta nació en 1978 en el Reino Unido, y desde entonces la cifra de reproducciones in vitro, por tanto, la de las personas que han sido engendradas en un laboratorio supera hoy en día los cinco millones en todo el mundo.

Puede que al principio te cueste asimilar lo que voy a contarte, y que incluso muchas palabras te suenen a chino, pero, créeme, amor mío, que conseguirás entenderlo. Aunque lo que realmente necesito es que creas que mi intención siempre fue ayudar y aportar mi grano de arena para lograr un mundo mucho mejor. La investigación de las células madre abrió grandes esperanzas para erradicar o, al menos, mejorar la calidad de vida de personas con enfermedades crónicas o degenerativas, como el alzhéimer, el párkinson, el cáncer o la diabetes. Mi sueño, como el de cualquier científico, era alcanzar esa meta. Y mucho más cuando visité por primera vez los laboratorios de EMBL en Alemania. Allí tuve la oportunidad de comprobar por mí mismo que era algo posible, y que no era una mera idea o un sueño inalcanzable. Todo por lo que había luchado estaba frente a mí, frente a mis ojos. Fue allí donde conocí a cuatro científicos que me llenaron la cabeza de sueños y me convencieron para llevar a cabo lo que en su momento me pareció un magnífico plan. El proyecto era ambicioso, desconocido y... prohibido. No es que el Laboratorio Europeo de Biología Molecular incumpliera el ordenamiento jurídico de la bioética, pero fue allí, en Heidelberg, donde los conocí y donde se gestó la idea de la clonación. Lo que empezó siendo una teoría, digna de la ciencia ficción, acabó convirtiéndose en un tajante secreto y en un proyecto viable que llevar a cabo. Podrás pensar que los científicos nos creemos seres que estamos por encima del bien y del mal, y en parte no te quito razón. Puede que incluso por ese mismo motivo exista tanto rechazo, negativas e incluso temor hacia ciertos avances, fundamento por el que los científicos no solemos comunicarlos ni hacerlos públicos hasta tenerlos bien contrastados y demostrados. Un ejemplo de ello es la clonación de la oveja Dolly, que nació el 5 de julio de 1996, aunque no se hizo pública hasta el 23 de febrero de 1997. El secretismo y la precaución son requisitos imprescindibles en este campo. La mayoría de las personas creen que el primer animal clonado fue Dolly, pero no es así. Los primeros en emplear dicha técnica fueron los rusos en 1986 y usaron ratones para ello. No porque no sepamos algo significa que no esté ocurriendo de verdad.

Claudia, lo que voy a contarte va mucho más allá de lo racional y rompe todas las normas del ordenamiento jurídico actual y de la ética por ir en contra de los derechos fundamentales de las personas. Sé que sobrepasé todos los límites marcados, pero necesito que comprendas que lo hice por un motivo mucho más fuerte que mi propia razón. Me presentaron el proyecto como el mayor avance genético de la historia, con la falsa promesa de alcanzar la cura a enfermedades como las que ya te he comentado. Mi filantropía y mi ambición decidieron por mí y dije sí al proyecto, aun conociendo la deshonestidad del mismo. Si bien es cierto que mi labor ha sido siempre meramente científica en el laboratorio, soy culpable moralmente. En 1984, los científicos Acosta, Ehrlich, Robinson, Matheson y yo mismo comenzamos a trabajar en él. Tan sólo debíamos transferir el núcleo de una célula madre o adulta a un óvulo desprovisto previamente de su propio núcleo.

Hicimos tantas pruebas que hasta perdí la cuenta. Pero tan sólo cuatro años después, en 1988, conseguimos nuestro objetivo: la clonación humana.

—¡Joder!

—Esta vez no pienso reñirte, Vera. ¡Joder!

—¡Joder! —remato.

Muchos embriones no lograron implantarse: las implicaciones metabólicas y hormonales fueron innumerables. El proceso no fue sencillo, conllevó muchos riesgos, riesgos que conseguimos salvar tras la muerte de algunos de ellos. Aun así, fue un avance extraordinario, logrando lo que hasta entonces nadie había conseguido. Sé que el fin no justifica los medios, y lo que empezó siendo un extraordinario proyecto para ayudar acabó siendo una mera ambición, un siniestro propósito guiado por la más infame de las codicias. Pese a sospecharlo, yo no estaba al tanto de todo lo que sucedía realmente, hasta que Matheson, mi colega escocés, se puso en contacto conmigo hace un par de días. Nunca he tenido acceso a los verdaderos documentos de la operación, pero él sí, y me propuso quedar para entregarme una copia. Nuestra intención era desenmascarar toda la verdad, sacar a la luz

cuanto habíamos hecho, aunque eso conllevara pagar las consecuencias. No obstante, el encuentro no se llevará a cabo. Habíamos quedado en reunirnos en Londres la semana que viene, pero esta mañana me he enterado de su fallecimiento. La prensa asegura que Matheson se ha quitado la vida, pero yo sé que no es cierto.

Claudia, si estás leyendo esto es que yo he corrido la misma suerte. En cambio, si no lo estás leyendo será porque estaré volando a Escocia, que es adonde quiero dirigirme mañana para poner fin a todo esto. Créeme que, pese a la culpabilidad que siento en mi interior, mi intención es enmendar los errores cometidos. Necesito pedir perdón al mundo entero; somos la deshonra de la ciencia. Necesito que se haga justicia y que Acosta, Ehrlich y Robinson reciban su merecido, como yo estoy dispuesto a recibir el mío. Ésta es la urgencia que te he comentado por teléfono. Ojalá pueda llegar a verte mañana a mediodía antes de marcharme, pero, de no ser así, te pido, por favor, que hagas esto por mí. Llamémosla una última voluntad. Es IMPRESCINDIBLE que localices a los tres hombres del expediente que te adjunto y que obtengas de ellos muestras de ADN que justifiquen lo que te estoy diciendo. Sólo dispongo de una fotografía, no la pierdas. No sé a cuál de ellos pertenece. Dos de ellos son clones. El tercero, y más importante, es el original. Ten en cuenta que son exactamente iguales morfológica y genéticamente hablando. Aunque los factores sociológicos, como el lugar donde viven, la climatología, el estilo de vida, etcétera, pueden hacerlos distintos en un 50 por ciento. Matheson apenas tuvo tiempo de referirme más detalles, pero en nuestras escuetas conversaciones me contó que el original tiene una marca de nacimiento que lo distingue de sus clones; puede que eso te sirva de ayuda.

Hija, siento tener que involucrarte en todo esto y entenderé que no quieras llevarlo a cabo. Pero, si decidieras hacerlo, si decidieras seguir adelante, intenta hablar con la doctora Sarabia. Ella trabaja en el instituto conmigo. No sabe nada al respecto, pero te ayudará si le dices quién eres. Ella sabrá qué hacer con las pruebas que recaudes.

Claudia, quiero que sepas que, decidas lo que decidas, siempre estaré orgulloso de ti, como lo he estado desde el día en que naciste. Sé feliz, hija mía. Y nunca olvides lo mucho que te quiero.

Hasta siempre.

Tu padre,

LUIS VALERO

CAPÍTULO 7

Dejo caer el conjunto de folios que conforman la carta y cojo el vaso. De un solo trago me bebo toda el agua que queda. La garganta me arde. Todo el cuerpo, en realidad. Sentimientos encontrados batallan encarnizadamente en mi interior. La tristeza y la pena se entremezclan y se enfrentan al temor que siento por lo que pueda suceder a partir de ahora. He involucrado a las chicas en esta rocambolesca historia, y las dudas me asaltan como brillantes luciérnagas volando a mi alrededor. No obstante, detrás de cada uno de esos sentimientos, y muy por encima de ellos, siento rabia e impotencia por lo que le han hecho a mi padre, y por lo que él y esos hombres han sido capaces de hacer. Conocer la verdad ya no me parece tan buena idea.

Vera y Daniela me observan pacientes a la espera de un comentario por mi parte, una señal de que estoy bien. Tardo un poco más de lo normal. Procesarlo todo lleva su tiempo. Respiro hondo y lleno mis pulmones antes de comenzar a hablar.

—Creía que conocía a mi padre.

—Lo conocías en la faceta personal, no en la profesional.

—Eso es justamente lo que no fue: un profesional.

—Pero era tu padre.

—¿Sabéis qué? Pese a haberlo visto poco, sí fue un buen padre.

—Lo sabemos.

—Su nombre y su apellido están intactos. Sin embargo, si hago lo que me pide, se verá manchado. Y el mío también.

—¡Tú no tienes nada que ver en todo eso!

—Lo sé, Daniela. Pero ahora debo elegir si mancharlo o dejarlo tal y como está.

—¿A ti te importa lo que digan de ti?

—Nunca me ha importado, ya lo sabes, Vera.

—¿Entonces?

—¿Me estás diciendo que debo hacerlo?

—Es una decisión que debes tomar tú. Aunque mi opinión, ya que me la preguntas, es que sí.

—Yo pienso igual que ella.

—¿Tú también, Daniela?

—Eso he dicho.

—Pero esto es demasiado peligroso, y ahora os he involucrado a vosotras.

—Tú no has involucrado a nadie —interviene Daniela. Su seguridad y su firmeza me sorprenden y me enorgullecen a partes iguales.

—No puedo pedir os que continuéis.

—No lo necesitamos. —Vera parece igual de segura.

—¿Acaso estáis sordas? ¡Se cargaron a su colega de Escocia, y luego a él!

—Mayor motivo para parar esto.

—¿Y si vienen a por vosotras? Si os ocurriera algo, no me lo perdonaría jamás.

—Deja de preocuparte más por nosotras que por ti misma. —La seriedad con la que Vera se dirige a mí me hace prestarle toda mi atención—. Siempre has tenido la fea costumbre de protegernos a las dos. Déjanos que ahora hagamos lo mismo contigo.

—Eso es decir demasiado.

—¿Ah, sí? Y ¿qué me dices de cuando me quedé con una mano delante y otra detrás, sin trabajo ni un techo donde dormir, y me acogiste en tu casa gratis durante meses?

—Cualquiera habría hecho lo mismo.

—¿Y lo de ella? ¿Quién estuvo a su lado durante todo el proceso para deshacerse del sinvergüenza de su ex, apoyándola y acompañándola a cada visita al cuartel, al médico o incluso al juzgado? ¡Fuiste tú, petarda!

—Hice lo que cualquier amiga haría.

—Y ¿nosotras que somos?, ¿jamones colgados del techo?

—Claudia, déjanos ayudarte. —Mis ojos se clavan en los de la dulce Daniela. Su firmeza es igual o incluso mayor que la de Vera—. Te lo debemos, y no estamos dispuestas a dejarte sola en esto.

—¿Estáis seguras? —Las miro a ambas.

—Sólo si tú lo estás.

Su respuesta me hace replantearme cada una de las palabras de la carta. Puedo olvidarme de todo y seguir con mi vida como hasta ahora. Aunque sería cobarde por mi parte, e iría en contra de mi forma de ser y de pensar. Mi padre no se quitó la vida, esos documentos lo confirman. Pero ahora debo recabar pruebas para demostrar qué llevó a los culpables a hacerlo y desenmascararlos para que reciban su merecido. La policía no ha estado de mi parte en ningún momento. Quién sabe si alguno de ellos no está implicado en el asunto. Sólo confío en mis amigas. Y, por lo que veo, ellas confían plenamente en mí.

—Lo estoy —afirmo en un leve susurro. Las dos me miran como aguardando algún otro gesto por mi parte—. ¡Lo estoy! —aseguro con mayor rotundidad esta vez.

—¡Ésta es nuestra Bug!

—En serio, vais a tener que cambiarme el mote. Ése empieza a recordarme a...

—¡No hay tiempo para eso! —resuelve una impaciente Daniela para mi sorpresa—. Vamos a estudiar detenidamente esa ficha para ver adónde tenemos que ir. Vera, ¿llevas gasolina suficiente?

—Depósito lleno, mi comandante. —Su saludo militar curva mis labios.

—Pues venga, cuanto antes empecemos, mejor.

Ambas fijan la mirada en la ficha que hay bajo el montón de folios que acabo de leer. Un cosquilleo de felicidad me recorre el cuerpo erizándome la piel. Noto cómo su amor me invade y lo dichosa que me siento por tenerlas en mi vida. Orgullosa y totalmente decidida a cumplir la última voluntad de mi padre, desentierro la ficha que contiene los datos que necesitamos. La foto grapada, que antes me dejó sin aliento, vuelve a convertirse en el centro de toda mi atención. Sé que muy pronto voy a tener la oportunidad de verlo en persona. Ardo en deseos de que llegue ese momento. Los ojos del hombre misterioso me atrapan de una forma que escapa a mi racional capacidad de proceder. Jamás he creído en chorradas de esas como la reencarnación o la hipnosis, pero lo que siento es tan fuerte y extraño a la vez que no descarto cualquier hipótesis.

—Ya se nos ha *paralizao* otra vez.

—¡Perdón! Ya voy, ya voy —afirmo pasándome la mano por la nuca. No me había dado cuenta de que estoy sudando.

Al levantar la fotografía, descubrimos tres recuadros que enmarcan los datos de tres personas distintas. Uno a uno, comienzo a leer en voz alta:

Sujeto número uno:

DIETER KOCH

Floringasse, 11-19

69117 Heidelberg Alemania

—¿Alemania?

—Eso pone aquí.

—No llevo gasolina para tanto. Vale, sigue.

Sujeto número dos:

LOGAN MCALLEN

Fortune Ave., 10-16

Haddington EH41 3JY

Escocia

—Coche descartado.

—Eso me temo —afirmo.

—¿Escocia?

—¡No jodas que es *highlander!* —Daniela está tan emocionada que le cuesta contenerse—. ¡Ay, que me da algo!

—Si está al norte del país, sí.

—Dame un momento, que lo busque en internet.

La Sweet saca su móvil del bolsillo trasero del pantalón y busca la dirección en Google. Vera y yo aguardamos expectantes. La descabellada idea está cogiendo un cariz aún más interesante del que ya tenía.

—¡Jope! No lo está. Está cerca de Edimburgo.

—Tranquila, Sweet, para nosotras todos los escoceses son *highlanders*.

—En eso tienes razón. Sigue, *porfa*. —Sus ojos brillan tanto que creo que se va a poner a dar palmas de un momento a otro.

Ninguna lo dice, pero creo que todas sentimos lo mismo.

Sujeto número tres:

ARTHUR STONER

Stoner Equestrian Center

1002, Spring Stuebner Rd.

Spring (Houston)

77373 Texas

EE. UU.

—¡Houston! —suelto sin pensarlo.

—Tenemos un problema —remata Vera.

—Tenemos más de un problema... —apostillo.

—Eso es demasiado para mí.

—Esperad, aún falta el sobre por abrir. Creo que sé lo que contiene.

Mis sospechas son acertadas. Del sobre extraigo tres fajos de billetes de tres monedas distintas. No sé muy bien a cómo está la libra y el dólar, pero calculo que hay unos nueve mil euros en total; tres mil en cada uno.

—Retiro lo del «problema» —afirmo.

—En realidad, sí lo tenemos —declara Vera.

—¿Qué quieres decir?

—Que aún me faltan unas semanas para las vacaciones. Y, conforme están las cosas en el trabajo, me temo que no podré acompañaros.

—¡Ostras, yo tampoco! Es el último empujón antes de septiembre, que es cuando la cadena de televisión comenzará a emitir.

—¡No me lo puedo creer! Era algo que teníamos hablado desde hacía tiempo, y...

—¿Por qué no empiezas tú? En cuanto nos sea posible, nos unimos — plantea Vera—. ¿Qué dices?

Miro a ambas sin saber muy bien qué responder. Por desgracia, el tiempo no juega a mi favor, y no puedo retrasar el viaje. Las chicas tienen razón, y no debo postergar mi inminente partida. El expediente contiene tres direcciones y, por consiguiente, tres hombres a los que ir a visitar. No tengo muy claro dónde debo ir primero, y de nuevo clavo la vista en la fotografía. La observo en silencio, con la ínfima esperanza de hallar en ella una respuesta. «¿Dónde estás?», pregunto mentalmente dejándome arrastrar por la atracción que despierta en mí. De nuevo, un sofocante calor se apodera de mi cuerpo. Todo es muy extraño, rozando casi lo mágico. Más allá de la lógica y de lo meramente plausible, sus ojos logran comunicarse conmigo, como si una embrujadora energía me indicase el camino que debo recorrer hasta encontrarme con él. Sin un atisbo de duda, sin un ápice de temor.

—Me voy a Houston —anuncio de pronto.

—¿Por qué, si es el tercero de la lista?

—No sé exactamente qué es, pero algo me dice que debo ir allí primero. A mi vuelta, nos iremos las tres a Escocia y a Alemania. ¿Qué me decís?

—¿Estás segura?

—¿Sabes lo que odio esa pregunta, Vera?

—No sabes cuánto deseo ir contigo.

—Lo sé, Sweet, pero no puedo ni debo esperar más. —En realidad, una parte de mí se alegra de que ellas se queden aquí y sigan adelante con sus vidas, es una forma de asegurarme de que no les pasará nada—. Estaré bien, os lo prometo. Además, a mi regreso ya podréis coger vacaciones sin problemas.

—¿Cuándo volverás?

—No sé cuánto tiempo lleva encontrar a alguien y cogerle una muestra de ADN, por no hablar de la búsqueda de una marca de nacimiento que a saber en qué parte del cuerpo tiene.

—Ya —asiente la rubia.

Todas guardamos silencio, hasta que la pequeña morena decide romperlo.

—¡A mí no me engañas! ¡Tú lo que quieres es estar a solas con el tío bueno de la foto! —De nuevo nos arranca una sonrisa en medio de la tormenta—. ¡No se hable más! Recojámoslo todo, que volvemos a Valencia. Tenemos que ayudarte a preparar lo necesario para que puedas irte cuanto antes. ¡En marcha, chicas!

Las dos se incorporan y comienzan a recoger ante mi atónita mirada. Las observo con tanto orgullo que todo el vello de mi cuerpo se erige en respuesta. Ellas son mi vida ahora, y no voy a permitir que les pase nada. Si bien es cierto que han sido ellas quienes han decidido acompañarme al final de esta aventura, debo comprobar primero que estamos a salvo.

* * *

Mi apartamento está tal y como lo dejé. No es una sensación de temor la que me embarga al entrar, sino de rabia. No me demoro mucho en coger lo necesario. Vera y Daniela me ayudan, y en menos de lo pensado, dejo atrás mi piso. Es extraño, pero desde que entraron y me revolvieron todo el piso, no quiero regresar. Es como si esa gente hubiese arrancado una parte de mí. Y ya no sólo me refiero a mi padre, que sin duda es la parte más importante que me han arrebatado, sino que ahora ya no siento paz ni calma en esta casa, y tampoco la siento como mi hogar. Para mí es una vivienda más; una en la que pasé una etapa de mi vida, pero a la que ya no me siento emocionalmente ligada de ninguna manera.

Contrariamente a lo que pensaba en un principio, conforme me acerco al pub donde trabajo para hablar con mi jefe y darle la noticia de que me marchó, me siento más segura y firme. Estamos a comienzos de la temporada alta, y sé que no le va a sentar nada bien. Puede que incluso me despida por insubordinación, pero, como diría Clark Gable en *Lo que el viento se llevó*, «Francamente, querido, me importa un bledo». Mis pensamientos se convierten en realidad en cuanto llego a la oficina y le expongo que me tomo vacaciones, sin fecha concreta de regreso. Está tan cabreado que hasta su piel enrojecida se torna de un tono más bien morado. Irónicamente, me lo imagino saliéndole el humo por las orejas, inflándose como un globo, y a mí haciéndolo explotar con una aguja. La imagen me hace tanta gracia que tengo que taparme la boca para que no perciba mi sonrisa. Tras varios minutos, y sin que mi jefe consiga su objetivo, acaba despidiéndome y echándome de su pequeño despacho, ubicado en la parte

trasera del pub. Venía preparada para esto, así que no le doy más importancia de la que tiene y, tras presentarle de nuevo mis disculpas, salgo de allí como alma que lleva el diablo.

Las chicas me despiden en el aeropuerto. Con su infinito cariño, me subo al avión dispuesta a vivir un futuro incierto. No sé con lo que voy a encontrarme en Houston, pero lo que sí sé es que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para sacar a la luz toda la verdad, me lleve por delante a quien me lleve.

CAPÍTULO 8

El avión aterriza en Houston a las diez de la mañana, hora local, tras haber hecho escala en Ámsterdam. El coche que alquilo es grande, enorme más bien. Como me ha dejado bien claro el amable señor de la empresa de alquiler: «Esto es Texas y aquí todo es grande». Mientras me dirijo a Spring, situado al noroeste de Houston, la pregunta de cómo será Arthur me ronda por la cabeza sin cesar. ¿Será un rico empresario, un macarra, un político?

Tardo un poco más de lo que había pensado en un principio; mirar el móvil, conducir y estar atenta a las indicaciones de la carretera no me es del todo fácil. Tras pasar un buen rato surcando caminos entre hermosos paisajes y frente a hermosas casas unifamiliares, llego hasta donde me indica el GPS. Curiosa, detengo el coche en la entrada, frente a un portón de madera unido a una valla de troncos y listones naturales. Hasta donde me alcanza la vista, el lugar es inmenso. Enormes árboles al otro lado de la verja rodean y enmarcan el mágico lugar. Ante mí, una nave al estilo de típica granja americana, sobre la que rezan unas enormes letras pintadas: «Stoner Equestrian Center». A la derecha, varios espacios rodean una pista vallada cubierta por una fina y clara arena, en donde creo divisar algo en el centro. Paro el motor del coche y camino hasta el portón. Hay muchas más cosas que ver, más naves al fondo, otra pista cubierta, dos establos en la parte más alta..., pero mi instinto me guía hacia esa primera pista. Con los brazos apoyados en el tronco más alto del portón, me centro en esa figura desconocida que tanto ha llamado mi atención. Tendido de lado sobre la clara arena, un precioso caballo de color rojizo se deja acariciar con ternura por un hombre, que, inclinado sobre el lomo del corcel, parece escuchar los latidos del animal. Sus movimientos son suaves, aunque firmes y elegantes. Alrededor se oyen voces, relinchos de algún que otro caballo y el canto de cientos de pájaros entre las copas de los grandes árboles, pero ellos están aislados de todo, dentro de una burbuja de calma que los envuelve y los protege. Pese a desconocer el mundo del caballo y todo lo concerniente a él, no puedo dejar de mirarlos embelesada al ser testigo de la ternura y la belleza que ambos emanan. Mis ojos se humedecen con lágrimas, que, para mi sorpresa, se agolpan y se amontonan reclamando salir y descender por mi rostro. Me limpio con la mano, y es entonces cuando me doy cuenta de que es él. Arthur Stoner es quien acaricia al caballo y quien ha llamado mi atención sin pretenderlo. Mi corazón comienza a latir desbocado oprimiéndome el pecho. Y más aún cuando los ojos del animal

se cruzan con los míos. De pronto, algo extraño y mágico sucede. Por un momento creo estar volviéndome loca y haber perdido la razón, pues las caricias que Arthur le está dedicando al animal las siento también sobre mi piel. Noto cómo su mano roza mi espalda una y otra vez, aportándome la serenidad que tanto necesito en este instante y haciéndome sentir, por una insólita y descabellada razón que aún no logro a entender, que aquí y ahora me siento como en casa, y que el verdadero motivo por el que he viajado miles de kilómetros no ha sido sólo la última voluntad de mi padre, sino seguir mi destino para encontrarme con él.

Una mujer de mediana edad con el pelo rubio, gafas y cara de buena persona es la que me recibe al otro lado del mostrador. Supongo que ella es la que me ha abierto el portón cuando he llamado, justo antes de aparcar en la zona para visitantes, ubicada en el lateral izquierdo. Para mí ha sido toda una proeza, teniendo en cuenta que lo he hecho sin apartar la vista de la pista. Por suerte, no me he llevado nada ni a nadie por delante. Aquí todo va acorde con el lugar donde me encuentro: la decoración es ecuestre y muy muy americana. De la pared que hay tras la mujer cuelgan varias fotos del centro con numerosos caballos y jinetes en diferentes paisajes y lugares. Pronto me percató de que la mayoría de los jinetes son mujeres. «¿Por qué será?», me pregunto con sarcasmo.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla?

Estoy por responderle la verdad de mi presencia aquí, pero finalmente me muerdo la lengua. ¿Por qué me siento tan cabreada?

—Buenos días, querría hablar con el propietario.

—¿Puedo conocer el motivo?

«Sólo quiero su ADN y tirármelo. Aparte de eso, nada más.»

—Me llamo Claude Williams —respondo—, soy autora de una importante editorial y me gustaría hablar personalmente con el dueño para solicitarle su colaboración. Necesito documentarme, y me han recomendado este lugar.

«Pero ¿qué acabo de decir? Y ¿de dónde me he sacado ese nombre y esa excusa? ¡La madre que me parió!»

—¿De qué editorial?

—Vintage Books, de Londres

«¡Toma, moreno! Bueno, ¡toma, rubia! Para esto sirve leerse el *Cincuenta sombras* en inglés.»

La mujer me mira recelosa.

—Mi agente literario fue el que me habló de este lugar —añado—. Mire, señora...

—Rogers.

—Señora Rogers. He viajado muchos kilómetros para llegar hasta aquí. ¿Sería tan amable de indicarme cuándo y dónde puedo localizar al propietario?

—¿No conoce al señor Stoner? —Su cara refleja alivio.

—Es evidente que aún no —finjo nuevamente.

—Menos mal; una que no viene a cazarlo —susurra de pronto en un perfecto español.

—Perdone, no la he entendido —vuelvo a mentir en el idioma anglosajón. Aparte de mi coartada, algo me dice que no debo desvelar cuál es mi lengua materna.

—Discúlpeme, esto de hablar varios idiomas es lo que tiene. El señor Stoner me contrató por ser española, idioma que es necesario por el gran número de mexicanos y latinos que residen aquí.

La mujer se levanta de su silla y, con una afable sonrisa que hasta ahora tenía escondida del mismo modo que lo hacían sus piernas tras el mostrador, decide acompañarme al exterior.

—Es usted muy amable.

—Amable es mi segundo nombre —afirma tocándome el brazo. El gesto delata su procedencia, pues, aunque aquí la gente es muy agradable, sé que no son muy dados al contacto con desconocidos.

Conforme nos acercamos a la pista, la mujer me cuenta que se llama Isabel García, pero que adoptó el apellido de su marido hace ya más de veinte años, desde que decidió dejar su Murcia natal y venirse aquí a rehacer su vida y formar una familia. El trayecto no es muy largo, pero en el tiempo que dura, me entero de que el centro es conocido por el inusual y fantástico don que tiene el señor Stoner, tal y como ella se refiere a Arthur.

—¿Un don? —pregunto curiosa.

—Así es. El señor Stoner es único en todo el estado de Texas, aunque yo apostaría a que en todo el país.

—Y ¿puedo saber cuál es?

—¿Ha oído hablar de César Millán, *el Encantador de Perros*?

«Y ¿quién no?», me pregunto. Pero se supone que vengo de Londres y no de Valencia, por lo que niego con la cabeza.

—No importa. Lo verá con sus propios ojos. Mire —dice parándose junto a

la cerca de madera que rodea la pista.

Con el antebrazo apoyado en el rasgado tronco, me invita a acompañarla. Por un instante dudo en rehusar su ofrecimiento; temo que me pille en un renuncio si vuelvo a quedarme embobada mirándolo. No obstante, haciendo acopio de mi fuerza interior, finalmente accedo e, imitando su gesto, juntas observamos a Arthur, que ahora pasea a lomos del caballo que, hasta hace pocos minutos, estaba tumbado sobre la arena.

—Ese animal iba a ser sacrificado por su excesiva agresividad, había sido catalogado de indomable.

—¿Agresivo? —pregunto con unos ojos como platos sin apartar la vista de él —. Pero si es un animal muy tranquilo.

—Ahora sí. ¿Ve el don al que me refería?

—¡Es adiestrador de caballos!

—Es mucho más que eso. El señor Stoner es muy conocido en todo el país. Él ha conseguido lo que mucha gente no ha sido capaz durante meses e incluso años. A diferencia de muchos que se hacen llamar personas, él logra la doma sin usar la violencia. Es como si él y el animal fuesen uno solo. Sabe conectar con los caballos de una forma que no llego a comprender, pese a que llevo años trabajando para él. Verlo relacionarse con ellos es todo un espectáculo.

Y no le quito la razón. Si ya de por sí él solo es un espectáculo, observar cómo empatiza y conecta con el caballo de la forma en que lo hace es todo un prodigio. Arthur no deja de acariciar el cuello del animal mientras lo monta, sin silla. Poco a poco, el paseo va aumentando en velocidad, y antes de que quiera darme cuenta, lo tengo ante mí trotando sobre la blanca arena. Se lo ve tan salvaje y sexy con su pelo corto y su recortada barba cabalgando sobre el lomo del animal que siento cómo mi parte íntima se hincha y se humedece en respuesta. Trago saliva ante el descubrimiento que acabo de hacer.

—¿No va a apuntar nada de lo que le digo?

—Soy más bien de grabadora. —La pregunta me ha pillado por sorpresa.

—Claro. A veces se me olvida que estamos en el siglo XXI. ¿Sabe montar a caballo?

—No. Pero quería preguntarle sobre ello.

—Me alegro, porque es algo que debería hacer. ¿Me acompaña a la oficina y vemos el horario de las clases? —A cada minuto que pasa, esta mujer me cae mejor.

Isabel me pone al corriente de los horarios disponibles para las clases, me

explica de forma detallada la rutina y todo lo necesario para llevarlas a cabo, y me informa de que la persona encargada de darlas suele ser Rafael, un mexicano afincado en Houston muy dicharachero y servicial.

—¿No va a darme las clases el señor Stoner?

Ella se me queda mirando durante unos segundos. Me siento como en un examen de final de carrera. Es como una rottweiler protectora de Arthur, algo que no sé muy bien cómo tomarme.

—Él está muy ocupado siempre —explica—, y no puede comprometerse con nadie.

—Lo comprendo. Pero verá, Isabel, necesito documentarme del mejor, y he venido hasta aquí por él. A cambio, le doy mi palabra de que la incluiré en los agradecimientos de mi novela.

«¿Estoy zumbada o qué coño me pasa? ¿Cómo puedo mentirle de esta forma tan descarada?»

—¡¡¿De verdad harías eso?!! —La emoción ha logrado romper la barrera que había entre ambas, y ya me tutea como a una amiga más.

—¡Claro!

¡Joder, no tengo remedio! Menos mal que no soy Pinocho o acabaría arañando con la nariz cada una de las fotos que cuelgan de la pared que hay tras ella.

—Déjalo en mis manos. Estás de suerte, el rodeo fue hace cuatro meses y, por lo que tengo anotado, no tiene que salir del estado hasta después del verano. Aunque hay una cosa que...

—¡Lo que sea! —me apresuro a responder. Me estoy viniendo arriba y la puedo liar parda. Mejor me calmo.

—El señor Stoner es terco como una mula, como cualquier texano, y no querrá hacer ninguna excepción en su agenda.

—¿Crees que no querrá enseñarme?

—No he dicho eso. Me refiero a que..., ¿cómo llevas lo de madrugar?

—Me encanta madrugar.

Vale. A estas alturas tengo claro que, de haber un concurso a la mentirosa del año, lo ganaba por abusona.

—¡Pues no se hable más! Mañana a las cinco aquí.

—¡¿A las cinco?! —El color del blanco de mis ojos predomina sobre el negro de mis iris de tanto que los abro.

—¿En Inglaterra no madrugáis?

—Sí, claro. Es que aún estoy con la diferencia horaria, el *jet lag*, ya sabes.

—Esta gente de ciudad... —cuchichea en español. ¡Si ella supiera que en realidad somos vecinas de comunidad autónoma!—. Sígueme, voy a mostrarte las instalaciones y a indicarte dónde está tu indumentaria.

El resto de la mañana lo paso con una amable Isabel, con la que, a pesar de no conocernos de nada, pronto entablamos amistad. Con el móvil voy echando fotos de cada uno de los lugares que me va mostrando, cada nave, cada espacio, e incluso del camión que ha venido a recoger la paja con estiércol para generar biogás. Al llegar el mediodía ya me conozco casi todas las instalaciones, y me voy de allí con bastante información acerca del increíble y maravilloso mundo del caballo. No he vuelto a ver a Arthur, las veces que hemos pasado o he mirado hacia la pista, él ya no se encontraba allí. Sin embargo, no me importa demasiado. Isabel me ha mostrado cosas que me han encantado, y va a conseguir que en menos de veinticuatro horas pueda volver a verlo y estar a solas con él.

* * *

En el motel en el que me alojo, la alarma del despertador me suena a las tres y media de la madrugada. Es la hora que programé para que me diera tiempo a todo: diez minutos de trayecto, cinco para una ducha rápida y una hora y cuarto para peinarme, maquillarme y hacer honor a mi apodo de Princess.

El portón está abierto, pero no veo a nadie. Despacio, entro y aparco de nuevo en la misma plaza que ocupé ayer. El edificio donde me recibió Isabel está cerrado. Apenas hay iluminación, procedente de la menguante luna que tengo sobre mi cabeza, y de una pequeña lámpara con forma de candil que cuelga de la fachada. Mis pasos sobre la tierra son el único sonido que rompe el abrumador silencio. Me asomo al otro lado del edificio en busca de cualquier indicio de que no estoy sola, pero no hallo a nadie. Sopla un aire fresco que me obliga a cerrarme la chaqueta vaquera que llevo puesta sobre mi camiseta básica de color blanco. Haciendo caso de las indicaciones que ayer me dio Isabel, también llevo unos pantalones vaqueros y unas botas. La noche sigue siendo cerrada, aún falta bastante para que amanezca, y aquí estoy, sola y sin rastro de Arthur. Miro el reloj. Las cuatro y cincuenta minutos. Está claro que el cable de la murciana me ha ayudado a no dudar frente al espejo y adelantarme diez minutos según lo previsto. Miro hacia la pista donde ayer lo vi y me dirijo hacia ella. Pongo un pie en el tronco más bajo del vallado y, con un impulso, logro subirme sobre el segundo. Nunca he sido amante del estilo rústico, pero mi visita de ayer parece estar haciéndome cambiar de parecer. El tacto del tronco es rudo, nada que ver

con los pasamanos barnizados que pueda encontrarme en cualquier escalera que se precie. De un salto, entro en la pista. Mis botas golpean la fina arena, que no tardo en coger con las manos. No es como la de la playa, pero sí muy parecida. Está compacta y aún conserva la calidez que recibe durante el día. Oigo pisadas de caballo acercándose. Con el puño cerrado, aferrándome a la arena que tengo entre los dedos, centro mi atención en el lugar de donde procede el sonido. El animal cruza el portón. Todo mi cerebro, mis cinco sentidos (porque no tengo más) y el resto de mi cuerpo se centran únicamente en lo que se muestra ante mí. Arthur aparece a lomos de un espectacular caballo negro, alto, estilizado y de pelo tan brillante que es capaz de atrapar y reflejar la escasa luz que nos ilumina. La elegancia y el porte con los que monta al precioso animal logran desarmarme, y por un instante temo que las rodillas me jueguen una mala pasada. Pese a la intensidad de la noche, nota mi presencia y se acerca hasta donde me encuentro. Sus inquisitivos ojos no tardan en atrapar los míos. Su mirada es tan intensa y poderosa que siento como si me atravesara y me invadiese el alma. Mi cuerpo reacciona de un modo hasta ahora desconocido para mí. Tiritó, y no es de frío. Me siento como un cubito de hielo derritiéndose frente a una irradiante fuente de calor. Noto como si me desintegrara, como si me doblara y me arqueara hasta formar un simple y llano charco de agua en el suelo. Estoy ante el hombre más rudo, apuesto, masculino y sexy que he visto jamás. La belleza más absoluta y universal existe, y estoy frente a ella. Soy incapaz de definir lo que mi cuerpo, mi mente y mi acelerado corazón están sintiendo en este instante. Incapaz de...

—¿Es usted la señora Williams? —Su voz es devastadora y elegante.

—Sí.

—¿La autora bestseller que viene desde Inglaterra?

—Sí.

—¡Llega pronto!

—Sí.

—¡Sígueme!

—Sí. —¡Joder, he estado sembrada! Mi verborrea debe de haberlo dejado K.O.

Mientras dejo caer la arena, me sacudo las manos y vuelvo a subirme a la valla de troncos para pasar al otro lado, al tiempo que me machaco a mí misma por mi original y única carta de presentación. Debe de haber alucinado en

colores con mi conocimiento del idioma y, sobre todo, con mi infinita riqueza de vocabulario.

—Hágalo con suavidad —ordena de pronto.

—¿Hacer el qué? —pregunto parándome en seco sobre el tronco más alto, despatarrada y con una postura de lo más antifemenina.

Su voz ha sonado exigente, pero la mayor parte de mi cuerpo ya está del otro lado de la valla. Y, pese a intentar agarrarme con todas mis fuerzas, el peso me hace perder el equilibrio y caer de bruces al suelo. «¡Mi rodilla!» Si pensaba que no podía hacer más el ridículo delante de él, estaba equivocada. Mi caída, frente al animal, ha logrado asustarlo. Relinchando y con movimientos que denotan su más que clara intranquilidad, el caballo clava sus ojos en los míos al considerarme una amenaza. Está tan nervioso como lo estoy yo. Arthur intenta calmarlo, pero ante la imposibilidad de conseguirlo sobre él, acaba desmontando para colocarse entre el caballo y yo.

—¡Hágase un favor a sí misma y obedezca a todo lo que le diga! De lo contrario, me veré obligado a echarla de mis tierras. ¿Queda claro?

—Como el agua —suelto de muy mala gana, incorporándome y sacudiéndome la tierra de la ropa.

El trayecto hasta los establos lo hacemos en absoluto silencio. Yo trato de separarme lo más que puedo del animal, pero el camino está oscuro y temo volver a golpearme con cualquier cosa. Junto a Arthur, que hace de escudo entre el caballo y yo, llegamos a nuestro destino sin una simple palabra, ni siquiera un mísero «¿está usted bien?» por su parte. Vale que mi caída lo ha asustado, pero aquí la única que se ha golpeado he sido yo. Parece como si todo el don que le sobra para tratar con los caballos le faltase para tratar con las personas.

—Hasta mañana, *Desbocado* —se despide al guardar al animal en su cuadra. Mira, al menos algo ha hecho bien: el nombre que le ha puesto al animal le va al pelo—. ¡Sígame! —espeta a continuación.

Lo que yo decía, tiene la gracia donde yo me sé. Como un perrito faldero, hago lo que me pide. Por primera vez desde que entramos en el establo, me centro en cuanto me rodea. Isabel no me mostró estas instalaciones y no sé muy bien dónde me encuentro. Las pocas luces que él ha encendido al llegar me permiten ver a algunos ejemplares asomando la cabeza. Están muy limpios y tienen una apariencia exquisita y elegante.

—¿Son todos suyos?

—No.

—Y ¿de quién son?

—De diferentes dueños.

—¿Los cuidan aquí?

—Sí.

—¿Qué son estos carteles? —Hay dos en cada puerta.

—Son los datos de cada animal. Dueño, edad y destino.

—¿Destino?

—La función que su propietario quiere que desempeñe.

—¿Y el segundo cartel?

—¿Es escritora y no sabe leer? —Si mis ojos fuesen cuchillos, él sería ahora mismo un colador—. Es la alimentación que debe seguir cada uno.

—¿No comen lo mismo?

—No.

—¿Por qué?

—Depende de muchos factores, como la función, el peso, la edad... La alimentación de un caballo es lo más importante. El noventa por ciento muere de cólico.

—¿En serio?

—Tienen el intestino muy largo, lo que les impide vomitar. Su alimentación es básica y hay que tener extremo cuidado con ella.

—Pobres —suspiro.

Un caballo rojizo que no deja de mirarme llama mi atención. No es tan estilizado como *Desbocado*, pero lo es mucho más que el resto de los que hay aquí. Sus ojos negro azabache me observan de un modo distinto del resto, como si le inspirara confianza. Guiada por la hipnosis que me provoca el animal, me acerco hasta él para leer su cartel.

—¿Es de Isabel?

—Veo que sabe leer.

—También puedo ser cortante, maleducada y estirada como usted. ¿Lo sabía?

Noto cómo su mandíbula se endurece, tal y como debe de estar la mía. Por muy bueno que esté, no deja de comportarse como un capullo. Durante unos segundos, ambos nos retamos. No pienso perder este duelo, y así se lo hago saber.

—Sí —claudica apartando la mirada de mí y centrándose en el caballo—. Isabel se empeñó en quedarse con él desde que supo que un cliente iba a ponerlo

a la venta. Es un purasangre español. Según afirma, le recuerda a su tierra.

—No me extraña. Es un caballo precioso.

—Sí que lo es.

—*Desbocado* es suyo, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿De qué raza es?

—Es un purasangre árabe. La raza más cotizada y valorada del mundo.

—Y delicada.

—Eso no es cierto. Le advertí que llevase cuidado.

—¡Perdone usted por no saber caerme a cámara lenta como una princesa!

—Los caballos son animales muy sensibles, y *Desbocado* lo es aún más —
explica suavizando de nuevo el tono.

—¿Por eso lo saca cuando aún es de noche?

—Entre otras cosas.

—¿Qué cosas?

—Hace usted demasiadas preguntas.

—Y usted pone demasiadas trabas.

De nuevo, el duelo entre ambos. Y, de nuevo, nuestras miradas encontradas. Esto no va a resultar nada fácil. Desde que puse un pie en el centro no he dejado de defender la coartada que de un modo improvisado me inventé para poder obtener lo que quiero de él. Aún no tengo ni idea de cómo voy a poder conseguirlo si sigue siendo tan estúpido como está siendo. Tampoco sé si se comporta así con todo el mundo o soy yo quien lo incordia en su estructurada rutina diaria. Pero lo que él no sabe es que, al igual que el caballo de Isabel, yo también soy un purasangre y a cabezota no me gana nadie. Ni siquiera un vaquero americano con un cuerpo y un rostro de infarto.

CAPÍTULO 9

—Venga conmigo —exige de mala gana.

Yo vuelvo a seguirlo. Al salir al raso compruebo que la noche ya no es tan cerrada. El tono azulado que predomina en el cielo es la clara muestra de que falta poco para amanecer.

—Voy a dejarle las cosas claras —dice sin dejar de caminar a pasos agigantados—. Que usted escriba un libro no le da derecho a interrumpirme en mis labores diarias. Puede coger toda la información que necesite, siempre y cuando no me entorpezca en mi trabajo.

—Pero...

—Sí, ya lo sé. Me comprometí a ayudarla en su documentación. Aunque nunca dije que dejaría de lado mis obligaciones. Lo toma o lo deja; de usted depende.

Cierro el puño con fuerza. Un deseo irrefrenable de arañarle la cara tira de mí. Además, así cogería su ADN sin necesidad de bastoncitos.

—Lo tomo —mascullo.

—Perfecto. Sepa que no voy a repetir las cosas más de una vez. Yo no soy su profesor y usted no es mi alumna.

Tengo que correr para alcanzarlo y poder oír lo que me va bramando en cada una de sus zancadas.

—Gracias a Dios —murmuro.

—¿Cómo ha dicho?

—Nada. Pensaba en voz alta.

—Típico.

—¿El qué es típico? —Mi voz se entrecorta. Tengo la lengua fuera de tanto correr.

—Nada. Pensaba en voz alta.

«Está muy bueno, pero se está ganando un guantazo.»

—La mitad de los caballos que tenemos —continúa— están destinados al aprendizaje de la monta. Son ejemplares dóciles y acostumbrados a la gente inexperta. El setenta por ciento de la otra mitad son de propietarios que no disponen de instalaciones ni medios adecuados para mantenerlos en sus casas. Del resto me encargo yo personalmente.

—¿A qué se refiere?

—Que sólo yo me ocupo de ellos.

—Eso lo he entendido. Me refiero al motivo. ¿Qué hace que sean especiales?

—¿Quién le ha dicho que son especiales? —Si antes quería arañarlo, ahora me lo quiero cargar literalmente. ¿Cómo puede ser tan capullo?

—Partiendo de la base de que usted no es muy común, por desgracia, doy por hecho que los caballos a los que usted dedica su valioso tiempo tienen algo que los distingue del resto. ¿Me equivoco?

Arthur se detiene en seco para fulminarme con la mirada. No sé qué diablos le pasa por la cabeza, pero no estoy dispuesta a achantarme. Aguanto el duelo visual que nos tiene enfrentados. Tengo la marca de las uñas clavadas en la palma de la mano, pero no me importa lo más mínimo. No pienso permitirle ganar esta batalla.

—Son animales que han sufrido algún tipo de maltrato, o bien que se han criado de forma salvaje —masculla acercándose aún más a mí. Está tan cerca que hasta puedo sentir su atronado corazón.

Guardo silencio. Ambos lo hacemos. La fuerza y la intensidad con la que me mira obnubila mi mente por unos instantes. Miles de pensamientos perforan mi cerebro en busca de una ocurrencia, en busca de un clavo ardiendo al que agarrarme para salir airoso de este profundo e inquietante momento. Mi respiración se precipita como lo hacen mis latidos cuando sus ojos buscan de forma descarada mis labios. Los segundos se convierten en una coyuntura, en una oportunidad que la intimidad nos brinda. Su rostro es la perfección más absoluta, y su boca mi más anhelada meta a la que deseo llegar. Mi entrepierna me sacude con tal violencia que temo aflojar en mi doble resistencia.

—¿*Desbocado* fue... maltratado? —susurro en un hilo de voz.

—Sí. Cuando lo compré estaba desnutrido y temía a cualquier persona que se le acercara.

—Me cuesta creer que alguien sea capaz de...

—Señorita Williams —me nombra apoyando su mano en la pared del establo, en el que descansa mi espalda. Su mirada es aún más oscura—, le aseguro que hay mucho que aprender de los animales. Pero si hay algo que tengo claro es que los caballos me han enseñado la nobleza de las bestias y la bestialidad del ser humano.

Por primera vez desde que llegué aquí me quedo sin palabras. Lo que acaba de decirme es tan hermoso que por un instante he dejado de ver al capullo integral que se ha empeñado en mostrarme desde que nuestros caminos se cruzaron. Algo me dice que éste es el verdadero Arthur Stoner, el hombre que vi

nada más poner un pie en este centro, el que encontré inclinado sobre aquel caballo, al que acariciaba y domaba con la mayor de las ternuras. La emoción y la impotencia que siento son tan fuertes que las lágrimas amenazan con brotar de mis ojos. Su salinidad me escuece, y esta vez soy yo la que aparta la vista y la que retoma la marcha hacia el interior del siguiente establo.

Una vez dentro, el gesto de Arthur parece suavizarse un poco, sobre todo cuando abre una puerta y se acerca a uno de los caballos. Desde el pasillo central, observo cómo lo acaricia y... ¿habla con él?

—Le presento a *Roca*. *Roca* —se dirige a él—, ésta es la señorita Williams. Es un poco pesada, pero tú no tienes que contestarle si no quieres.

¿Acaba de gastar una broma? Mi mueca lo hace sonreír por primera vez. En respuesta, el caballo sacude la cabeza y abre la boca. Debo de estar volviéndome majara; me he figurado que el caballo acababa de reírse de mí en toda mi trompa.

—Usted va a montar a *Roca* —añade—. Acérquese poco a poco para que la conozca. Hágalo por donde estoy yo.

Obedezco nuevamente. A cada paso, me tomo mi tiempo para que el animal se acostumbre a mi presencia. Conforme me acerco, me doy cuenta de lo alto y grande que es. ¿Cómo diablos voy a subirme a algo tan grande? En las películas deben de trabajar con ponis o algo, porque esta altura no es normal. Cuando llego junto a Arthur, él me invita a acariciarle con suavidad el cuello. El tacto es extraño y fascinante a la vez. Su pelo es duro, mucho más que el de un perro. El caballo me mira fijamente y yo no puedo evitar hablarle. Arthur aguarda paciente y, por un instante, creo verlo sonreír mientras escucha cómo me presento y agasajo al animal con hermosas palabras. Aunque la curvatura de sus labios cesa en cuanto le digo a *Roca* lo capullo que su dueño ha sido conmigo los primeros minutos. No sé si mi mente está jugando conmigo, pero juraría que el caballo ha sonreído al oírme quejarme de él.

—Le cae bien.

—Él a mí más.

—Es hora de montarlo.

—¿Ya?

—Cuanto antes empecemos, mejor. ¿Cuánto pesa?

—¿Perdone?

«¿A que le doy un sopapo?» El peso y la edad nunca se preguntan a una mujer.

—Necesito saber si *Roca* podrá con usted.

«Joder, con lo grande que es, ¿no va a poder conmigo?»

—Pues hace tiempo que no me peso, pero creo que pesaré unos...

Las carcajadas de Arthur retumban en todas las maderas del establo. Estoy a punto de mandarlo a la mierda, pero su risa es como un canto de los mismísimos ángeles del cielo. Vale, no tiene nada que ver con esos seres con alas..., pero su sonido quedará guardado en mi memoria para siempre. ¡Y qué guapo está cuando ríe! Nada que ver con el amargado de antes. ¿Qué lo ha hecho cambiar así?

—Suba a lo alto de la escalera —me pide una vez que estamos en la pista descubierta de arena y he sido testigo de cómo vestía a *Roca* para la ocasión.

Desde esta altura, el caballo no se ve tan grande, aunque lo que sí es enorme es la distancia que tengo hasta el suelo. Otra cosa para apuntar: si tienes vértigo, mejor no montar a caballo.

—Tranquila, *Roca* está acostumbrado a estar con gente; es un potro muy dócil y amable.

—¿Es un potro? Pues yo lo veo enorme.

—Todo lo que tiene de grande lo tiene de noble. Recuerde que lo más importante es que él no sienta su miedo. Debe permanecer tranquila; el caballo no es el enemigo. Confíe en él como él debe hacerlo en usted.

Arthur me ofrece su mano, en la que me apoyo para subirme a lomos de *Roca*. Es la primera vez que tenemos contacto, la primera vez que nos tocamos. Pero estoy tan pendiente de no caerme que el momento me pasa desapercibido. No me da miedo el animal, sino la altura a la que me encuentro.

—Yo sujetaré las riendas mientras paseamos. No se preocupe. Ahora, límitese a relajarse y a disfrutar.

No sé cómo lo hace, pero consigo calmarme y divertirme con mi primer paseo a caballo. Él camina junto a nosotros. Al principio noto la tensión en todo mi cuerpo, pero gracias a su paciencia y a sus apacibles palabras, pronto logro aflojar la rigidez de mis músculos y de la columna, tal y como me ha enseñado de camino a la pista. El corcel camina sobre sus propias huellas sobre la fina arena cuando logro disfrutar realmente del paseo, y es entonces cuando aprovecho para centrar la vista en el cuerpo de Arthur y en su redondeado trasero. Si ya es un espectáculo ver su rostro, contemplar en directo sus glúteos comprimiéndose y ajustándose al vaquero a cada paso es directamente sublime.

—¿Qué tipo de novela es la que va a escribir?

—De culos —respondo sin pensar. «Maldito subconsciente.»

—¿Cómo dice?

—Estará ambientada en el mundo del caballo —aclaro.

—Y en culos.

—Será erótica —explico intentando sonar convincente.

—¿Va a escribir una novela de zoofilia?

—¡¡¡No!!! —respondo un poco más alto de lo que debería, consiguiendo asustar un poco a *Roca*.

Arthur se apresura a calmarlo.

—¡No vuelva a hacer eso jamás! —brama clavando sus ojos en los míos.

—Lo siento mucho.

—Le he dicho mil veces que no debe asustarlo. Los caballos son muy sensibles.

—Y yo le he dicho que lo siento. ¿Qué más quiere?

—¡Que me haga caso de una puta vez!

—La culpa es suya.

—¿Mía? Esto es increíble.

—Sí, suya, por pensar que yo podría escribir sobre...

—Sólo me he limitado a juntar las piezas del rompecabezas que usted ha ido facilitándome.

Mirado así, igual tiene razón, pero me niego en rotundo a dársela. El paseo continúa y ambos enmudecemos durante un rato.

—Para su información, va de una chica extranjera y de un adiestrador arrogante —afirmo para romper el inquietante silencio.

—Hum... ¿«Arrogante»? —Su pregunta va acompañada de un tono sarcástico y una mordaz sonrisa.

—Sí, además de ser un capullo que parece llevar siempre un palo metido en el culo.

—Déjeme adivinar: y ella es una entrometida cabezota y malhablada.

—Ella es una dama refinada hasta que sus caminos se cruzan.

—Si fuese una dama no sería malhablada, ¿no cree?

—Esa parte de la historia la ha añadido usted, no yo.

—Y ¿eso por qué debería creérselo el adiestrador?

—Porque es la verdad.

—O depende del tipo de lector que lea su novela.

«¡Joder, si fuese estúpido esto sería más fácil!»

—Por supuesto; el lector es libre de hacer su propia evaluación. Aunque la historia no deja de ser la que narra la autora.

—Y ¿cómo sé yo que no es a ella a quien debe domar y no al caballo?

No oigo más que sus pisadas y las de *Roca*, pero juraría que también se oye el humo que me sale por las orejas.

—Pues, mire por dónde, es ella la que acaba domándolo a él. —Su sonora carcajada resuena en todo el puñetero centro ecuestre—. ¿Acaso no la cree capaz?

—Claro que sí. Aunque había olvidado informarme de que usted escribía ciencia ficción.

Las risotadas le duran más de lo que yo querría. A estas alturas ya no tengo claro si prefiero al estirado con el palo metido en el culo o al descarado que se burla de mí sin cortarse lo más mínimo. Al igual que el sol aparece ante nosotros y nos da la bienvenida, lo hace un nuevo Arthur, uno al que hasta ahora desconocía y que no me hace ni puñetera gracia.

La clase termina y, tras dejar a *Roca*, nos encaminamos hacia el club, lugar donde todos los que trabajan en el centro ecuestre se reúnen para tomar algo o descansar. Los empleados, entre ellos, una enigmática Isabel, van llegando y uniéndose a nosotros a la mesa. Pronto me percató de lo mucho que respetan y admiran a Arthur, al que todos se dirigen como «señor Stoner». No sé cuántos años llevan trabajando para él, pero lo que sí me ha quedado claro es que todos mantienen con él una relación que no va más allá de lo estrictamente laboral.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto a Isabel en un momento en el que los demás charlan entre sí. Nuestro acercamiento ayer fue tan grande que yo también acabé por tutearla.

—¿Tanto se me nota?

—Un poco.

—Los chiquillos, que me han dado un disgusto tremendo. Aunque no puedo evitar pensar que la culpa es mía.

—¿Qué ha pasado?

—Verás, en la escuela les enseñan español. Sí, ya sé que es mi lengua, pero precisamente por eso no dejo de machacarme y de sentirme responsable de su suspenso. Yo conozco el idioma, soy española, pero no he sido ni soy profesora para poder ayudarlos. Sé hablarlo, pero no tengo ni idea de morfología,

ortografía o como se llame. Lo he intentado de todas las formas posibles y no hay manera. No es que sean malos estudiantes, pero que suspendan el idioma materno teniéndome a mí en casa... es para matarme.

—Y ¿no conoces a nadie que pueda darles clases particulares?

—Mis vecinas también son españolas, de Alicante, para más señas. Pero ellas están como yo. Somos de una generación que tuvimos que abandonar el colegio a una temprana edad para poder aportar económicamente en casa. Yo no terminé mis estudios y no puedo ayudar a mis hijos. Lo peor de todo es que algunos compañeros se mofan de ellos, y yo...

Si hubiese un premio a la más ruin del mundo mundial, estoy segura de que me lo darían a mí. ¿En qué momento se me ocurrió mentirle de aquella manera? No obstante, confesarle la verdad y ser sincera con ella pondría en riesgo mi misión, y ya está siendo más dura de lo que en un principio pensé como para ponerla en peligro. Me duele en el alma verla así, y más cuando yo estoy plenamente capacitada para ayudar a sus hijos.

—Verás como algo se podrá hacer —es lo único que acierto a decirle.

El tiempo destinado a desayunar termina y Arthur me invita a irme con algunos de sus empleados a limpiar los establos.

—¿Limpiar, yo?

—Es usted una mujer preparada. Estoy seguro de que podrá hacerlo.

No sé muy bien si me fastidia más lo de que soy mujer o que me mande a recoger estiércol.

—Soy una mujer preparada, pero no creo que esa función sea precisa para mi documentación —replico.

—Como quiera. Pero yo no puedo dedicarle más tiempo.

—¿Me va a dejar tirada? ¡Si sólo son las ocho de la mañana!

—Señorita Williams, yo me debo a mis obligaciones, ya lo sabe. Puede pasar el día con mis empleados, ellos la ayudarán en todo lo que necesite y contestarán a sus miles de preguntas. O puede venirse conmigo. Pero ya sabe que, si elige esta segunda opción, no quiero que...

—Sí, ya lo sé. No quiere interrupciones.

—Veo que tiene memoria.

Me muerdo la lengua por no decirle cuatro cosas bien dichas. Diversas miradas nos vigilan y no deseo montar ningún numerito.

—¿Y bien?

—Me voy con usted.

—Como quiera. Pero no olvide lo que le he dicho. Por su bien, espero que así sea.

—«Por su bien, espero que así sea» —susurro por lo bajini en tono de burla.

Como un perrito faldero, un corderito amansado y una idiota desesperada, lo sigo a cada uno de los lugares a los que va. Él no me dirige la palabra en ningún momento. El Arthur divertido ha dado paso de nuevo a *Trunkman*, el nuevo apodo con el que lo he bautizado; *trunk*, por el palo que lleva metido en el culo, y *man* por..., es obvio: por muy capullo que sea, es un hombre de los pies a la cabeza con un cuerpazo de infarto.

Verlo trabajar con *Indultado*, un caballo salvaje como no había visto jamás, es todo un espectáculo y un privilegio. El Arthur afable y cariñoso vuelve a salir a la luz y, con una paciencia infinita, logra ganarse la confianza del corcel sobre la fina arena blanca. El sol pega con fuerza y se posa sobre sus musculosos brazos. Bajo la camisa vaquera escondía una camiseta de manga corta blanca, que ahora luce y me deleita con semejantes vistas. Con serenidad y templanza, se hace con el animal, tirando de la cuerda que hace las veces de riendas. El caballo se resiste al principio, pero al finalizar la mañana y de un modo casi mágico, aparenta ser un dócil corcel a merced de su dueño y señor. Embobada, los observo desde el exterior de la valla de madera, contemplando cada movimiento y cada aproximación como algo colosal e inaudito. Lo que ha conseguido con ese caballo en apenas unas horas es digno de mi más absoluta admiración por él.

Aunque mi apreciación de su persona vuelve a cambiar en cuanto deja al animal en su cuadra. Su gesto es de nuevo tan hosco y ceñudo como el de esta mañana, y con él se dirige hacia un camino arbolado desconocido para mí. No sé adónde vamos, tan sólo me limito a seguirlo unos pasos por detrás. Me pregunto qué debe de pasársele por la cabeza cuando sabe que me está tratando como a un simple animal de compañía. Me enfurezco a cada paso que avanzo, pero soy una mujer de palabra y he de cumplir nuestro acuerdo.

El camino acaba en una bonita casa. Es de una sola planta, con un porche cubierto y fachada en color blanco. Arthur abre la puerta y, sin cederme el paso, se adentra en ella, dejándola abierta para que lo siga. El interior es muy acogedor y tiene ese aire sureño que tanto me está conquistando desde que llegué.

—Espere aquí —suelta sin dignarse siquiera mirarme.

Mientras oigo el sonido de la ducha, me entretengo observando su salón, presidido por una enorme chimenea. Sobre la repisa encuentro tres fotos. Una de

ellas llama mi atención. Arthur va vestido de cowboy, con un sombrero vaquero y cabalgando sobre *Desbocado*. Me pregunto quién le habrá hecho la foto. Curiosa, ojeo el resto de la estancia, sin encontrar ninguna imagen que demuestre que hay una mujer en su vida. El mobiliario es escueto y masculino, compuesto tan sólo por una pequeña mesa arrinconada, rodeada de dos sillas de madera, un pequeño sofá y un viejo sillón frente al televisor. No quiero tocar nada, y me limito a sentarme en el sofá. Me revuelvo en él tratando de encontrar una postura cómoda, algo que me resulta imposible dado lo extremadamente incómodo que es. Dejo escapar una pequeña risita cuando pienso en que debe de tenerlo ahí para espantar a las visitas. Entonces lo oigo salir del baño.

—¿No está casado? —pregunto incorporándome para no estar más tiempo sobre ese artilugio de faquir.

—No creo que esa información sea necesaria para su novela.

—¿Lo está o no? —pregunto molesta, volviéndome hacia él.

Pero mi molestia se torna en asombro cuando mis oscuros ojos contemplan lo que tengo frente a mí. Arthur está semidesnudo, cubierto únicamente por una simple toalla anudada a su impresionante cadera, y de la que asoman de forma descarada unos insurgentes oblicuos. Un fino vello oscuro cubre su marcado pecho y no hace sino acrecentar su extraordinaria masculinidad.

—No —responde al fin.

—¿Tiene hijos? —me atrevo a preguntar tras reponerme de semejantes vistas.

Él se dirige hacia la cocina, que está al otro extremo del salón. Una barra nos separa.

—No.

—¿Le habría gustado tenerlos?

—No.

Se sirve un vaso de agua fresca. A mí no me ofrece ninguno.

—¿No le gustan los niños?

Me cuesta creer que con la paciencia y el cariño que dedica a los animales no sea capaz de hacerlo con un bebé.

—Yo no he dicho eso.

—¿Le importaría explicarse?

—Sí me importa.

—¿Puedo preguntarle por qué es tan estúpido conmigo?

—Mi vida privada no es de su incumbencia, y no creo que sea necesaria para

su novela.

—Me ayuda a idear mejor al personaje.

—Y ¿ha tenido que elegirme a mí como modelo?

—Me gusta ser original en lo que hago. Y le aseguro que usted lo es un rato largo.

—¿Qué expresión tan extraña!

—No más que usted.

—¿Le parezco extraño?

—Me parece que le hace falta un buen polvo.

«¡Dios mío, dime que no he dicho eso en voz alta!»

Arthur deja el vaso sobre la barra y se acerca decidido hacia mí. En su mirada puedo ver la rabia y la irritación que acabo de provocarle.

—¿Cree que la forma en que me comporto con usted se debe a la falta de sexo?

—Apostaría a que sí —replico. Ya que estamos, de perdidos al río.

—¿Qué le hace pensar que no lo tengo? —Está tan cerca de mí que el olor a gel se adueña de mis fosas nasales.

—La cara de amargado que lleva siempre consigo —balbuceo—. Por no hablar del modo en que se relaciona con los seres humanos.

—Y ¿cómo me relaciono con ellos, según usted?

—Es frío y cortante. No permite que intimen con usted. Sólo les concede ese honor a los caballos.

—Ellos son fieles.

—Creo que se olvida de que ellos no pueden ofrecerle lo que una persona sí podría darle.

—Póngame un ejemplo —exige empujándome hacia la barra de la cocina, con la que me tropiezo y me golpeo la espalda. ¿En qué momento nos hemos girado?

—Un caballo no puede darle los buenos días.

«¡Ole yo! Menudo ejemplo...»

—Se equivoca.

—Ni las buenas noches.

«Estoy que me salgo.»

—Vuelve a equivocarse. ¿No puede hacerlo mejor?

Como si eso fuese tan fácil, teniéndolo ante mí con semejante... vestimenta. O más bien por la ausencia de ella. El corazón me late con fuerza.

—Un animal no puede cuidarlo.

—Le sorprendería ver lo mucho que pueden sanar.

—Quizá el alma. Pero dígame cómo podrían cuidar de usted si estuviese enfermo y tuvieran que... llevarlo a la cama.

A estas alturas tengo claro que mi cerebro ha menguado unos cuantos palmos.

—Y ¿usted podría hacerlo, señorita Williams?

—No soy enfermera, pero me veo capacitada para cuidar de alguien que me necesite.

—¿Y lo de llevarme a la cama?

Trago saliva. Este hombre me está matando.

—Dudo que usted fuera un buen enfermo.

—Eso es lo único sensato que ha dicho hasta ahora.

Tengo la rodilla a punto de caramelo para clavársela en sus partes más íntimas, pero algo parecido al raciocinio logra impedir que lo haga.

—Suele pasar cuando el receptor es corto de mollera.

—Tiene usted demasiado carácter para ser inglesa; de hecho, me recuerda bastante a Isabel.

«Coño, que me pilla.»

—¿Usted cree?

—¿Está casada?

—¿Ahora es usted el curioso? Vaya, sorprendida me hallo.

—Si voy a tenerla todo el día pegada a mí, al menos quiero saber quién es.

—Ya se lo he dicho, soy escritora.

—¿No va a contestar a mi pregunta?

—No.

—¿No, qué?

—Que no estoy casada.

—¿Tiene hijos?

—No. Y si ahora viene la parte en la que va a decirme que necesito un buen polvo, se equivoca: estoy bien servida, gracias.

—¿Qué quiere de mí, señorita Williams?

—Ya se lo he dicho. —«Quiero ADN, echarte un polvo, o dos, un hijo tuyo...»—. Necesito conocerlo, saber cómo se siente para ser capaz de hacer lo que hace.

—Y ¿cree que en un par de días podrá conseguirlo?

—Yo no he dicho que vaya a estar aquí tan sólo dos días.

—¿Acaso tengo que pasar más tiempo con usted pegada al culo?

—No, lo que tiene en el culo es un palo, y bien metido, señor *Trunkman*.

—¿Me ha puesto de mote *Trunkman*? —pregunta con una risotada entrecortada.

—Podría haberle puesto *Capullo*, pero ése me pareció más fino.

—Pues que tenga suerte, señorita Williams. La veo mañana a la misma hora —suelta antes de girarse y encaminarse hacia lo que supongo es su cuarto.

—¡Espere! No irá a dejarme así...

—Yo no la dejo de ninguna forma. Mi jornada ha terminado. Ya conoce el camino de vuelta.

Arthur desaparece de mi vista y yo me quedo con la palabra en la boca y sin saber muy bien qué hacer. Bueno, una cosa sí: quiero asesinarlo. Sin embargo, no me fío de las cárceles americanas. En su lugar, me marchó dando un portazo tan fuerte que hasta creo que hago temblar los cimientos de la casa.

CAPÍTULO 10

Salgo del centro ecuestre soltando por la boca toda la rabia que llevo dentro, maldiciendo a Trunkman, sus modales, su intransigencia, su cuerpo desnudo... Sí, eso también. Que esté así de bueno no ayuda mucho, que digamos. Sólo cuando estoy llegando al motel me doy cuenta del hambre que tengo y de lo cansada que me encuentro. A lo primero le pongo solución comprando algo rápido en un pequeño restaurante que hay en la misma calle. Lo segundo decido postergarlo; necesito hablar antes con las chicas.

—¡Americana! ¿Qué tal por esos lares?

—Hola, Balay.

—Qué mala cara tienes, Claudia. ¿Estás bien?

«No debería haber hecho una videollamada.»

—Sí, un poco cansada. ¿Y vosotras? ¿Alguna novedad?

—Nada, un pequeño percance, pero no debes preocuparte.

—¿Qué ocurre, Vera?

—Vic ha tenido un accidente de coche y se ha fracturado una pierna. Le han dado el alta en el hospital y me lo he traído conmigo a casa.

—¡Oh, Vera! Lo siento.

—Tranquila, está bien. Es sólo una fractura, nada grave.

—Ahora está haciendo de... enfermera particular —comenta juguetona Daniela.

La conversación con Arthur regresa a mi mente.

—No podía dejarlo solo en estas circunstancias —se justifica Balay.

—¿Cuándo vas a reconocer que es tu hombre? —La rubia sigue en sus trece con el tema. Y yo confirmo que todo sigue igual por aquella parte del planeta.

—No tengo que reconocer algo que no es cierto.

—¡Ja!

—Puedes pensar lo que quieras.

—Sigo sin entender por qué te cuesta tanto. ¡Es que no lo entiendo!

—No todo en la vida hay que entenderlo, Sweet.

—Pues reconócelo y no te daré más el follón.

—Tú siempre das el follón; si no es con una cosa, es con otra.

—¡Serás...!

—Chicas, Arthur es un capullo —intervengo. Necesito desahogarme.

—¿Qué te ha hecho?

Una vez captada su atención, las pongo al corriente de todo lo que me ha pasado.

—¡Será capullo!

—Eso ya lo ha dicho ella, Sweet. Princess, y ¿por qué no recoges las pruebas y te vienes?

—¿Y perderse la oportunidad de tirarse a semejante ejemplar? —le recrimina Daniela—. Tonta sería.

—Tampoco es para tanto.

—¡Cómo se nota que vas servida con tu Vic!

—¿Y las pruebas? ¿Has recogido alguna? —me pregunta Vera para desviar el tema.

—Aún no.

—¿Has estado en su casa y no has recogido ninguna? ¡Tía, ¿a ti qué te pasa?!

—Vera, no ha dado lugar.

—¡Y un cuerno! Tú a mí no me engañas. No lo has hecho porque quieres seguir ahí con él.

—Y ¿qué hay de malo en que se quede unos días más?

—¿Acaso no la conoces? Claudia, en serio. ¡No se te ocurra enamorarte de él!

—¿Qué dices, loca? —me defiendo.

—A ver, mírame.

—Ya lo hago.

—No, joder. Acércate a la cámara.

—Vera, estoy muy cansada. Mejor lo...

—¡Hazlo!

—¡Desde luego, hay que ver, para lo pequeña que eres, el sargento que llevas dentro! —A regañadientes, claudico acercándome el móvil a la cara—. ¿Estás contenta?

—Yo estaré contenta, pero tú estás encoñada con ese tío.

—¡No digas gilipolleces!

—Sweet, tú has visto lo mismo que yo. Di algo.

—Princess, cariño. Por mucho que me joda, Balay tiene razón.

—¡Pero si es un gilipollas egocéntrico, maleducado, prepotente...!

—Cuando acabes, avisa.

—Déjala que lo suelte todo y se desahogue. Tiene que recuperar fuerzas para enfrentarse a él mañana.

—¡Joder, joder, joder! —mascullo al darme cuenta de que puede que esté en lo cierto, la muy puñetera.

—Eso es justo lo que necesitas.

—¡Sweet! —la riñe Vera.

—¿Qué? ¿No es cierto? Mírala, está fuera de sí.

—Creo que aquí termina la charla —afirmo con el dedo preparado para presionar el icono de finalizar llamada.

—¡Espera, Princess, no nos cuelgues!

—Adiós, chicas.

—¡Prométenos que nos llamarás si nos necesitas!

—Lo prometo.

—¡Prométenos también que echarás un polvo!

—¡Iros a freír espárragos!

—¡Te queremos!

—Y yo a vosotras.

La llamada de las chicas me deja aún más confusa. Ellas me conocen como nadie, e incluso más que mi corta y pequeña familia, reducida únicamente a mi desconocida madre. Sé que tienen razón, y puede que haya decidido alargar más de lo que debería mi estancia en Houston. Pero ¿qué puedo hacer si él no me lo está poniendo fácil? Aún no sé cómo voy a poder encontrar la marca de nacimiento que me confirme que es él. Sé que lo es, algo en mi interior me lo afirma, pero debo asegurarme y tenerlo todo atado. Al menos sé que no la tiene de cintura para arriba, yo misma he podido comprobarlo esta mañana cuando ha salido de la ducha y... Siento un calor insoportable en la nuca. Vale, recordar su cuerpo no me ayuda a pensar con claridad. Cansada de oírme a mí misma, me dirijo al cuarto de baño, donde lleno la bañera y me sumerjo en ella para intentar olvidarme de todo y relajarme. No obstante, mi subconsciente tiene ganas de jugar y dar guerra otra vez. La imagen de su torso se me presenta una y otra vez. El chip que mantiene vivos los recuerdos se empeña en evocármelo en forma de bucle sin descanso. De frente, de lado. Su ancha espalda, rematada con sus musculosos y corpulentos brazos, fruto del agotador trabajo. Cierro los ojos y me humedezco los labios como si con ello lograra saborearlo. Mi parte íntima arde y palpita hinchada, reclamando mi atención. No me demoro en hacerlo. Mi dedo juguetea con mi clítoris, aportándole la necesidad que tanto anhela. Mi respiración se agita. Con la mano que me queda libre, agarro uno de mis pechos, primero con delicadeza, para después dar paso a la fuerza y a la robustez.

Presiono con más intensidad mi parte íntima, que masturbo con movimientos más acerados y rápidos. Sus oblicuos acaparan ahora mis impúdicos pensamientos. Me imagino deslizándole la toalla para dejarme embaucar por lo que escondía con tanto cuidado. Noto una punzada al imaginar sentirlo dentro de mí. Y es entonces cuando consigo llegar a un clímax devastador que logra dejarme completamente relajada. Permanezco así durante un buen rato. Mis músculos se destensan de forma gradual, como lo hace mi mente, a la que ahora sólo invade una sola idea: descansar. Mi nueva necesidad tira de mí y logra que salga del agua para dirigirme a la cama. De camino, me paro frente al espejo empañado. Hace tiempo que no hago esto, pero las viejas costumbres no se olvidan. Apenas tardo unos segundos; tengo claro lo que quiero escribir. Con el ceño fruncido, mi toalla envolviendo mi húmedo cuerpo y la firme promesa de acabar cuanto antes la misión, paso el dedo por el cristal y dejo escrita la palabra «Capullo».

* * *

La segunda mañana con Arthur, alias *señor Stoner* para sus empleados, y *señor Trunkman* para mí, es muy similar a la anterior. Salvo alguna pequeña variación, todo se repite de la misma forma. Es un hombre de rutina, y no deja que nada ni nadie se la desmorone. Con *Roca* ya me siento mucho más cómoda; todo lo contrario que con *Desbocado*, que parece tenerme manía. Una vez más, comprendo el dicho de que los animales se parecen a sus dueños. Al llegar el mediodía, soy yo la que se despide de él antes de que ponga rumbo a su casa.

—¿Hoy no viene conmigo, señorita Williams?

—No necesito información privada y usted no está dispuesto a dárme-la.
¿Para qué acompañarlo?

En realidad, lo que no quiero es ir tras él como un perrito faldero, aguantar que vuelva a echarme, y mucho menos volver a verlo semidesnudo.

—Vaya, qué pena.

—Permítame que lo dude.

—Pensaba invitarla a comer.

—No necesito que... ¿Cómo dice?

—Hasta mañana, señorita Williams —suelta sin darme opción a réplica, marchándose y regalándome su ancha espalda.

—¡Capullo! —vuelvo a mascullar, molesta por su arrogancia y por mi intrépida lengua.

El coche está junto a las oficinas. Es al pasar frente a la puerta cuando Isabel llama mi atención.

—¡Claude!

—Isabel.

—Esta mañana, en el club, se me ha olvidado comentarte que hoy organizamos una comida en casa. Voy a hacer paella, es una comida típica de mi país. ¿Te gustaría venir?

Es oír la palabra «paella» y se me hace la boca agua. Tengo que hacer un esfuerzo para que no se me note la alegría tan inmensa que acaba de darme.

—Me encantaría.

—¡Bien! —dice cogiéndome del brazo y guiándome hasta su coche—. Las chicas también vienen. Les he hablado de ti y están deseando conocerte.

—¿A mí?

—¡Por supuesto! No todos los días se conoce a una autora famosa.

—Bueno, lo de famosa igual es algo relativo.

—Nada, nada. Si aún no lo eres, lo serás. Créeme, soy algo brujilla y tengo ojo para esas cosas.

—Y ¿de qué se compone exactamente esa comida? —le pregunto para desviar el tema mientras ella mete la llave en el contacto y pone en marcha el motor del vehículo.

Su casa no está muy lejos del centro ecuestre. Al cabo de apenas diez minutos ambas entramos por la puerta de una vivienda modesta con un enorme patio trasero en el que aguardan sus amigas y los maridos de éstas. Isabel hace de perfecta anfitriona presentándome a Mati y a Carmina, dos hermanas de Alicante que emigraron de España cuando la crisis las dejó sin trabajo. Conocían a Isabel, y ella las ayudó a instalarse y a encontrar un empleo para sus maridos. El inglés de las hermanas es bastante pobre, aunque ambas se esfuerzan sobremanera por hacerse entender. De nuevo la sensación de vacío y de sentirme culpable me asola de un modo aniquilador.

—Y ¿cómo te va con el señor Stoner? ¿Estás aprendiendo cosas para tu novela? —me pregunta una curiosa Mati mientras las cuatro estamos en la cocina y la comida termina de hacerse.

—Es un hombre demasiado estricto.

—Eso es lo que siempre nos ha dicho Isa —comenta Carmina.

—¿Vosotras no lo conocéis?

—Nos hemos cruzado con él en más de una ocasión. Sobre todo, en la feria.

—¿Qué feria?

—¿Aún no le has hablado de la feria? —le reprende a Isabel.

—No he tenido tiempo.

—Pues, verás, todos los años se celebra una feria para recaudar fondos. Es algo modesto que se lleva a cabo en el barrio, pero cada año recibimos más visitantes, y con ello conseguimos ayudar a más gente.

—¡Me encanta la idea! ¿Cuándo es?

—Dentro de unas dos semanas. ¿Estarás aquí para entonces? —Mati parece tan entusiasmada con la idea como su hermana.

—Es demasiado tiempo. No creo que esté aquí para entonces.

—Pues, al ritmo que vas, yo apostaría a que sí —comenta Isabel.

—¿Qué quieres decir?

—Siempre te marchas antes del almuerzo y no regresas a la tarde. No aprovechas todo el día junto al señor Stoner.

—Él me dijo que su jornada acababa a mediodía.

Mi respuesta provoca las carcajadas de Isabel, y mi creciente desconcierto y mi inquina hacia Trunkman.

—Claude, el señor Stoner es la persona que menos descansa de cuantas conozco. Su pasión roza la obsesión. Se mudó a vivir al centro ecuestre para poder ser el primero en llegar y el último en retirarse.

—Y ¿qué hace por las tardes?

—Suele salir para visitar a granjeros que lo necesiten. Te sorprendería saber la cantidad de propietarios que requieren de sus servicios. El caballo es un animal mucho más delicado de lo que la gente pueda imaginar. Él es el mejor, y le pagan muy bien por ello.

—Él no me ha hablado de esas visitas.

—No sé muy bien por qué no lo ha hecho. Pero, como te he dicho antes, puede que estés aquí para la feria.

—Lo cierto es que debo regresar cuanto antes a mi... ciudad.

—La tierra de uno siempre tira —comenta Mati en español.

A punto estoy de decirle que tiene toda la razón del mundo. Por fortuna, logro contenerme.

Reunidos a la mesa, Isabel me presenta a sus dos hijos, Roberto y Enrique, dos chavales de trece años en plena adolescencia. La comida es para recordar el país de origen, por lo que les pido que no tengan reparo en hablar su idioma, ni teman por mí. Lejos de molestarme, me divierto y me entretengo toda la

velada escuchando las anécdotas que unos y otros rememoran. En más de una ocasión me cuesta mantener el tipo. De hecho, en un momento dado, me siento tan a gusto y querida entre ellos que contemplo la posibilidad de confesarles la verdad. Son gente muy cariñosa, pero no debo olvidar mi objetivo y mi presencia aquí. Y, aunque una sensación de tristeza me embarga hasta el alma, opto por mantener mi coartada y seguir ocultándoles la verdad.

Cuando voy a despedirme de ellos, oigo que los chicos acompañan a Isabel al centro ecuestre para ayudar en las labores de monta. Una idea me ronda por la cabeza.

—¿Tus hijos saben montar a caballo?

—¿Que si saben? Estos dos diablillos van camino de ser unos cowboys de primera.

—¿Crees que podrían enseñarme?

—Creía que de eso se estaba encargando el señor Stoner.

—Con el poco tiempo que me dedica apenas estoy avanzando.

—En eso llevas razón. ¡Chicos! ¿Os importaría acompañar esta tarde a Claude para aprender a montar?

—¡Joder, mamá! —reniega Roberto en español para que no lo entienda—. Esta tarde queríamos salir con los caballos.

—¡Sabéis de sobra que el señor Stoner no quiere que saquéis los caballos del centro!

—¡Pero si él no se va a enterar! —replica Enrique.

—¡Basta! No se hable más. Esta tarde ayudaréis a Claude. ¡Y nada de gamberradas, que os conozco!

—¡Vaya mierda! —sueltan al unísono.

—¡La boca!

La conversación en español finaliza e Isabel, de nuevo en inglés, me confirma que sus hijos serán los encargados de quedarse conmigo y ayudarme. No quería ser motivo de discusión entre ellos, pero se supone que no me he percatado de nada y tengo que callar. Agasajada con besos y abrazos, me despido de Mati y Carmina con la esperanza de volver a vernos. Conocerlas y poder disfrutar de ellas ha sido como encontrar un oasis en pleno desierto, lo que siempre se agradece y es bien recibido.

Cuando llegamos al centro no hay ni rastro de Arthur; una vez más, Isabel estaba en lo cierto. Roberto y Enrique me guían a regañadientes hasta el establo donde se encuentra *Roca*. Pero, en lugar de sacarlo a él, escogen a una yegua

llamada *Despiste*. El nombre ya me pone sobre aviso, y mucho más cuando los oigo hablando en castellano de lo mosqueados que están conmigo por haberles chafado el plan.

—Mamá nos va a matar cuando se entere.

—Diremos que ha sido ella.

«¿De qué demonios hablan estos críos?»

—Debemos ponernos de acuerdo para contar la misma versión.

—No hay problema, tío.

—¿Crees que se hará daño?

«¿Hola? ¿Perdona? ¿Daño? ¿Se han vuelto locos?»

—No creo. Se la ve delgada y ágil.

—Pero mira que eres idiota. Dilo como es: está buena.

—Joder, Roberto, siempre pensando en lo mismo.

—Como que tú no lo haces. Estamos en la edad, ¿qué quieres?

Literalmente acojonada, escucho con atención lo que estos dos mengajos quieren hacerme. Debo andarme con cien ojos y no confiarme lo más mínimo. De buena gana les diría cuatro cosas bien dichas, pero debo continuar con la dichosa mentira que yo misma forjé nada más llegar.

El paseo comienza y los dos hermanos discuten entre sí. Hablan de sus cosas: tema chavalas, tema estudios... y tema galopar. Es ahí cuando oigo cómo retoman su maléfico plan. Me tenso.

—Tío, no tengo claro que debamos hacerlo.

—Venga, tío. Si no va a pasar nada.

—No sé.

—Te recuerdo que por su culpa no hemos podido salir. Y te has quedado sin ver a Elisabeth.

—¡Joder, vaya mierda de semana! Primero el suspenso y luego esto.

—¿Sigues pensando lo mismo?

—Tírale.

Esa última palabra retumba en mi cabeza como una sonora y molesta alarma.

—Chicos, he pensado que mejor lo dejamos para otro día —intervengo.

—Y ¿eso por qué?

—Me duele la cabeza.

«Anda, que ya me vale... Menuda excusa.»

—Nos hemos quedado aquí por ella y ¿ahora quiere parar? ¡Eso no se lo cree ni borracha!

Todo sucede muy rápido. Sin saber muy bien cuál de los dos ha dicho la última frase, y mucho menos cuál de ellos golpea a la yegua, *Despiste* sale disparada, y yo con ella. Intento recordar las nociones que Arthur me ha dado en estos dos días, pero no logro concentrarme. Todos mis sentidos están puestos en aferrarme a las riendas, que busco y agarro con todas mis fuerzas. La yegua corre por la pista, y yo voy dando saltos sobre ella. Cada vez que mi trasero se da de bruces contra la silla veo las estrellas. Por un instante recuerdo que debo tener el cuerpo relajado, aunque yo estoy de todas las formas humanamente posibles menos relajada. En uno de los saltos que doy debido a la velocidad, pierdo el cuero de la rienda y noto cómo salgo disparada contra la valla de troncos de madera. Un cruel y brutal dolor en el costado me impide mantener los ojos abiertos. Apenas puedo respirar. Oigo voces a mi alrededor..., pero yo me dejo llevar por una inconsciencia que viene dispuesta a atraparme y llevarme consigo.

CAPÍTULO 11

El dolor de cabeza es insoportable. Siento la lengua seca y áspera. Sed, tengo mucha sed. Troncos de madera, riendas que se escapan de entre mis dedos... La cabeza no es lo único que me duele. Noto una presión, algo me oprime el pecho. Voces que pronuncian el nombre de Claude una y otra vez. ¿Quién es Claude? Necesito despertar de esta horrible pesadilla. Quiero abrir los ojos, pero el cansancio me lo impide. Unos fuertes brazos me sujetan y me transportan. Sigo teniendo demasiada sed. Una voz masculina me susurra que cuidará de mí. «¿Papá, eres tú?» No, su voz no es tan grave ni varonil, y él no habla tan bien el inglés. Lo hace en... Dolor. Silencio. Voces. De nuevo silencio.

—Me ha parecido que movía un dedo. Puede que se esté despertando.

—¡Salgan todos de aquí!

—Señor Stoner, permítame que...

—Tú también, Isabel.

—Como quiera.

Pasos que se alejan, susurros que los acompañan, y el sonido de una puerta al cerrarse. ¿Quiénes eran? ¿Por qué se van? ¿Estoy sola? No. No lo estoy. Noto su presencia, que me calma y me sosiega. «¿Quién eres?» Intento hacer la pregunta, pero la voz no sale de mí.

—Claude, no sé si me oyes. —Siento su tacto; es cálido y duro al mismo tiempo—. Si es así, aprieta mi mano.

Otra vez ese nombre. «¡Claudia! ¡Me llamo Claudia!» Mis labios no se mueven y tampoco oigo mi voz.

—Siento haber sido tan duro contigo; siento haber sido un capullo. Te prometo que seré más amable y haré todo lo que esté en mi mano para que obtengas toda la documentación que necesitas. Pero, por favor, haz lo posible por despertar.

Su tono es dulce y varonil al mismo tiempo. «¡Un momento! ¿Ha dicho “capullo”? ¡Joder, ya sé dónde estoy!»

—¿Temes que te denuncie? —pregunto aún somnolienta con tan sólo un ojo entreabierto.

—¡Claude! ¡Por fin!

—Ya ves, no hay nada como un capullo para salir de un letargo.

Él sonrío. Yo lo intento, pero no lo consigo.

—Me tenías preocupado.

—¿Es cierto lo que has dicho? —Ahora lo veo mejor; tener dos ojos abiertos ayuda bastante.

—No sé exactamente qué has oído.

—¿Y si te dijera que todo? Bueno, en realidad, hay una parte que me he perdido. Dame un poco de agua, por favor.

Arthur me suelta y se dirige a la cocina, de donde me trae raudo lo que le pido. Apoyando una mano en mi nuca, con la otra me da de beber. Mi sentido del gusto está puesto en el vaso transparente que apreso entre mis secos labios, aunque el resto están puestos en él, y sobre todo en sus increíbles ojos.

—Gracias —murmuro al terminar.

—El médico ha dicho que tienes una contusión costal leve.

—¿Me ha visto un médico? ¿En qué momento de mi vida ha sucedido eso? Trunkman sonrío.

—Estabas inconsciente, es normal que no lo recuerdes.

—¿Tanto tiempo he estado como para ni siquiera recordarlo?

—Sólo han sido unos minutos. Pero el doctor estaba en el centro. Has tenido mucha suerte.

—¿Alguien más estaba enfermo?

—No. Ha venido a hacer su examen rutinario a los caballos.

—¡¿Me ha visto un veterinario?!

«¿A que le doy dos tortas? Bueno, ahora no, que me duele el costado.»

—Es el mejor doctor, y me fío plenamente de su criterio.

—Te has percatado de que no soy una yegua, ¿verdad? No sé, igual estabas tan liado que ni te has dado cuenta, y eso.

—Sí que lo he hecho. Ellas no son tan tercas. —«Al final, este hombre cobra hoy»—. Habías perdido el conocimiento y lo más rápido era que él te viera. Al menos podrías estar agradecida. —Su tono ya no es tan amable.

—Lo estoy —me apresuro a decir—. Es sólo que...

—Deberás guardar reposo al menos quince días —brama levantándose y saliendo del dormitorio.

«¿Quince días? Eso es demasiado tiempo.»

En cuanto me quedo a solas, miro a mi alrededor. La madera y el estilo de la decoración me desvelan que estoy en su casa. La cama es más grande de lo normal; debe de medir al menos dos metros de ancho por otros dos de largo. El

mobiliario, al igual que el del salón, es minimalista, masculino y rústico. Tal y como es él, simple como el mecanismo de un botijo, y fuerte y hermoso como una escultura apolínea.

—Te quedarás aquí hasta que puedas valerte por ti misma —suelta de pronto, reapareciendo por la puerta.

—¡Siempre me he valido por mí misma, y ahora no va a ser menos! —afirmo intentando incorporarme.

Pero el daño que me hago es tan grande que me tumba de nuevo sobre el colchón.

—No estás en condiciones de hacerlo. Pasarás las dos próximas semanas aquí, hasta que me asegure de que estás bien.

—¡Yo estoy muy bien!

«¿En qué sentido he dicho eso? Debo de estar desvariando.»

—Tómate esto. —Arthur me entrega un par de pastillas.

—¿Qué es?

—Lo que te ha mandado el médico.

—¿Me das medicina de caballos? ¿Tu intención es cuidarme o acabar conmigo?

—Mejor no preguntes. —La mirada que le echo es tan mortífera que se apresura a darme una explicación—. Tenía en casa lo que te ha recetado, eso es todo.

—Sé lo ocupado que estás. Mejor me marcho al motel.

—¿Adónde crees que vas?

—Te lo acabo de decir.

Arthur deja sobre la mesilla las pastillas que he rehusado tomarme.

—¡No vas a ir a ninguna parte!

—¿Piensas retenerme?

—Si es necesario, créeme que lo haré.

—Vaya, adiestrador y secuestrador... Menuda joya.

—Debes guardar reposo, y te quedarás aquí hasta que el médico te dé el alta. Te has caído en mis instalaciones y soy responsable.

El recuerdo de lo que sucedió regresa a mi memoria. Roberto y Enrique fueron los causantes de mi caída. Voy a estrangularlos en cuanto me cruce con ellos. Aunque lo siento por Isabel, sus hijos deben recibir su merecido.

—¿Qué pasó? —pregunto para asegurarme de que estoy en lo cierto.

—Todo sucedió muy rápido. Según han contado los chicos, te confiaste y

caíste contra la valla.

«¡¡¡¿Que me confié?!!! ¡¡¡Y un cuerno!!!»

—¿Y tú los has creído? —Su silencio me hace pensar que sí.

—Da igual lo que yo crea.

—A mí no me da igual. Dímelo. ¿Los has creído?

Arthur piensa la respuesta durante unos segundos.

—Sí. Pude ver sus caras y lo preocupados que estaban.

«¡Claro, porque los descubra y cuente la verdad! ¡Yo los mato!»

Por un instante me siento tentada de decirle cuatro cosas bien dichas y de exigirle que traiga ante mí a ese par de mocosos. No obstante, pronto recapacito y me doy cuenta de que, gracias a ellos, voy a tener la oportunidad de estar durante, al menos, dos semanas en su casa, tiempo más que suficiente para recabar todas las pruebas que necesito y regresar cuanto antes a España. Con el chip de actitud cambiado, cojo las pastillas y, como buena paciente, me las tomo para que él me vea.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que quieras.

—¿Quién me ha puesto el vendaje? —Tan sólo llevo puesto mi pantalón. La parte de arriba son metros y metros de venda que presionan mis pechos y la totalidad de mi tórax.

—El médico. ¿Vas a volver a compararte con una yegua?

—No. Sólo quería saber quién me ha visto desnuda.

—Los dos lo hicimos.

«¡Tierra, trágame!» No porque me haya visto en pelota picada, sino porque no estaba consciente y me he perdido su cara.

—Ah —dejo salir en un leve susurro.

—No son los primeros pechos que veo, si es lo que te preocupa.

—Eso es algo que daba por sentado. Aunque no deja de ser una situación un tanto...

—¿Incómoda?

Sentado junto a la cama, Arthur clava sus ojos en los míos. Su mirada es tan intensa que me atraviesa el vendaje, los susodichos pechos y hasta el alma. Su cercanía, que hace unos momentos me calmaba, ahora me intranquiliza. No hace nada de frío, más bien al contrario, pero mi vello se eriza con tan sólo encontrarme con esa intensa mirada verde que logra desnudarme sin necesidad de un corto pestañeo.

—No —confieso al fin.

Entonces Arthur se inclina lentamente hacia mí. Sus labios entreabiertos son el único objetivo en el que todo mi ser puede y quiere fijar su atención. Está a escasos centímetros de mi boca. ¿A qué espera para apresarla y besarme de forma salvaje? Sé que negaré el resto de mi vida lo que estoy pensando, pero en este preciso instante mataría por ser una yegua. Quiero que me monte, que me dome, que me atice si es preciso para calmar mi necesidad. Porque sí, eso es lo que siento, una necesidad que me arrastra y tira de mí hacia él. Lo sentí desde el primer segundo que observé su fotografía en aquel expediente que encontré en la cabaña. Entonces no supe qué era, pero ahora sí. Ahora puedo comprobar por mí misma lo que me hace sentir simplemente con mirarme como lo hace. Mi cuerpo se estremece ante su estrecha y cercana presencia. Todo este loco viaje me ha servido para encontrarme con él, para tenerlo como lo tengo justo ahora, rendido a mis encantos que...

—Voy a darme una ducha. Si necesitas algo me avisas —suelta de pronto, levantándose y marchándose hacia el baño.

«¡A freír puñetas mis encantos!» ¿A quién quiero engañar? Estoy tumbada en su cama con un vendaje antiglamur y debo de tener una pinta horrible. Mi parte Princess debe de haberse quedado en la pista o perdida en algún lado, y sé a ciencia cierta que, en estas circunstancias, voy a tardar en dar con ella.

El resto de la tarde el dolor se acrecienta, y lo hace aún más al caer la noche, momento en que Arthur me da las buenas noches y se marcha a dormir al salón. No quiero ser una carga para él, y mucho menos ser la causante de que tenga que dormir en ese horrible sofá. Demasiado tengo con saber que ha debido dejar de lado su trabajo para poder estar conmigo y cuidarme.

—Arthur. ¡Arthur! ¡¡Trunkman!!

—¿Qué ocurre? —pregunta en cuanto llega a mi lado.

—Puedes dormir aquí, si quieres. Hay suficiente espacio para los dos.

—No quiero hacerte daño.

—¿Te dedicas a bailar por las noches?

—Las que tengo que cuidar a alguien, no. Es mejor que duermas sola —afirma girándose de nuevo hacia el salón.

—Arthur.

—Ya he dicho que no —suelta de mala gana volviéndose hacia mí—. Ésta es mi casa y...

—Sólo quería darte las buenas noches —lo interrumpo.

—Ah. Buenas noches —brama marchándose definitivamente, enfurruñado consigo mismo. Sonríe en cuanto me quedo a solas.

Apenas puedo moverme. Durante horas, doy vueltas y más vueltas en la cama intentando conciliar el sueño, algo que no consigo, pese a pensar en folios en blanco y contar varios rebaños de ovejas. La mañana siguiente no es mucho mejor. Desde nuestro casi beso de anoche, no ha vuelto a acercarse del mismo modo a mí. No ha salido a pasear a *Desbocado* por tener que cuidarme, y no puedo evitar sentirme algo culpable por ello. Es por eso, y por lo poco sexy que me siento cada vez que me acompaña al baño, que le pido que avise a Isabel. Al principio no parece tomárselo muy bien, pero hasta él acaba reconociendo que es lo mejor, al menos durante las horas que debe atender el centro.

La murciana no tarda en aparecer por la puerta, y lo hace con semblante de preocupación. Arthur nos deja, dándole claras indicaciones de cuidarme lo mejor posible.

—¿A qué se debe esa cara? —le pregunto una vez a solas.

—No he pegado ojo en toda la noche. ¿Cómo estás?

—Estoy bien, es cuestión de días. ¿Por qué no has podido dormir?

—Se nota que no eres madre. —Mi gesto le formula la pregunta por mí—. Sé perfectamente cuándo me mienten mis hijos, y ayer lo hicieron. —Guardo silencio; quiero ver hasta dónde sabe—. Me resultó extraño que decidieras montar tú sola, y más hacerlo al trote.

—Algo me dice que conseguiste lo imposible.

—Me costó, no te voy a mentir. Aunque sean unos adolescentes, no dejan de ser hombres, al fin y al cabo; les cuesta sincerarse, y mucho más con una mujer. Los chicos están en una edad muy difícil. Tras la cena, fui a su cuarto y hablé con ellos. No tuvieron más remedio que decirme la verdad, y... ¡Oh, Dios mío! Lo siento mucho, Claude...

Isabel, compungida, se lleva las manos a la cara, incapaz de sostenerme la mirada. Verla tan rota por la responsabilidad que se echa sobre sus espaldas me destroza literalmente el corazón.

—Soy yo la que debe pedirte disculpas —le digo en nuestro idioma.

—¿Hablas español?! —Su asombro es tan grande que no puede evitar formular la pregunta en un tono más agudo de lo normal.

—Soy valenciana. —Isabel se desploma en la silla—. Siento no habértelo dicho antes, y mucho más haberte mentido.

—Pero ¿por qué? Te abrí las puertas de mi casa...

—Lo sé. Y créeme que lo pasé mal y bien a partes iguales. Sólo puedo decirte que es mejor que nadie lo sepa. Prométeme que no se lo dirás a Arthur.

—¿Qué haces aquí, Claude?... ¡Espera! ¿Cuál es tu verdadero nombre, entonces?

—Claudia.

—Era de imaginar.

—No puedo decirte por qué estoy aquí.

—No me lo estás poniendo fácil para que confíe en ti. Lo sabes, ¿no?

—Soy consciente de ello. Digamos que no estoy por gusto.

—¿Has venido a ligarte al señor Stoner?

—¡No! —me defiendo.

«Bueno, un poco sí», pero jamás lo confesaría.

—Entonces no puedo ni imaginar qué te ha hecho venir desde España hasta aquí. ¡Por favor, dime que no tiene nada que ver con nosotros!

—Puedo asegurártelo. Escucha, Isabel, no puedo contarte la verdad. Quizá sea mucho pedir, pero debes confiar en mí. Sólo te diré, para tu tranquilidad, que tiene que ver con mi padre.

—¿El señor Stoner es tu hermano?

—Pero ¿cómo puedes tener tanta imaginación?

—Tú no escribirás, pero yo me quedé con las ganas. Porque no eres escritora, ¿verdad?

—No. Pero lo que sí tengo es una carrera, y puedo ayudar a tus hijos.

Si su cara antes era de asombro, la de ahora es de auténtico estupor.

—¿Harías eso por ellos después de lo que te han hecho?

—Lo haría por ti. Sólo si tú quieres, claro.

—Mira, no sé qué te traes entre manos, pero con este gesto demuestras el gran corazón que tienes, y acabas de ganarte el mío.

—¿Eso es un «sí»?

—¡Es un «supersí»! —Isabel se abalanza emocionada para abrazarme, pero su entusiasmo logra hacerme daño.

—¡Au!

—¡Ay, lo siento, lo siento!

—Tranquila, no es nada. ¿Es mucho pedir un favor más?

—Tú dirás.

—Dame tu palabra de que todo lo que estamos hablando quedará entre nosotras. Arthur no tiene por qué enterarse de lo que pasó realmente con los

chicos, y mucho menos de quién soy.

—Pero lo justo es que lo sepa. Mis hijos fueron responsables de...

—De unirnos, Isabel. Yo no se lo voy a decir. ¿Qué necesidad tienes de hacerles pasar un mal rato? ¿Ganas algo con ello?

—No me hace gracia esconderle algo así al señor Stoner, pero, como bien dices, se trata de mis hijos, y una madre es capaz de todo por ellos.

—Será nuestro secreto.

—¿Puedo decírselo a las chicas? Les va a dar una alegría tremenda en cuanto lo sepan.

—Sí, a ellas puedes decírselo. Pero debemos llevar mucho cuidado entre todos. Arthur no debe sospechar nada.

—No sé qué te traes entre manos, vecina del norte, pero puedes contar con todas nosotras.

—Gracias, vecina del sur.

Ambas sonreímos.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Qué es lo que has hecho para que el señor Stoner te deje tutearlo y llamarlo por su nombre? Llevo años con él y todavía no me lo ha permitido.

—Si te digo la verdad, ya serán dos secretos que deberás guardarme.

—Ya puestos... Dímelo, por favor.

—Llamarlo capullo y ponerle de mote *Trunkman* por el palo que parece llevar siempre metido en el culo.

—¡Eres única! —suelta riéndose a carcajadas. Ambas lo hacemos, aunque yo ceso enseguida por el dolor que me provoca—. ¡Bienvenida a América, preciosa!

CAPÍTULO 12

Los días transcurren a tal velocidad que apenas me percato. Entre Arthur, Isabel y Mati y Carmina, que también vienen a cuidarme y a hacerme compañía, el tiempo me pasa volando. Tanto es así que sin darme cuenta ha pasado una semana desde el accidente.

Con Arthur estoy haciendo escasos progresos. Su actitud sigue siendo cortante, y apenas me da opción a mantener una charla medianamente decente. Nuestros encuentros se reducen a meras conversaciones entre enfermero y paciente. He intentado por todos los medios convencerlo de que duerma en su cama, de que duerma conmigo, pero se niega en rotundo y sigo haciéndolo sola.

Esta noche hace un calor sofocante. Julio ha entrado con fuerza en el condado de Houston y, pese a que las noches suelen ser refrescantes, me he despertado sudando. No sé muy bien qué hora es. Me levanto a hurtadillas, no sin esfuerzo. Me asomo al salón y lo veo durmiendo en el sofá. Tiene la cabeza ladeada. Debe de despertarse con un dolor de cuello impresionante. Descalza, e intentando hacer el menor ruido posible, me atrevo a observarlo más de cerca. Sus largas pestañas enmarcan unos párpados que esconden un color verde que me atrapa cada vez que me mira. Su perfecta nariz descansa mientras su boca entreabierta toma y expulsa aire con suavidad. La recortada barba recubre sus perfilados labios, unos labios que ardo en deseos de saborear. Una camiseta gris y un fino pantalón a juego del mismo tono me impiden ver el escultural cuerpo que hay debajo. La luz que entra tímida por la ventana, procedente de los dos únicos faroles encendidos del porche, me permite observarlo. Inclínada, me acerco aún más para percibir el olor que desprende su piel. Es una mezcla entre frutos silvestres y pino. Temo que mi excesiva cercanía lo despierte o, mucho peor, pierda el equilibrio y acabe cayéndole encima. Me incorporo y me dirijo al baño para refrescarme antes de regresar de nuevo al dormitorio. Si antes tenía calor, ahora estoy en plena combustión.

Los rayos del sol me despiertan, junto con el sonido de la ducha. Aún estoy somnolienta, pero el recuerdo de su rostro plácido mientras dormía continúa en mi memoria. Del mismo modo que he hecho de madrugada, me atrevo a asomarme al baño. Quizá pueda ver la posible marca que lo distingue y que me confirme que él es el original. Giro el pomo de la puerta y la entreabro con sumo cuidado. Al fondo, la mampara transparente me permite verlo en su plenitud, pese a las gotas que la empañan. Está de espaldas a mí. «¡Dios, qué culo!»

Parpadeo un par de veces para asegurarme de que lo que estoy contemplando es real. De acuerdo, confirmado, tampoco hay rastro de ninguna marca en su retaguardia. Con las manos se extiende el champú por su corto pelo para, a continuación, descender hasta su pecho, que frota con firmeza. Mis latidos aumentan en velocidad a cada segundo que me deleito observándolo. Tiene un cuerpo de...

—Si vas a espíarme, al menos hazlo tapándote la boca para que no oiga tu respiración.

«¡Mierda, mierda, mierda!» No he caído en eso. Debo de haber resoplado como un huracán para que me haya pillado de esta forma tan bochornosa.

—Sólo quería usar la mampara, digo... la cisterna, quiero decir el...

—¿Váter? —pregunta volviéndose hacia mí y mostrándome su... ¡marca!

—No importa. Puedo esperar.

—No lo creo.

Y tiene razón. Pese a que mis palabras intentan dejar clara mi intención de marcharme y permitirle la intimidad que necesita, mis pies son incapaces de moverse de donde están. Lo mismo que mis ojos, que no logran apartarse de él. Sin un solo pelo que estorbe o estropee la visión, su miembro parece despertar ante mi presencia. Al menos, alguien parece alegrarse. Yo procuro mirarlo a la cara, pero mi parte curiosa y lasciva me hace bajar la vista una y otra vez. Nunca antes un hombre se me había resistido, si bien es cierto que jamás había conocido a uno como él.

—¿Quieres usarlo?

Mi mandíbula debe de estar golpeando el suelo, porque tengo la boca tan abierta que hasta siento un leve dolor tras las muelas del juicio.

—No entra dentro de mis planes proporcionarte placer. En todo caso, deberías ser tú quien...

—Me refería al váter —me interrumpe de nuevo en tono burlón.

—¡Se me han quitado las ganas! —bramo cerrando de un portazo tras el que oigo su sonora carcajada.

¿Acaso puedo hacer más el ridículo? Si soy más tonta, no nazco. ¡Espera! ¿Qué puñetas? De tonta no tengo un pelo, es él, que es un capullo. Y con toda la rabia que me corroe, vuelvo a abrir la puerta y me adentro en el baño con la firme intención de demostrarle con quién se ha topado. Arthur me observa con el ceño fruncido.

—Vuélvete —le ordeno.

—Si tú no lo has hecho, yo tampoco.

—Me parece justo —remato bajándome el pantalón del pijama, las braguitas, y sentándome sobre el inodoro para hacer mis necesidades.

Mi corazón sigue tronando en mi interior. Sus ojos clavados en mí ayudan bastante a ello. En toda mi vida, jamás me había encontrado en una tesitura como ésta. Aunque, si cree que voy a dejarme amedrentar, va listo. Arthur ya no se frota el pecho con energía, lo hace de forma pausada, pues está más pendiente de mí que de sí mismo. Cuando acabo, me tomo mi tiempo y hago uso de la poca coquetería que se me permite en estos casos. Tras tirar de la cadena y bajar la tapa del inodoro, doy un paso hacia él y, sin dejar de mirarlo, comienzo a desnudarme.

—¿Has acabado? —pregunto.

—No —balbucea.

Puedo notar la tensión que le provocan mis insinuantes movimientos al despojarme de la ropa. El silencio que ambos guardamos y nuestras intensas miradas hablan por nosotros.

—Pues hazte a un lado —afirmo cuando acabo, metiéndome con él en la ducha.

—Vas a... mojarte el vendaje. —Apenas puede articular la frase.

—No, si tú me ayudas.

—Yo... no sé cómo...

—Te ofreciste a cuidarme, ¿recuerdas? —afirmo poniendo los brazos en cruz, mostrándome ante él con tan sólo las vendas que cubren mi pecho. Mi voz suena sensual y atrevida al mismo tiempo.

Arthur traga saliva y comienza a quitarme el vendaje. La ducha es lo suficientemente amplia para los dos, aunque la distancia que hay entre ambos es mínima y la estrictamente necesaria para cumplir su cometido. Sin apartar la vista de mi rostro, me rodea con las manos una y otra vez hasta que se hace con la venda. Cierro los ojos al tiempo que dejo salir un hondo y sexy suspiro al sentirme libre de la presión que tanto me oprimía. El momento es tan excitante que me humedezco el labio a la espera de que dé el paso que tanto ansío.

—Ya puedes seguir tú sola —suelta justo antes de marcharse y dejarme boquiabierta.

«¡Lo mato, lo remato y, si resucita, me lo vuelvo a cargar! ¿Cómo se le ocurre dejarme sola en un momento como éste?» «Puede que no le gustes», me dice mi subconsciente. «¡Y una leche!», le respondo fuera de mis casillas. No es

eso lo que me dicen sus ojos ni la forma en que me mira.

Cuando salgo de la ducha, ya no está en casa. En su lugar, sobre la encimera de la cocina encuentro una nota que dice:

El médico vendrá a ponerte otra venda.

—¡Capullo! —exclamo entre dientes de regreso al dormitorio, envuelta en una toalla, descalza y dejando un reguero de agua a mi paso.

* * *

A mediodía, tras la visita del veterinario, son Isabel y las chicas las que vienen a verme. Lo hacen cargadas de comida y con la firme intención de animarme, algo que logran a los pocos minutos con su contagiosa alegría. Por la tarde, como está siendo habitual desde mi conversación con la murciana, son Roberto y Enrique los que vienen a casa para que los ayude con la asignatura de lengua castellana. Mi relación con ellos es muy buena. Al principio les costó incluso poder mirarme a la cara por lo culpables que se sentían, pero poco a poco forjamos una buena amistad de complicidad entre los tres, y ahora todo es fácil y fluido.

Con las chicas hablo asiduamente por WhatsApp o por videoconferencia. Aún recuerdo cuando les comuniqué la noticia de mi caída. Pese a tener la recomendación de no volar, Daniela fue la que más insistió en que volviera cuanto antes a España. Vera y yo la convencimos de que era una oportunidad de oro para conseguir mi objetivo, y finalmente no tuvo más remedio que claudicar. Ellas están bien. Por lo que me han contado, la Sweet está emocionada con su nuevo trabajo, y la Balay está radiante con el viaje a París que Vic le ha prometido. Parece ser que el chico va en serio con ella y ha estado ahorrando durante mucho tiempo para darle esa sorpresa, y más ahora, que quiere hacerlo en señal de agradecimiento por cuidarlo. «Igual que uno que yo me sé», pienso comparándolo con mi enfermero particular.

* * *

Hoy hace dos semanas que me caí. Ya puedo moverme con total libertad, lo que me ha permitido recabar muestras de ADN de Arthur. Literalmente, le robé el cepillo de dientes y un vaso. Este último resultó sencillo y no levantó sospechas. En cambio, con el primero me costó algo más convencerlo, aunque no dudé en achacarlo al trasiego de gente que había venido a visitarme. Mi relación con él no ha avanzado nada en todo este tiempo. Pensé que, a raíz de nuestro encuentro en la ducha, íbamos a estar más cerca el uno del otro, que hablaríamos sobre el tema o que iría a dormir a su cama por las noches. Pero me

equivocué. Con la excusa de las visitas de mis nuevas amigas, él aprovecha para marcharse y alejarse de mí. En más de una ocasión he intentado que se sincerara conmigo, sin el menor resultado. Una vez incluso, mientras cenábamos, creí que trataría de besarme. Noto sus oscuras miradas al igual que siento que le gusto, como él me gusta a mí. He intentado, en la medida de lo posible dadas mis circunstancias, acercarme a él, mostrarle mi parte más femenina, mi parte más Princess, para lograr conquistarlo. Pero todo ha sido en vano. Sé que ambos sentimos una atracción increíblemente fuerte. Lo sé por ser mujer, y por lo nervioso que siempre lo pongo cuando estamos a solas. Aunque lo cierto es que ninguno de los dos ha sido capaz de dar el paso necesario para acabar con esta inquietante tortura.

El médico viene a verme dentro de un rato. Al final va a resultar que sí es un buen doctor, pese a que no esté especializado en medicina humana. Arthur, que se ha despertado de mal humor esta mañana, vuelve a ser Trunkman, con la mala leche que lo caracteriza, y revolotea a mi alrededor inquieto.

—¿Puedes parar un momento? Pareces una mosca. —Lo de «cojonera» me lo reservo para mí, en parte porque no conozco su traducción exacta, si es que la tiene.

—No he dormido bien.

—Tranquilo. Si no pasa nada, esta noche podrás recuperar tu cama y hacerlo —suelto con rabia y pena a partes iguales.

—Para tu información, te diré que el sofá es muy cómodo.

—¿No quieres que me vaya?

—Yo no he dicho eso.

Su respuesta provoca que mi mal humor aflore también.

—Entonces ¿a qué se debe esa hiperactividad? —pregunto en tono cortante.

—Cosas mías.

«¡Basta, estoy harta!»

—¿Te has dado cuenta de que apenas me has contado nada de ti en estas dos semanas?

—Lo que necesitabas saber de mí ya lo tienes.

«Si tú supieras...», me digo.

—No es cierto —replico.

—¿Qué quieres decir? —He llamado su atención hasta el punto de que deja de revolotear a mi alrededor y se detiene para mirarme.

—Lo sabes tan bien como yo.

Ambos nos miramos y guardamos un tenso silencio. Deseo con todas mis fuerzas que sea sincero de una vez por todas, que sea valiente y demuestre el hombre que en realidad yo sé que es.

—Eres un cobarde —lo reto acercándome un paso a él.

—¡Eso no es cierto!

—Los dos sabemos que sí. ¿Acaso crees que no me he dado cuenta de la forma en que huyes de mí?

—¿Qué estás diciendo?

—La verdad. Sé cómo me miras cuando finjo no darme cuenta. Sé lo que te hago sentir cuando estamos cerca como lo estamos ahora, puedo verlo en la tensión de tu mandíbula. Sólo han pasado dos semanas, pero te conozco lo suficiente para saber que sientes algo por mí.

—¡Eso no es cierto! —insiste.

—Se te olvida que conocer a alguien conlleva también saber cuándo miente.

De nuevo, silencio. De nuevo, duelo de intensas miradas.

—Te miro como miro a cualquier otra persona —balbucea.

—Otra vez mintiendo.

—¿Qué quieres de mí, Claude? —pregunta de pronto, colocándose a centímetros.

—¿Qué quieres tú, Arthur?

—Yo he preguntado primero.

—Me parece justo. Está bien. Quiero que tengas la valentía de abrirme tu corazón.

—¿Para qué?

—Dos preguntas. Lo siento. La mía va primero.

Arthur resopla con fuerza por la nariz.

—¡Quiero que te vayas cuanto antes!

—¿Perdona? —suelto sin pensar.

Sus palabras son como afilados cuchillos que me atraviesan el pecho. Esperaba cualquier respuesta menos ésa.

—Cuarta pregunta. Me toca a mí.

Ahora la que tensa la mandíbula, cierra el puño y echa humo por las orejas soy yo. He conseguido hacer amistades nuevas, que los chicos mejoren en castellano, robarle un vaso y un cepillo, pero no he logrado que sea sincero conmigo. Y lo he intentado usando todas las artimañas posibles. ¿De qué tiene miedo? ¡Estoy harta de este maldito juego!

—Quiero saber si estoy en lo cierto —bramo respondiendo a la tercera pregunta.

—Las mujeres sois demasiado curiosas.

—Y tú eres un cabezota que no sabe quitarse el dichoso palo del...

—... del culo.

—¡Sí, eso es! ¡Del mismísimo culo!

En ese instante llaman a la puerta.

—La cuarta pregunta era retórica. Fin de la conversación —suelta justo antes de dirigirse hacia la entrada.

No sé qué diablos le pasa para tratarme así. Sus modales vuelven a ser los prehistóricos del inaccesible señor Stoner. Si guardaba algo de esperanza por creer que conseguiría avanzar en lo nuestro, estaba equivocada.

El médico me examina, acompañado de un taciturno Trunkman, que observa la escena de soslayo por momentos. El hombre me quita las vendas, y yo me siento tentada de pedirle que se dé prisa para volver a quedarme a solas con mi anfitrión y continuar con lo que hemos dejado a medias. La rabia que siento es tan grande que no me importa que me vea de nuevo semidesnuda. Todo lo contrario. Quiero conocer su reacción. Una a una, el doctor va dando vueltas y recogiendo la tela elástica que recubre mi tórax. No miro al médico en ningún momento. Mis ojos están centrados únicamente en Arthur, que rehúye mi mirada simulando que hace algo. El médico me pide que tome y expulse aire a la vez que me toca con sus frías manos. Mi temperatura es mucho más elevada que la suya. Y no por el calor que hace, sino por la rabia que noto al sentirme rechazada por mi anfitrión, quien, por mucho que se empeñe en disimular, sé con certeza que me observa y no pierde detalle. La visita acaba con mi alta médica, aunque con la recomendación de no hacer excesos, ni de viajar en avión, al menos en los próximos tres días. Tras los agradecimientos por parte de ambos, Arthur lo acompaña hasta la puerta.

—Mírame —le exijo colocándome frente a él en cuanto nos quedamos a solas.

Arthur lo hace, aunque no sin esfuerzo. Sé que le está costando horrores no centrar la vista en mis pechos, que lo apuntan sin pudor. Mi respiración es agitada, como lo están mis pulsaciones al tenerlo delante y mostrarme ante él con mi descarada desnudez.

—¿Qué pretendes, Claude?

—Que seas sincero conmigo.

—¿Por qué habría de serlo?

—Sé que te gusto. Lo que no sé es por qué te empeñas en negarlo.

—No lo entenderías.

—Tampoco has probado.

—Tengo cosas que hacer —suelta girándose con la firme intención de marcharse y dejarme de nuevo sola.

—¿De qué tienes miedo, Arthur?

—¡Yo no tengo miedo de nada! —brama volviéndose hacia mí.

—Yo diría que sí —remato acortando nuevamente la distancia que nos separa. Mis ojos retan a los suyos en un duelo intenso y excitante. Su nuez se desplaza sobre su erguido cuello, demostrándome una vez más que estoy en lo cierto—. ¿Me temes, Arthur? —Mi tono es extremadamente sexy y sensual.

Llevo deseando este momento desde hace demasiado tiempo como para no sacar partido. Sus ojos fieros recorren los míos de un lado a otro, incapaces de centrarse en un solo punto. Con otro paso logro posicionarme aún más cerca. Mis pechos rozan la entallada camiseta que cubre su torso. Mi descaro lo turba y lo agita. Nos lo hace a ambos.

—¿Es a mí a quien temes? —insisto.

Su respiración entrecortada me regala el seductor aliento con el que me envuelve. Mis pezones lo tientan con osadía, acariciando su férreo pecho. El roce logra excitarme de un modo inconmensurable despertando mi parte íntima, que se agranda sin recato.

—Tengo que irme —dice volviéndose para, esta vez sí, dejarme a solas en medio del salón de su rústica casa.

—¡¡¡Ésta me la pagas!!! —suelto con la vista fija en la puerta que acaba de cerrar dando un sonoro y distante portazo.

CAPÍTULO 13

Apenas he salido al porche durante el reposo, pero hoy necesito que me dé el aire. Una vez que me doy una fría y renovadora ducha para apaciguar el calentón que llevo y para intentar, en vano, olvidarme de él, salgo rumbo al centro ecuestre a dar una vuelta. El sol aprieta con fuerza y pronto siento cómo mi cuerpo se humedece a causa del intenso calor. La fina y clara arena refleja con potencia los rayos del astro rey, lo que aumenta aún más la sofocante temperatura a la que debemos de estar. Me dirijo al club en busca de algo con lo que refrescarme, y allí encuentro a Isabel hablando junto a unos hombres que no conozco. Los saludo al entrar y voy directa a la nevera. No puedo evitar oír que hablan sobre la feria. A la murciana se la ve muy entusiasmada con el tema, tanto que hasta parece estar hablando de las Fiestas de Primavera de su ciudad natal.

—No pensarás olvidarte de mí, ¿verdad? —le digo una vez nos quedamos a solas.

—Puedes hablarme en español, no hay nadie que pueda oírnos —explica cogiéndome del brazo y guiándome hasta la enorme mesa que preside la estancia.

—No quiero arriesgarme. Alguien podría entrar y pillarnos por sorpresa.

—Tienes razón. Con tanto trasiego, se me olvidó comentarte que la feria se inaugura esta noche. Este año, los fondos que se recauden irán destinados a un conocido orfanato de la ciudad.

—Cuéntame más cosas.

—Todos los vecinos colaboramos con alguna actividad o aportando algo de dinero. Hoy es el día de los puestos locales. Este año, las chicas y yo nos encargamos de un puesto de comida española. Las atracciones estarán los tres días que dura la feria, y el colofón final será el baile.

—¿Qué baile?

—¡El country! El famoso baile de las películas americanas. ¿Te suena?

—Sí, claro. Pero yo no sé bailar eso.

—Es muy fácil. Ya verás cómo te haces con él enseguida. Tú sigues los pasos de los demás y ¡listo!

—No sé si podré hacerlo. Lo consultaré con el médico.

—Es cierto. Mejor ser precavida.

—En cuanto a hoy, ¿en qué puedo ayudar?

—No creo que estar de pie tantas horas sea bueno para ti.

—Pero algo habrá que pueda hacer.

Isabel guarda silencio y me observa durante unos segundos. Extrañada, aguardo a saber qué se le está pasando por esa cabeza suya, que siempre parece estar activa.

—En realidad...

—¿Sí?

—Nada. Es una tontería.

—Dímela.

—Pues, verás, hay un puesto que no requiere mucho trabajo. Aunque nadie quiere ocuparlo. Olvídalo, no debería habértelo contado. En realidad, llevamos años intentando eliminarlo, pero los hombres se empeñan en defenderlo y en que continúe formando parte de la feria.

—¿Me vas a decir ya cuál es o vas a esperar a que se haga de noche para hacerlo?

—¡Está bien, María Prisas! —suelta en español.

—¡En inglés, Isabel! Recuerda.

—¡Uy, perdón! Es un puesto antiguo —continúa—. Consiste en cobrar un dólar por cada beso que se dé.

—¿En serio?

—Lo habrás visto en películas de finales del siglo pasado. Ya te he dicho que es algo que no conseguimos quitar. Nos resulta arcaico y machista. Mati se puso un año y salió espantada. Se pasó toda la noche limpiándose las babas de la boca.

—¡Qué asco!

—Te lo he dicho, Claudia.

—Claude.

—¡Coño, qué follón! —dice de nuevo en español.

—En inglés —la riño.

—¡Vale! Como te decía, aquí los hombres son muy chapados a la antigua. Sólo las solteras como tú «pueden» ocupar ese puesto. Siempre aparece alguna chica voluntaria a última hora, pero este año aún no hemos conseguido a nadie.

—No me veo haciendo eso. Lo siento.

—Te entiendo perfectamente. Yo tampoco lo haría.

—Bueno, intentaré echar una mano donde sea. Quiero colaborar. ¿Quién va a esa feria?

—¡Todo el mundo! A diferencia de la ciudad, esto es un pueblo pequeño, y aquí nos volcamos todos con este tipo de eventos.

—¿Puedo preguntarte en qué colabora Arthur?

—¿Lo dices en serio? La feria se celebra gracias a él. Todas las instalaciones y los puestos se colocan sobre los terrenos que él, altruistamente, cede cada año. Además de una cuantiosa aportación económica que, pese a que se niega a reconocerlo, sabemos que procede de su bolsillo.

De nuevo la cara amable de Trunkman. De nuevo esa parte de él que tanto me gusta y me enloquece, y que tanto se empeña en esconder.

—Y ¿hay que ir vestida de alguna forma en concreto? —pregunto para desviar el tema y, de paso, mis emocionales pensamientos.

—Puedes ir normal, aunque yo te recomendaría que fueses vestida de cowboy.

—¡Me encanta!

—Yo tengo que estar todo el día aquí, por desgracia. Pero las chicas pueden ayudarte.

—Sería genial.

—Cómprate algo sexy —comenta en español con cara de pilla y dándome un suave codazo.

—¡Desde luego, Isabel! ¡Yo ya no te lo digo más! ¿Quieres hablarme en inglés, coño? —suelto también en castellano.

—Y ¿tú qué estás haciendo ahora?

—Es que el «coño» suena mejor en nuestro idioma.

—Ahí estoy de acuerdo contigo.

Ambas soltamos una carcajada. Ya no me duele el costado al reírme, y me permito el lujo de disfrutar de este divertido momento junto a ella. Voy a tenerla a miles de kilómetros de distancia, pero sé que, con ella, dejaré un trocito de mi corazón aquí cuando me marche.

* * *

La tarde llega deprisa, y con ella el cierre del centro ecuestre unas horas antes de lo habitual. Todo el mundo está entusiasmado con el evento y no se habla de otra cosa. Mati y Carmina me han ayudado a encontrar ropa adecuada. Al igual que hicieron en su momento para ir a recoger mis cosas al motel y hacerme el favor de saldar la cuenta por mí, en esta ocasión me han acompañado a una tienda del barrio para hacerme con todo lo necesario. Unas botas a juego con el cinturón y un sombrero de cowboy es lo nuevo con lo que me he hecho.

Un vaquero ajustado y una entallada camiseta de tirantes blanca es lo que escojo del armario para cerrar el atuendo. Cuando me miro al espejo parezco una auténtica texana. Mi pelo castaño, suelto, reposa sobre mi espalda bajo el enorme sombrero de color crema. Es un estilo rústico, pero no podía faltar mi toque de Princess, que he aportado con un sugerente pañuelo de seda anudado al cuello y mis flamantes labios pintados de un rojo pasión.

Arthur aún no conoce mis intenciones de acudir a la feria. Y ni pienso decírselas, dado su «flamante y jocoso» estado de ánimo. Sigue igual de capullo que esta mañana, o incluso más. Apenas me ha dirigido la palabra en todo el día. Como ha estado haciendo desde nuestro encuentro en el baño y a lo largo de mi convalecencia, evita quedarse a solas conmigo durante más de veinte minutos. Siempre se las ingenia para no cruzarse conmigo.

—¿Estás listo? —pregunto al salir al salón y encontrarme frente a frente con él.

Su mirada me recorre de arriba abajo con descaro. Sé que le gusta lo que ve. Aunque también sé que no va a decir nada al respecto. Yo tampoco lo voy a hacer, pese a que está impresionante y arrebatador con su pantalón y su camisa vaqueros de color azul marino, sus botas y su sombrero en color negro. La hebilla del cinturón no podía ser otra que la cabeza de un caballo.

—¿Adónde crees que vas?

—A la feria.

—No deberías.

—¿Quién te has creído que eres para darme órdenes?

—Debes descansar.

—Ya he descansado lo suficiente. Ahora me toca divertirme.

—Como quieras. Pero, a partir de ahora, lo que te pase es cosa tuya; yo no seré el responsable.

—Tranquilo, soy mayorcita y sé cuidarme sola.

Arthur, empeñado en ser alias Trunkman, avanza hasta la puerta con rapidez, donde me aguarda para cederme el paso. El gesto de su rostro es duro, tal y como lo está siendo él conmigo.

—¡Sal! —me ordena con malas formas.

—¡Gracias! —respondo en su mismo tono.

—¡De nada! —remata cerrando la puerta tras de sí.

El lugar donde se celebra la feria no está lejos, y hacemos el trayecto andando y en absoluto silencio. El calor ha disminuido bastante y el sol ya no

aprieta con tanta fuerza, algo que es de agradecer. Toda la comunidad está aquí. El ambiente es de júbilo, y en cada uno de los rostros hay una sonrisa dibujada. En todos, menos en el de Arthur, que tan sólo curva levemente los labios cuando se encuentra con alguien a quien saludar.

—Al menos podrías haber tenido la consideración de quitarte el palo del culo y dejarlo en casa —mascullo entre dientes mientras nos encaminamos hacia el puesto de las chicas con la vista puesta en ellas.

—Tendría que haber dejado otra cosa —contesta él de mala gana, también sin mirarme.

—Si te refieres a mí, no me habría quedado.

Sonrío a uno de los empleados que pasa por mi lado.

—Pude advertir lo indomable que eras el primer día.

Nadie puede oírnos, pero me quedo con las ganas de darle un sopapo delante de todos.

—A ver si te vas enterando de que no soy una de tus yeguas —murmuro rabiosa.

—Por desgracia, así es.

—Capullo.

—Descarada.

—Cobarde.

—Potrilla.

—Capullo.

—Eso ya lo has dicho.

—Lo sé, pero necesito decírtelo más veces —afirmo adelantándome para saludar a Isabel, a Mati y a Carmina.

Durante un rato, hablamos con ellas, hasta que Arthur se excusa.

—Si me disculpan, tengo que ir a saludar a alguien. Señoras —dice mirándolas a ellas al tiempo que se levanta levemente el sombrero—. Potrilla —suelta a continuación dirigiéndose a mí. No sólo no ha repetido el gesto, sino que lo ha dicho volviendo a colocarse el sombrero.

Y, con una sonrisa triunfante, se marcha dejándome enojada y con un palmo de narices.

—¿A qué ha venido eso? —me pregunta la murciana en nuestro idioma. En este momento no pienso reprenderla.

—Es una larga historia.

—De contención sexual.

—¿Eso también lo sabes por ser madre?

—No, eso lo sé por ser mujer.

—Pues apúntate un tanto.

—Deberías saber que el señor Stoner no es un hombre de ir de flor en flor. Si ha tenido conquistas, nadie lo ha sabido. Y, hasta donde yo sé, desde que dejó a su mujer no ha vuelto a estar con nadie.

—¿Estuvo casado? —pregunto asombrada.

—Pensé que te lo había dicho.

—Lo cierto es que no. Y de haberme enterado por otra persona lo habría puesto en duda. Me cuesta creer que alguien pueda aguantarlo.

—El señor Stoner puede ser muy amable cuando se lo propone.

—¿Qué pasó?

—Eso es algo que no me corresponde a mí contártelo.

—¿Vas a dejarme a medias?

—Me temo que sí.

—Está bien. Has dicho que no ha tenido ninguna novia tras...

—No. Sólo vive por y para sus caballos.

—Eso no hace falta que lo jures. Pero no me gusta que me dé órdenes. Él no es mi dueño.

—Querida, aquí todos piensan de la misma forma. Las mujeres somos de su pertenencia, y les gusta controlarnos.

—Pues conmigo se equivoca —afirmo echando a andar hacia la desangelada caseta de los besos a un dólar.

—¿Qué vas a hacer? —Isabel corre tras de mí, intentando evitar que llegue a mi destino.

—¡Se acabó! Me importa una mierda lo que piense de mí. Yo sé quién soy de verdad y soy mi propia dueña.

—Espero que sepas lo que estás haciendo.

—Voy a recaudar fondos para el orfanato —me justifico con paso firme.

—¿Sabes qué te digo? ¡Que ole tus ovarios! ¡Esto no me lo pierdo! — comenta jocosa, colocándose a mi lado y concediéndome su total aprobación.

El puesto está a unos cuantos metros del suyo. Es una caseta con un enorme cartel que reza: «Un dólar, un beso». Ambas la bordeamos para entrar por la parte trasera. Una vez cruzamos la puerta que da acceso a su interior, Isabel me

señala el único mobiliario que hay: una silla regulable, un diminuto cesto de mimbre para la recaudación y un estante largo que atraviesa toda la parte baja del mostrador.

—No hace falta que te diga que no debes permitir que nadie se sobrepase.

—No lo harán.

—Un casto beso y a dar paso al siguiente.

—Vale. Aunque tengo una duda...

—Claudia, hija mía, el mecanismo es sencillo, no tiene ningún misterio.

Dólar, beso.

—Quiero saber cuál es el récord de recaudación.

—¡La madre que te parió! —Ríe a carcajadas—. Creo que está en unos cuarenta dólares.

—Perfecto. No creo que me sea difícil superarlo.

—No es por falta de público, sino por aguante de las participantes. Todas abandonan antes del baile.

—Tomo nota.

—¿Estarás bien? Cualquier cosa que necesites, ya sabes...

—¿Quieres irte tranquila?

—Vale.

—Isabel —la llamo justo cuando se dispone a cerrar la puerta y a marcharse con las chicas.

—¿Qué?

—Gracias.

—Gracias a ti. No sabes la vida que me estás dando. —Y, con un guiño y una amplia sonrisa, cierra definitivamente para desaparecer.

Estoy algo nerviosa. No sé a quiénes tendré que besar, pero si de algo estoy segura es de que debo demostrarle al señor Trunkman que no soy un corcel al que adiestrar. El primer cliente no tarda en llegar. Es un hombre de mediana edad y de cara simpática. Lo acompaña una mujer, que parece ser su esposa, y a la que no parece importarle lo más mínimo que nos demos un pico. El amable hombre coloca un billete en el cesto y, abalanzándose hacia mí, me da un casto beso que apenas noto. Con una amable sonrisa, le doy las gracias en nombre del orfanato, y, con el mismo gesto, él se despide para volver junto a la mujer. Los siguientes hombres a los que beso son muy similares al primero. A todos y cada uno de ellos los atiendo del mismo modo. El cesto de mimbre va llenándose sin apenas darme cuenta. Hay tanto monedas como billetes, todos ellos de un dólar.

Durante todo el tiempo que estoy en la caseta dando besos a diestro y siniestro no he conseguido ver a Arthur. Desde que se despidió de nosotras en el puesto de las chicas, no he vuelto a cruzarme con él. Ni siquiera lo he divisado a lo lejos. Pero de pronto, como si mis pensamientos obtuviesen respuesta, aparece a unos metros de mí. Habla con un hombre muy parecido a él en cuanto a constitución y tamaño. Tiene el pelo castaño y es muy atractivo. El hombre, vestido de cowboy como el resto, muestra, a diferencia de Arthur, una amplia sonrisa que deja ver su perfecta dentadura. A Trunkman, en cambio, se lo ve aún más taciturno de lo que ha estado durante el día. «Huerfanitos..., orfanato..., batir récord..., no soy una yegua...», me digo para intentar dejar de pensar en él y evadirme de su oscura mirada. La cola de clientes es cada vez mayor, y el cesto se me está quedando pequeño. No he tenido tiempo ni de contar la recaudación, pero estoy segura de que debo de estar acercándome a la plusmarca. El hombre que acompaña a mi anfitrión le comenta algo en tono divertido y, dando un paso hacia un lado, se coloca al final de la cola a esperar su turno. Arthur no se toma muy bien el gesto de su amigo. Puedo verlo en su tensa mandíbula y en los puños, que aprieta cada vez con más fuerza. Pese a la distancia a la que estamos, logro percibir la furia que bulle en su interior, una furia que lo consume y de la que sé que soy la única causante. Siento tanto gustirrinín que sonrío cada vez más a los hombres, que, pacientes, aguardan su turno para recibir uno de mis besos. La cola no disminuye. Mi pintalabios permanente resiste ante tanto contacto como un campeón, tal y como lo estoy haciendo yo. Estoy atendiendo a hombres de todas las edades, incluso a chavales de apenas quince años. El amigo de Arthur está a tan sólo dos besos de distancia. Mi parte Bug está en todo lo alto, y en mi cabeza planeo mirarlo a él mientras beso a su amigo. Trunkman está al acecho, y si hasta ahora no ha perdido detalle, sé que mucho menos lo hará cuando llegue el turno de su amigo.

Los dos señores que van delante ya han recibido su recompensa. El cesto está tan repleto que tengo que hacer un parón para vaciarlo sobre la balda que hay bajo el pequeño mostrador. Apostaría a que he superado todos los récords. Vuelvo a subir el cesto y regreso a mi anterior posición. Es el turno del amigo de... «¿Dónde está Arthur?» Lo busco inquieta con la mirada. Miro hacia la derecha. Nada. A la izquierda tampoco está. Observo el final de la cola, pero tampoco hay rastro de él. ¿Dónde diablos se ha metido? El amigo se acerca a mí y deposita cinco dólares en el cesto. «¿Cinco? ¿Acaso piensa que voy a darle un morreo, el muy sinvergüenza?» Su dentadura se acerca arrasadora hacia mí. Ya

no me parece tan blanca ni bonita. Su mirada es lasciva, distinta de la del resto de los hombres que han pasado por aquí. Atrevido y descarado, me sujeta por los brazos. ¿Qué se ha creído este tío? Oigo la puerta tras de mí, pero no puedo mirar, las manos del hombre me lo impiden. Todo sucede demasiado rápido. De pronto, algo tira de mí y el suelo gana distancia. Arthur me saca de la caseta sin mediar palabra y me lleva sobre su hombro cual saco de patatas.

—¡La recaudación! —grito intentando que regrese para recogerla.

—¡A la mierda la recaudación!

—¡Sí, hombre, con lo que me ha costado! ¡¡Isabel!! —la llamo a gritos. Ella me mira boquiabierta. Todo el mundo lo hace, en realidad—. ¡¡La recaudación, coge la recaudación!!

Subida aún sobre su hombro y en una posición un tanto incómoda, observo cómo sale disparada hacia la caseta de los besos.

—¡¡He batido el récord, estoy segura!! —exclamo.

—¿Vas a callarte ya o voy a tener que ponerte un bozal?

—Me llamas potrilla, me llevas como si fuese un saco de patatas y ahora quieres acallarme como a una perra... ¡Esto es el colmo!

—¡Eso te pasa por no ser una mujer normal! —brama Arthur caminando aún más deprisa.

—Nunca lo he sido, no iba a cambiar ahora. —La cabeza me cuelga hacia abajo y, con ella, mi melena. Creo que he perdido el sombrero en la caseta—. ¡¡Bájame!! —le exijo. Apenas veo gente. No sé dónde estamos.

—No.

—Para llevar un palo metido en el culo, hay que ver lo deprisa que andas.

—Aquí la única que se merece que le den azotes con un buen palo eres tú.

—¿Te he dicho alguna vez que eres un capullo?

—Varias veces.

—Y ¿se puede saber adónde me llevas, don capullo?

—Donde nadie más que yo pueda besarte.

CAPÍTULO 14

Sus palabras calan en mi interior como un tornado arrasa una ciudad, devastándome y dejándome atónita. Su urgencia la hace mía en cada zancada que da, en su necesidad por llegar cuanto antes a donde quiera que nos dirijamos. Su brazo protege y abraza mis piernas, que bajan por su costado como lo haría el asa de una cartera. Su fuerte resistencia hace que me lleve en volandas como si fuese una simple y ligera pluma. Aferrándome a la parte trasera de su camisa, me dejo llevar hasta su casa, donde nada más llegar se apresura a abrir la puerta. Sin mediar palabra, cruzamos el umbral. Como un torbellino, pasa por el salón y me lleva hasta su cuarto. Pero, al llegar junto a la cama, me deposita encima de ella con extremo cuidado. Yo me quedo de pie sobre el colchón, desde donde lo miro con deseo desmesurado.

—¿Te he hecho daño? —pregunta de pronto, tocándome con dulzura las costillas.

—¿Qué? ¡No!

—Siento haber sido tan bestia, pero no soportaba...

—¿Vas a desnudarme ya o piensas seguir hablando?

—¿Tienes que ser tan directa? ¿Acaso no te enseñan educación en Inglaterra?

—Me has tenido dos semanas persiguiéndote y ahora que te tengo aquí no pienso perder el tiempo charlando.

—¡Eres indomable! —exclama atrapando mi boca.

Su beso es tal y como he imaginado mil y una veces en mi mente. Sus labios, esos que en tantas ocasiones he anhelado, son suaves y delicados como lo es él cuando doma a un animal. La ternura con la que me aprisiona pronto da paso a la ferocidad de la pasión que ambos sentimos. Sus manos agarran mi rostro, tal y como un atleta coge su ansiado premio tras vencer en una carrera. Mi exigencia por sentirlo junto a mí apresura a mis manos a despojarlo de su entallada camisa oscura. Uno a uno, desabrocho los botones al tiempo que mi lengua juguetea con la suya. Mi corazón desbocado aletea de felicidad y emoción, guiado por un mar de sentimientos adheridos a un inconmensurable deseo. Cuando su pecho desnudo se muestra ante mí, no puedo evitar separarme de él para admirarlo. Arthur responde a mi necesidad, que ahora también es la suya, quitándome la camiseta y la escueta tela que cubre mis pechos. Semidesnudos, nos contemplamos el uno al otro como si fuese la primera vez, como si tuviésemos

ante nosotros una joya, un diamante deslumbrando en toda su plenitud. Nuestros labios vuelven a juntarse, empeñados en encontrarse y recuperar el tiempo perdido. El resto de la ropa que aún llevo no tarda en caer al suelo. Con celeridad, le desabrocho el cinturón y le quito el vaquero, que, apretado, revela la erección que se ocultaba debajo. Del mismo modo, hago lo propio con el escueto calzoncillo. ¡Y ahí está! La marca de nacimiento que demuestra que él es el original reposa sobre su morena piel, en la parte baja de su oblicuo derecho. Ya no hay una mampara que nos separe, ni gotas que humedezcan mis ojos, y compruebo, así, que no tiene una forma definida. La yema de mis dedos la acarician con ternura, y mis agitados latidos me confirman lo que mi corazón supo decirme en el mismo instante en que lo vi.

—Eres único —susurro emocionada.

—Si uno de los dos lo es, ésa eres tú —confiesa agarrándome por la cintura y abocándome hacia él.

Subida a horcajadas, me aferro a su nuca con fuerza. Mi boca atrapa la suya con la misma intensidad con que él me sujeta y me tumba sobre la cama. Nuestros besos son cada vez más profundos. Sus ojos se funden en los míos, confesándome todo lo que sus labios no han sabido decirme. Mi corazón, henchido, late desbocado ante la multitud de sensaciones que sólo él me hace sentir. Su ávida lengua pronto abandona la humedad de mi boca para alcanzar el lóbulo de mi oreja, que lame y muerde con fiereza. Gimo. Mi cuello es su próximo destino, mientras que el mío es un ilusorio lugar paradisíaco repleto de placer. Su viaje continúa por mis pezones erectos, a los que emigra acompañado de sus avezadas manos. El reguero de su ardiente saliva no tarda en convertirse en la bandera reivindicativa de la más preciada conquista de mis excitados pechos. La firmeza con la que los aprieta y los estruja me hace arquear el cuerpo para exigirle más, para hacerle saber lo mucho que lo ansío. Arthur entiende mi necesidad, y finaliza su estimulante viaje en mi parte íntima, que agasaja con su hambrienta y voraz lengua. Sus manos agarran ahora mis caderas, por las que me coge y tira de mí con fuerza. Jadeo desde el fondo de mi alma. Sus dientes acogen mi hinchado clítoris, produciéndome un leve dolor que rápidamente es mitigado por unos rápidos y certeros lametones. Me estremezco ante tanto placer. Él también me desea tanto o más que yo a él. Sus movimientos exactos y acordes así me lo confirman. No puedo evitar sentirme como una yegua, una a la

que sólo él es capaz de adiestrar y domar hasta hacerse con ella. Sometida a su maestría y ante tanta dicha, finalmente me dejo arrastrar por un asolador orgasmo. Uno tan explosivo como jamás había sentido antes.

Con cada músculo de mi agitado cuerpo convulsionando aún, Arthur se apresura a coger algo de la mesilla. Todavía respiro de forma agitada cuando siento su abultado miembro intentando hacerse hueco para penetrar en mí.

—No soy ningún cobarde, potrilla —murmura en mi boca.

El mote, que hasta este instante había conseguido ofenderme como pocos, ahora me parece el más maravilloso y tierno del mundo. Sólo él tiene esa forma tan peculiar de hacer que algo horrendo se convierta en algo realmente extraordinario. Sólo él es capaz de dominar la fiereza y la rebeldía de un ser vivo para convertirlo en el ser más dócil.

—Pero sí orgulloso —replico—. Has tardado mucho.

—Las cosas que merecen la pena requieren su tiempo. —Su frase viene acompañada de un fuerte empujón.

—¿Tienes que adiestrar a todo el mundo? —me defiendo al tiempo que lo admiro por ello.

—Sólo a los salvajes.

Su último envite es aún más profundo. Gimo de placer.

—¿Eso es lo que soy para ti?

—No sentiría por ti lo que siento si no lo fueras.

La felicidad que me invade es tan grande que me aferro a su ancha espalda para demandarle con todo mi ser que me bese. Arthur responde pronto a mi urgencia y ambos nos fundimos en un penetrante y apasionado beso.

—Mi potrilla —susurra en mi boca.

Sus envites son cada vez más rápidos. Nuestras caricias intentan recuperar el tiempo que estúpidamente hemos dejado pasar. Abrazados, regalándonos enamoradas miradas y acariciándonos con ardiente deseo, nos demostramos lo que sentimos el uno por el otro, permitiendo que nuestros cuerpos hablen por nosotros y confiesen lo que realmente sienten nuestros corazones. Es entonces y sólo entonces, cuando ambos llegamos juntos a un prodigioso clímax que sellamos con un largo e intenso beso.

* * *

El resto del fin de semana lo pasamos entre la feria y la cama de Arthur. Mis quince días de reposo han dado paso a otros de incansable sexo, acompañado del inmenso cariño que los dos nos ocupamos de demostrarnos. El Trunkman

neandertal de los primeros días ha desaparecido por completo, dándome así la oportunidad de descubrir al ser más maravilloso que jamás haya conocido. Si ya lo admiraba por su inaudita capacidad para conseguir lo inconcebible con los caballos, ser testigo de primera mano de su grandioso corazón ha logrado que me rinda ante él y acabe enamorándome como nunca creí que lo haría. Con la dulzura que lo caracteriza y la hombría que posee, Arthur me agasaja con multitud de cuidados, haciéndome sentir la mujer más feliz sobre la faz de la Tierra.

En el centro ecuestre todos son conocedores de lo nuestro. Isabel fue la primera en saberlo y la que más lo celebró. Al principio me costó acostumbrarme a ser el objeto de todas las miradas, pero pronto dejaron de verme como a la intrusa que se había ligado al jefe y a acogerme como a una más del grupo. Tanto es así que, en el baile de la última noche, el que clausura la feria, me lo paso en grande bailando con todos, o, mejor dicho, intentando imitar sus pasos. Nunca me había llamado la atención la música country, pero a partir de esa noche me he declarado su fan número uno.

El lunes me despierto con una sonrisa pese a lo cansada que me ha dejado el intenso fin de semana. Aún no ha amanecido cuando llegamos al establo abrazados tras un nuevo, aunque rápido, encuentro. Al pasar junto a *Desbocado*, siento su intensa mirada.

—No creo que estés en lo cierto.

—¿En referencia a qué? —pregunta extrañado.

—No creo que le caiga bien —susurro para que el caballo no pueda oírme. A estas alturas, creo firmemente que nos entiende.

—¿Por qué dices eso?

—Me mira con recelo. —Mi tono de voz sigue siendo bajo.

Arthur deja escapar una sonora risotada.

—¡No te rías de mí! —lo riño.

—Bueno, puede que quizá no haya logrado perdonarte el susto que le diste el primer día.

—¡Lo sabía! Sabía que no le gustaba.

—Son dos cosas distintas. Dale tiempo. Se le pasará.

—¿Tú crees?

—Sólo el ser humano es capaz de no perdonar.

—Yo no estaría tan segura.

—Anda, vamos a vestir a *Roca* —me anima cogiéndome de la mano y

tirando de mí.

Yo, sin embargo, continúo con el cuello girado mirando a *Desbocado*. El animal no me quita ojo, y es entonces cuando le saco la lengua justo antes de volverme y centrar la vista hacia donde nos dirigimos. Su relincho, en respuesta, retumba en todo el establo.

Desde mi caída no he vuelto a montar, y eso es algo que me inquieta. No sé si estoy aún preparada.

—Confía en mí. Lo harás bien —afirma Arthur mientras me ayuda a subir a lomos de *Roca*.

—No me sueltes.

—Debo hacerlo para ensillar a *Desbocado*.

—Vale. Pero no me dejes sola.

—Nunca, potrilla.

La dulzura de sus palabras logra calmarme un poco. Pero no así a su caballo, que se revuelve incómodo. No debe de haberle sentado muy bien mi burla.

—Tranquilo, campeón.

Arthur lo acaricia intentando calmarlo, algo que consigue pese a que *Desbocado* no deja de vigilarme con la misma cara desde que entré por la puerta.

El paseo comienza siendo algo intranquilo para mí. Pero, de nuevo, Arthur logra lo impensable. Sujetando mis riendas, además de las suyas, consigue que la cabalgada acabe siendo algo más que agradable.

—No sé muy bien cómo lo haces —afirmo sonriéndole cuando volvemos de regreso al centro.

—Me pagan por ello, ¿recuerdas?

—Hum, déjame echar cuentas.

—¿Vas a calcular si soy dueño de una fortuna?

—Pero mira que eres vanidoso. Iba a calcular cuánto debes pagarme por adiestrarte.

—¿Tú a mí?

Su sonora risa me hace sonreír.

—Pues claro. Te recuerdo que has pasado de ser Trunkman a convertirte en un hombre como Dios manda.

—Cuidado, potrilla, no vaya a ser que tu altanería lo haga regresar.

—¡No, por favor! —Guardo un corto silencio—. Aunque no te voy a negar que a veces... lo echo de menos.

—¿Hablas en serio?

—Me gusta retarte. Llámame masoquista, si quieres. Supongo que es algo que...

—¡Nos vemos en el establo! —suelta de pronto con una sonrisa, alejándose al galope y dejándome sola en el camino.

—¡Arthur! ¿Qué haces?

Pero mi pregunta se queda sin respuesta. La luz del sol, que comienza a asomar de forma tímida por el este, me permite verlo distanciándose de mí. *Roca* se ha parado en seco, y sus riendas cuelgan a un lado de su recio y largo cuello. Por un instante dudo que pueda ser capaz de dar un solo paso sin tener al recién llegado Trunkman a mi lado, guiándolo.

—*Roca*, ¿qué te parece si empiezas a caminar? —El animal se queda impassible, pasando de mí, literalmente—. Venga, chico, si, total, aquí no hacemos nada. ¿Qué me dices? ¿Volvemos a casa?

El caballo no está por la labor de hacerme mucho caso. Miro a mi alrededor y, como era de esperar, no hay nadie. Estoy más sola que la una, en medio de un camino poco transitado, que lo es aún más a estas horas del día.

—Caballito, guapo, precioso... ¡Arre! —suelto en español. Ni se inmuta. Claro, una cosa es que entiendan los gestos y otra muy distinta que sepan idiomas—. *Roca*, venga, camina. ¿No tienes sed? Vamos al establo, allí tienes toda el agua que quieras. —Sigue sin moverse lo más mínimo. Esto no va a ser fácil—. ¿No tienes ninguna yegua esperándote? Supongo que no... Venga, chico, camina. Es fácil: una pata, luego la otra...

Mis intentos son en vano. El caballo parece haberse quedado sordo de pronto. La idea de bajarme y regresar andando se me pasa por la cabeza, pero cuando miro hacia el suelo y veo la gran distancia que nos separa, la desecho rápidamente. «¡Puedo hacerlo!», me animo a mí misma. Tomo aire y lo expulso en forma de un intenso suspiro alentador. Agarro las riendas y, recordando las lecciones recibidas, le pido que retome el paseo. No sé muy bien cómo, pero finalmente consigo que me obedezca. Siento la necesidad de gritar por el triunfo conseguido y el orgullo que me invade, aunque la posibilidad de asustarlo y de que me lance por los aires me hace replanteármelo. En su lugar, dejo que una amplia sonrisa cruce mi cara de lado a lado. Consciente de mi avance, me recreo en el lento paseo, admirando el paisaje y sintiéndome capaz de cualquier cosa, incluso de cantarle las cuarenta a don Vuelvo-a-llevar-un-palo-metido-en-el-culo.

Cuando llego al establo, lo encuentro vacío. «¿Dónde demonios se han

metido?» Entonces oigo el sonido de las herraduras golpear contra el firme.

—Sabía que podías hacerlo —afirma Arthur con una sonrisa ladina.

Desbocado, en cambio, me mira con cara de pocos amigos.

—Si me llega a ocurrir algo, te...

Él posiciona su caballo junto al mío.

—Nunca permitiría tal cosa, potrilla.

Su dulce voz me hace tomar aire con fuerza. Sin soltar las riendas, se inclina hacia mí. Sé que tiene la firme intención de besarme. Yo lo aguardo impaciente. Es imposible resistirse a él. Sus labios casi rozan los míos cuando, de nuevo, *Desbocado* se empeña en dejarme claro lo mucho que me odia. Sin que Arthur mueva un solo dedo, el caballo da un paso hacia adelante, impidiendo así lo que iba a ser el romántico punto y final a nuestro particular paseo. «Me las vas a pagar, muchachote», pienso al comprobar cómo el susodicho me mira de soslayo y sonrío triunfante.

CAPÍTULO 15

El resto del día lo pasamos juntos. O, más bien, lo hacemos en los descansos que Arthur se toma entre doma y doma. Las horas se me pasan volando cuando lo contemplo mientras trabaja. Su capacidad es inaudita, y su paciencia infinita. Hoy han traído un ejemplar que, según me ha contado él mismo, se ha criado de forma salvaje. Su dueño nunca ha sabido hacerse con él, hasta el punto de no poder montarlo siquiera. Parece ser que lo adquirió en una feria pensando que era un caballo acostumbrado a faenar en un rancho, o al menos eso es lo que le dijeron al hombre.

Apoyada en la valla de troncos, me deleito observando cómo Arthur trabaja con el animal. *Rebelde* es su nombre. Su pelaje es blanco, con motas grises, y sus movimientos hacen honor a su apelativo. Su dueño, a unos metros de mí, es testigo también de la escena. Arthur comienza a hacerse con el animal. De un modo majestuoso, logra acercarse a él, calmándolo y consiguiendo que deje de removerse inquieto. Su paciencia y el amor que profesa a los caballos se hace patente en cada gesto, en cada acercamiento a él. «Sublime» es la palabra que mejor define la forma en que obtiene su confianza. Tanto es así que, antes de finalizar la jornada, a media tarde, da por finalizada la doma.

—Me parece magistral lo que haces con los caballos —susurro cuando llega la noche y ambos permanecemos abrazados sobre su sillón favorito del salón, conmigo sobre su regazo.

—No sé si te he dado las gracias. Si no es así, lo hago ahora.

—Quizá no seas consciente cuando lo haces, pero desprendes un halo de maestría insuperable.

—No creo que sea para tanto.

—Sí, sí lo es —afirmo apoyándome en el respaldo para mirarlo a los ojos—. Creo que no sabes el poder que hay en ti.

—Eso es justo lo que pensé yo nada más verte.

—¿Qué quieres decir?

—Había algo distinto en ti.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Acabas de hacerlo.

—¿Qué pasó para que acabara tu matrimonio?

Arthur aparta la mirada unos segundos para tomar aire y suspirar.

—Forma parte del pasado y quiero que siga ahí.

—¿No quieres contármelo?

—No se trata de ti, sino de mí.

—¿No entra un «ambos» en la ecuación?

—Pillé a mi exmujer en la cama con alguien a quien quería mucho. —Sus ojos y su tono reflejan dolor.

Una punzada me sacude el estómago, revolviéndome la cena que hemos degustado hace apenas un rato.

—¿Tu mejor amigo? —me atrevo a preguntar. Necesito saberlo todo de él.

—Algo así.

—Lo siento mucho —susurro.

—Yo también —murmura acogiéndome entre sus brazos y aferrándome de nuevo a él.

—¡Qué demonios! —suelto de pronto volviendo a incorporarme para mirarlo —. No lo siento en absoluto.

—Qué considerada —reniega él molesto.

—Gracias a eso estás aquí conmigo.

La mirada que me dedica es tan brillante que mi corazón se hincha en respuesta.

—Siempre tienes respuestas para todo. No sabes cuánto te admiro por ello. —Su tono, al igual que el mío, vuelve a ser jovial.

—¿No has vuelto a estar con otra mujer desde entonces?

—Algún que otro escarceo, pero nada importante.

—Llegué a pensar que odiabas a las mujeres —confieso.

—¿Cómo pudiste pensar eso?

—Fuiste un cromañón conmigo —me defiendo.

—Porque me asusté.

—¡Sabía que me tenías miedo!

—¿Quién es la vanidosa ahora? —Ambos sonreímos—. No te temía a ti.

—¿A quién entonces?

—A mí.

—Explícate.

—Hacía demasiado tiempo que ninguna mujer me hacía sentir lo que me hiciste sentir tú.

—¿En qué momento fue eso?

—Cuando te encontré en la pista, a la vuelta de mi paseo con *Desbocado*.

—¡Pero si fue la vez que peor me trataste!

—Precisamente por eso.

—Nunca entenderé por qué los hombres mostráis una determinada actitud cuando en realidad sentís lo contrario.

—Ya te lo he dicho.

—Al final tendrás que darme la razón: eres un cobarde.

Arthur se revuelve en el sillón, colocándose de lado, y nos miramos fijamente. Cualquier momento íntimo con él es un placer, pero he de reconocer que este tipo de enfrentamientos visuales reivindicativos de quién de los dos es el alfa me enloquecen.

—Quiero demostrarte que no estás en lo cierto —suelta picarón.

—Ya sé por dónde vas. Y, para tu información, he de decirte que tu puntuación ronda un ocho y medio sobre diez —contesto juguetona. Adoro picarlo.

—¿Un ocho y medio sólo? —pregunta con unos ojos como platos.

—Sí. Más o menos. —Acompaño mis palabras con un leve movimiento de la muñeca.

—No sé si sabes que soy un hombre...

—Vaya, pensaba que eras una mula, porque terco eres, y bastante —me mofo.

—... y, como tal, no hay nada que me provoque más que un reto.

—Y yo que pensaba que lo que más te provocaba era un buen escote como éste —afirmo centrando la vista en el mío, que asoma de un modo descarado por encima de mi fina camiseta de tirantes.

—Toda tú eres pura provocación —declara levantándose del sillón y cogiéndome en brazos.

—¿Adónde crees que me llevas, cromañón? ¿A tu cueva?

Mis carcajadas resuenan en toda la casa.

—¡Un ocho y medio...! ¡Un ocho y medio! —refunfuña de camino al cuarto, incapaz de aceptar que no le haya dado un sobresaliente.

—Y ¿para qué está la recuperación? —me burlo partiéndome de risa.

—Recuperación vas a necesitar tú cuando acabe contigo, potrilla —afirma lanzándome sobre la cama para desnudarse ante mí en un abrir y cerrar de ojos —. Quítate la ropa —me exige.

—Perdona, guapo. Aquí la que pone la nota soy yo. Cúrratelo.

La respuesta a mi doble provocación no se hace esperar. Arthur se abalanza sobre mí de forma fiera, frente a la risa que, incapaz de contenerla, sigo soltando

en forma de sonoras carcajadas. Pero de nuevo su inmensurable capacidad de domar hace acto de presencia y, utilizando una fuerza medida y controlada, me despoja de la ropa y se adueña de mi cuerpo. Sus besos pronto acallan mis risotadas y dejan paso a una multitud de jadeos y gemidos ahogados, acompañados de un inmenso placer. Mi cuerpo adquiere una vida propia, una que tan sólo actúa en respuesta a su soberbio magnetismo. Mis manos se aferran a su espalda, y arañan y aprietan con la misma ansia y la misma pasión con las que lo acojo.

—Ábrete para mí —me exige.

No me hago de rogar. Mis piernas tampoco. Vasallas a su excitante orden, se entreabren para recibirlo, para acoger a su miembro, que no se demora en penetrar ardiente en mi interior. Jadeo en su boca al tiempo que cierro los ojos por el inmenso placer que me provoca. Ardo en deseos de él. Arthur continúa besándome de forma fiera, mostrándome su parte más ruda y bárbara. Me excito a cada acometida. Sus manos tiran con energía de mis hombros hacia él. Sus antebrazos reposan bajo mi espalda.

—¿Ocho y medio? —pregunta fuera de sí, embistiéndome aún con más fuerza.

Me siento lujuriosa y perversa.

—Quizá vas ya por un nueve —lo reto.

Siento el poder al que antes se refería, ese que me invade y se adueña de mí pese a estar atrapada bajo su fibroso cuerpo.

Sus penetraciones son cada vez más intensas, más fuertes. Sus besos también lo son. La potencia con la que sus labios estrujan los míos y cómo su lengua invade el interior de mi boca sacan la fiera que hay en mí. Arthur es muy dado a las tiernas caricias, algo que me ha demostrado desde que pusimos punto y final a nuestra absurda distancia, pero en momentos como éste, adoro su abrupta actitud, que no hace otra cosa más que proporcionarme un placer desmedido y desconocido hasta ahora para mí. El sudor que ambos desprendemos se entremezcla con el impúdico sonido de nuestros cuerpos al chocar. No quiero que esto acabe nunca, pese a que el placer se adueña de todo mi ser, reclamando un portentoso orgasmo.

—Nueve y medio —dice mi boca por mí.

«¡Estúpida!», le espeto en mi lucha interna por ganar la batalla. No sé cómo se ha atrevido la muy idiota a darle mayor nota; con eso sólo conseguirá que acabe esta perversa y mágica tortura a la que estoy sometida. Pero Arthur ha

oído las palabras de mi insurrecta boca y combate por conseguir su más que merecido premio. Sus envites aumentan. Son más rápidos. Más fieros. Siento cómo su miembro penetra en mi interior, proporcionándome un doloroso y gozoso placer inconcebible para mí. Su fuerza es tal que su cuerpo estruja de forma obscena mi hinchado clítoris. Voy a estallar de placer. Y, cuando creo que no hay más dicha que sentir, mi domador favorito, el hombre que me ha robado literalmente el corazón y al que yo he proclamado único dueño de mi cuerpo y de mi alma, suelta en forma de gutural gemido:

—Te quiero, mi potrilla.

Un devastador orgasmo me alcanza al sucumbir a cada sílaba de esa maravillosa frase.

—Diez —logro susurrar ante las mil sensaciones que en este instante me invaden.

Y sólo cuando oye su nota, sólo cuando mi organismo convulsiona ante tanta dicha, él se deja ir, rindiéndose ante el clímax, sobre mí, y ante mi inconmensurable y portentoso poder.

* * *

El martes me despierto con el firme propósito de ganarle la batalla a *Desbocado*. Su actitud conmigo no ha cambiado, al contrario. Cada vez está más hosco conmigo. Arthur intenta restarle importancia, pero el caballo y yo sabemos que hay algo más.

Tras nuestro paseo, y aprovechando que él ha tenido que salir a atender una urgencia al otro lado de la ciudad, me dirijo hacia el establo. *Desbocado* relincha nada más verme aparecer. Es el efecto que le produce verme. Miro su cartel para asegurarme de que mi plan sigue adelante. Una vez confirmado, me planto delante de él.

—Sé que tú y yo no hemos empezado con buen pie. —Relincha—. Vale, en tu caso, con buena pata. —Guarda silencio. A estas alturas, mi escepticismo está más que aniquilado—. Quiero que sepas que lo que pasó fue un accidente. —Relincha—. ¿No me crees? ¡Ja! Pues debes saber que fue así como ocurrió. Y, para que veas que no te guardo rencor, mira lo que te he traído.

Le enseño la zanahoria que hasta ahora escondía a mi espalda. Sus ojos se centran en ella como los de un niño en un helado. Adelantándose aún más en dirección a la puerta que nos separa, alarga el cuello para intentar alcanzarla.

—¿Tregua?

Desbocado agacha la cabeza, lo que me tomo como una afirmación a mi pregunta. Despacio, y con sumo cuidado, me acerco hasta él y le alargo la zanahoria, que no tarda en llevarse a la boca.

—Buen chico. A partir de ahora, amigos, ¿vale?

El caballo pestañea y regresa al interior de su cuadra, donde logra relajarse.

«¡Sí, sí, sí! —me digo mientras camino triunfante hacia el exterior del establo—. *Desbocado*, 1 – Claudia, 1.»

El día deja paso al atardecer, momento en el que Arthur regresa al centro ecuestre. Su rostro refleja lo agotadora que debe de haber sido su jornada de trabajo, aunque su semblante cambia en cuanto nuestras miradas se cruzan. Estoy junto a la pista, viendo cómo los chavales montan. Desde que me dieron el alta no he vuelto a darles clases; según ellos, ya están preparados para recuperar la asignatura una vez acabe el verano.

—Hola, potrilla —murmura Arthur al llegar a mi lado, agarrándome de la parte baja de la espalda y abocándome hacia él para besarme.

—Hola, Trunkman —digo cuando finaliza su intenso beso.

—Te he echado de menos.

—No tanto como yo a ti.

—Vamos a casa, necesito una ducha y una... buena cena.

Sus ojos muestran el deseo que contiene el final de su frase. Me estremezco sólo de pensarlo. Me despido de los chicos y, abrazada a él, ponemos rumbo hacia el que ya considero mi hogar.

—Hueles fatal.

—Sí, hoy ha sido más duro de lo que pensaba.

—¿Qué ha pasado?

—Si te lo digo, seguro que me sueltas, y no quiero que eso ocurra.

—Pues entonces mejor no me lo cuentes.

—¡Eres maravillosa! —dice aferrándome aún más a él—. Por cierto, hay algo de lo que sí me gustaría hablar.

—Tú dirás.

—Los escritores podéis vivir donde queráis, ¿no es cierto?

El estómago me da un vuelco. Odio la parte en la que tengo que representar un papel que no es el mío.

—En teoría, sí.

—Y no hace falta visitar a menudo las oficinas de la editorial, ¿verdad?

—¿Adónde quieres ir a parar?

Arthur detiene la marcha para tomar mi rostro entre las manos y mirarme a los ojos.

—Quiero que te quedes a vivir conmigo. Que escribas desde aquí.

Nada me haría más ilusión en el mundo que decirle que sí. En este instante daría lo que fuera por ser realmente una escritora, porque mi mentira se convirtiera en verdad. Sólo a su lado estoy conociendo el sentido de la palabra «amar», y me duele pensar que pueda desvanecerse.

—¿Estás seguro de lo que dices? Ya sabes que soy una cabezota indomable.

—Sí. Y eso es lo que más me gusta de ti. Claude, tú no eres como las demás. De ser así, no me habría fijado en ti.

—Vanidoso —murmuro dándole un leve puñetazo en el pecho, no por falta de fuerza, sino por el temblor al que mi cuerpo se siente sometido.

—Eres lo mejor que me ha pasado nunca —susurra en mi boca.

—Lo que dijiste ayer, cuando...

—Sí, es cierto. Y créeme que no es algo que diga a menudo, ni que haya dicho a muchas mujeres. Te quiero, potrilla.

Por primera vez en mi vida quiero guardar silencio. Quiero retener este instante en mi memoria para siempre. El placer recorre cada poro de mi piel, demostrándome que soy única y exclusivamente suya. Así es como lo siento y lo deseo. Pese a que siempre me he sentido desubicada en esto del amor, ahora, con él, siento que he encontrado mi lugar en el mundo. Él es mi hogar y mi único destino.

—Yo también te quiero —confieso.

Sus labios se apresuran a sellar lo que para los dos es un acuerdo íntimo, un contrato entre dos personas que se aman.

—Quédate conmigo —suplica agarrándome por la parte baja de la espalda

—Sí —susurro tan flojo que ni siquiera yo me oigo.

—¿Qué has dicho?

—Sí, sí, sí. Me quedaré contigo —afirmo.

De nuevo sus labios alcanzan los míos. Mi boca en la suya. Su alma en la mía. No hay nada más. Ahora quiero sentir. Sólo sentir.

Sin despegarnos el uno del otro, retomamos el camino abrazados hacia su casa, la que a partir de hoy pasará a ser también la mía. Sé que las chicas me dirán de todo cuando les dé la noticia, pero nunca he estado tan segura de algo como lo estoy ahora mismo. Arthur es mi mundo, la pieza que me faltaba para encajar en el puzle de mi, hasta ahora, desastrada vida. Embobada y

perdidamente enamorada de él, camino a su lado con la sensación de hacerlo a diez centímetros del suelo. Hasta que mi cuerpo siente la tensión de su brazo. Desconcertada, lo miro en busca de una respuesta. Él camina erguido, con la vista fija en el porche de la casa, hasta el que apenas nos faltan unos metros para llegar. Sigo la estela de su mirada y me encuentro con una figura que me es familiar. No tardo en reconocerlo. Ahora soy yo la que se tensa. Jamás podría olvidar esa cara. Y, por lo que su inquisitiva y oscura mirada me delata, él tampoco ha olvidado la mía. El corazón me late a mil por hora. Siento cómo las rodillas comienzan a fallarme y cómo la nuca me empieza a sudar. Sin soltarme de Arthur, al que me agarro para no caerme, ambos llegamos junto al hombre. Está igual que cuando lo vi por primera vez. En mi mente intento encontrar la respuesta a la inquietante pregunta de qué está haciendo aquí. ¿Acaso Arthur conoce toda la verdad? ¿Acaso me ha utilizado para que desistiera de llevar a cabo la última voluntad de mi padre? Mi cerebro es un torbellino de preguntas sin respuesta. Desubicada y angustiada, intento encontrar algo a lo que aferrarme, algo a lo que agarrarme para que el corazón no me salga disparado por la boca. Ambos hombres se miran. No hay cordialidad entre ellos, más bien parecen ser enemigos. Robinson aparta la vista y se centra en mí. Los dos nos miramos en silencio, retándonos. Sé que esto es el fin. Sé que su presencia aquí acabará con nuestra bonita historia de amor. Mi corazón y mi alma lloran de impotencia y de rabia. Y más aún cuando oigo que Arthur dice:

—Hola, papá.

CAPÍTULO 16

—Hola, hijo.

—¿Qué diablos haces aquí?

—¿Ése es el recibimiento que le das a tu padre?

Arthur está tan tenso y me agarra con tanta fuerza que temo que vaya a partirme en dos.

—Dudo que necesites que te refresque la memoria.

—Hijo, eso pasó hace años.

—Lo que no resta valor ni gravedad a lo que hiciste.

«¡Lo sabe! ¡Oh, Dios mío! Y yo envuelta en una enredosa mentira. Me odiará para siempre.»

—Errar es de humanos.

¿Llama «errar» a clonar a humanos o a matar a mi padre?

—¿Qué quieres? —Arthur está sumamente nervioso. Jamás lo había visto así antes. Trunkman a su lado es un dulce cachorrito.

—¿No vas a presentarme a tu nueva novia?

¿A qué está jugando? Sé que sabe quién soy. Cada vez estoy más perdida. Me ahogo, me falta la respiración.

—Quizá en otro momento.

—Venga, hijo. No seas maleducado ante la... señorita.

Arthur me mira dubitativo entre lo que debe y quiere hacer. Incapaz de decir una sola palabra, intento escuchar a mi mente, que se ha convertido en un torbellino de pensamientos y no logro calmarla. Está tan alterada como lo estoy yo. La situación es cada vez más tensa.

—Claude, mi padre, el señor Robinson —indica cortante.

No entiendo nada. ¿Cómo va a ser su padre si él se apellida Stoner? ¿Qué está pasando aquí?

—Encantado, señorita...

—Williams —respondo en un susurro para defender hasta el último aliento mi engaño.

—¿No nos hemos visto antes? —pregunta ofreciéndome la mano para que se la estreche.

—Estoy segura de que lo recordaría —afirmo devolviéndole el gesto.

—Adiós, papá —interrumpe Arthur tirando de mí para adentrarnos en la casa.

—Volveré mañana. Tengo algo que decirte, hijo. —Esta última frase la pronuncia mirándome a mí.

—Tengo la agenda muy ocupada y me espera un día ajetreado.

—Pues haz un hueco. Es importante —remata antes de girarse y bajar en dirección al centro ecuestre.

—Siento que hayas tenido que ver esto —se disculpa Arthur abriendo la puerta.

—No es culpa tuya.

Ambos entramos en silencio. Todo el amor y la pasión que irradiábamos al llegar aquí se han esfumado. Ha sido tan rápido que aún me cuesta asimilarlo. Me siento confusa. Si hace apenas unos segundos pensaba que era la protagonista de un dulce y maravilloso sueño, ahora me veo siendo el personaje principal de mi propia pesadilla. Tengo la certeza de que éste es el broche final de una historia de amor que podría haber sido fascinante. Sé que nunca me perdonará que le haya mentido de la forma en que lo he hecho. Miles de sentimientos y dudas me asaltan, y debo hallar las respuestas por mucho daño que éstas me causen.

—¿Qué ocurrió? —me atrevo a preguntar.

Arthur va hacia la cocina, donde se sirve una copa de vino. Rehúso la que me ofrece a mí.

—No quiero hablar de eso.

—Pero yo quiero que...

—¡Me importa una mierda lo que tú quieras! —grita de pronto.

Nuestras miradas se encuentran. La suya es oscura, inmensamente oscura. De un solo trago se bebe todo el contenido de la copa, que no tarda en rellenar de nuevo.

—Sé que es la rabia la que habla por ti —afirmo con seguridad y una falsa calma que no siento.

—Ahórrate la psicología barata conmigo.

—¡Sé que estás jodido, pero no voy a consentirte que me hables así! ¡Intento ser amable contigo, eso es todo!

—¡No necesito que nadie sea amable conmigo!

—Dime qué te hizo.

—¡¡Te he dicho que no quiero hablar de ello!!!

—Tienes razón —digo dando media vuelta y dirigiéndome hacia la puerta.

—¿Adónde cojones vas?!

—Si te importa una mierda lo que yo quiera, te importa otra mierda donde quiera que vaya —bramo antes de dar un portazo a mi espalda.

El sonido de cristales rompiéndose llega hasta mí. Sé que acaba de estampar la copa.

Durante un buen rato, camino por el centro sin un rumbo concreto. Sólo unos pocos empleados, los más rezagados, recogen sus cosas o hablan entre sí antes de marcharse. No quiero ver a nadie. Tengo mucho en que pensar, y las únicas personas con las que puedo hablar están a miles de kilómetros de aquí. No llevo el móvil conmigo, lo he dejado en casa. Guiada por mi instinto, o por el mero subconsciente, camino hacia el establo. A estas horas no habrá nadie allí. *Desbocado* asoma la cabeza y se acerca hacia mí en busca de otra zanahoria. Por encima de la puerta que lo retiene, se deja acariciar su esbelto y brillante cuello negro. Es un ejemplar espectacular.

—Hola de nuevo, campeón.

Él agacha la cabeza para que lo acaricie. El momento es tan mágico y me siento tan impotente por lo ocurrido que no puedo evitar echarme a llorar.

—No sabes lo que me alegra que seamos amigos. Aunque mi rostro no lo refleje —me justifico—, créeme que es cierto. Es sólo que... todo se ha complicado. Sí, lo sé, somos los humanos los que lo complicamos todo.

Guardo silencio y continúo acariciándolo mientras dejo salir todas las lágrimas que tanto preciso liberar. *Desbocado* me mira con tristeza. Mi pesar es tan grande que incluso estoy consiguiendo contagiarlo.

—¿Sabes qué? Tienes un dueño muy cabezota. Y con mucho genio —añado para intentar robarle una sonrisa. Lo consigo. La mía, en cambio, es disimulada y llena de dolor—. No sé qué va a ocurrir a partir de ahora. Espero que...

—Sé lo que intentas —dice de pronto una voz, sobresaltándome. *Desbocado* se aparta de mi lado y da un paso hacia atrás. Se ha asustado tanto o más que yo—. Y te aseguro que no lo voy a permitir.

Apenas entra luz por la puerta y las ventanas del establo, la oscuridad de la noche comienza a abrirse paso en el cielo despejado y lleno de estrellas. No obstante, reconozco su figura lo suficiente para saber de quién se trata.

—¿Cómo puedes ser su padre si él se apellida Stoner? —pregunto sin pensar.

—Le puse el apellido de mi difunta esposa para que no lo relacionaran conmigo.

—¡Matasteis a mi padre! —bramo enfurecida.

Él camina despacio hacia mí.

Me limpio las lágrimas con rabia.

—No puedes probarlo.

—Lo haré.

—No, si lo impedimos.

El hombre es mucho más alto que yo. Su sola presencia impone, y mucho más cuando las palabras que salen de su boca lo hacen en forma de amenaza directa hacia mí. Doy un paso atrás hasta que mi espalda choca con la puerta de la cuadra.

—¿Piensas acabar conmigo también?

—No. Podría dar lugar a sospechas. —Su voz es fría y malévola.

Me siento tentada de gritar, pero sé que nadie me oiría. Mi cuerpo se debate entre el temblor y las contracciones involuntarias de mis músculos. Por primera vez en mucho tiempo..., tengo realmente miedo.

—Sabemos que tus amigas y tú estáis muy unidas. ¿Cómo se llaman? Ah, sí, Daniela y Vera.

—¡Eres un hijo de puta! —mascullo con el alma aterrada y la barbilla temblorosa.

—Al principio nos costó seguirte la pista, pero una llamada del amigo de tu amiga morena desde el hospital fue la ayuda que necesitábamos. A partir de entonces, sólo tuvimos que dejar que el dinero hiciera su trabajo.

—¿Qué quieres decir?

—El chico estaba falto de posibles, y nosotros de información. Era un acuerdo que beneficiaba a ambas partes.

—¿Víctor? —No salgo de mi asombro.

—Todo el mundo se vende por dinero.

—El viaje a París —susurro al recordarlo. Y Vera pensando que él había conseguido ahorrar por amor hacia ella.

—El chico nos fue dando detalles con cuentagotas, pero sabíamos que tarde o temprano te encontraríamos. Sería una lástima que les ocurriera algo..., ¿no crees?

—¿Qué quieres? —me enfrento a él por primera vez. No sé de dónde saco la fuerza para hacerlo. Daría lo que fuera por ser yo su objetivo y no ellas—. ¡Haré lo que sea!

—Quiero que te alejes de mi hijo para siempre. Regresarás a España mañana mismo. Tu avión sale a mediodía. Tienes el billete dentro de tu bolso.

Las lágrimas brotan imparables de mis tristes ojos. El dolor que siento es tan

intenso que apenas tengo fuerzas para mantenerme de pie, y mucho menos para limpiarme el rostro.

—¿Cómo sé que nos dejaréis en paz? —balbuceo entre imparables sollozos.

—He de reconocer que te subestimamos. Nunca pensé que serías capaz de llegar hasta donde has llegado. Lo de mi hijo tampoco lo esperaba, es cierto.

—¡Él no tiene nada que ver en todo esto! —lo defiendo. Me niego a que también pueda ocurrirle algo a Arthur.

—En eso tengo que darte la razón. Él es único. Siempre lo ha sido. Pero si lo que te preocupa es que pueda pasarle algo, puedes estar tranquila. Pese a todo, es mi hijo.

—¡Él será tu hijo, pero tú no eres digno de ser su padre!

Robinson frunce el ceño.

—No me dirás que lo quieres de verdad...

—¿Qué sabrás tú lo que es querer a alguien?! Ese sentimiento te queda demasiado grande.

—Supongo que te preguntarás por qué lo hicimos. No tuvimos más remedio que matarlo, para que no hablara.

—No quiero saberlo —sollozo aferrándome a la puerta para no desfallecer ante él.

—He vuelto a subestimarte. Vaya —dice acercándose aún más a mí hasta acorralarme—, ahora comprendo por qué mi hijo ha caído en tus redes. —Con mirada lasciva, me acaricia la cara. Yo intento zafarme volviendo la cabeza, pero él me obliga a mirarlo haciendo fuerza con la otra mano—. ¡Mírame! —exige—. Si algo tengo claro es el buen gusto que tiene mi hijo para las mujeres.

Siento tanta repugnancia, tanto asco y tanto temor que soy incapaz de pensar. Mi cabeza es un cúmulo de pensamientos entremezclados entre sí y sin un orden aparente, tal y como un tornado gira y arrasa con todo cuanto encuentra a su paso.

—Tal vez tú y yo podamos...

—No hay un tú y yo, y nunca lo habrá.

—Eso mismo dijo mi nuera, hasta que cayó.

«¡Dios mío! Ahora lo entiendo todo.»

—¡Quiero que los dos desaparezcáis de mi vida! ¡Para siempre! —oigo que grita Arthur de pronto, fuera de sí, desde la puerta del establo.

—Arthur —susurro justo antes de que su padre me tape la boca con la mano.

—Recuerda lo que puede pasarles —murmura Robinson en mi oído.

Apartando la cara de su horrible aliento, le pido ayuda con la mirada a Arthur, pero la oscuridad le impide verme con claridad desde donde está. Todo sucede muy rápido. En décimas de segundo, tengo que elegir entre romperle el corazón al hombre al que amo o salvar las vidas de mis dos mejores amigas. Mis lágrimas humedecen la mano con la que el asesino de mi padre me impide hablar. Mi cuerpo no logra moverse un solo milímetro, lo que le hace saber la opción que he decidido escoger y a la que me he visto obligada. Ante mi quietud y mi forzoso silencio, Arthur se marcha, confirmándome que lo nuestro ha llegado a su fin.

—Se acabó la charla por hoy —indica Robinson, dando un paso atrás y liberándome tras sentirse triunfal por haber conseguido su cometido—. ¡A mediodía, no lo olvides! —remata antes de marcharse.

Sólo cuando me quedo sola en el establo doy rienda suelta al inmenso dolor que guardo en mi interior. La tensión y la impotencia acumuladas brotan en forma de llanto desolado y atormentado. Mis rodillas ceden, y acabo dejándome caer sobre el suelo de madera, impregnado de trozos de paja. Todo cuanto he intentado para honrar la memoria de mi padre y cumplir su última voluntad ha sido en vano. Ya no puedo luchar porque se haga justicia. Pero nada es comparable al temor que siento por lo que pudiera pasarles a las personas que más amo. He querido a mi padre, y siempre lo querré. Pero él ya no está conmigo, y ahora mi deber es velar por la seguridad de mis amigas, aun a riesgo de perder al único hombre al que de verdad he amado. Ellos sabían que estaría dispuesta a dar la vida por Vera y Daniela y no han dudado en usarlas como moneda de cambio. Ahora sé que Arthur desconoce la única y auténtica verdad. Y debe seguir siendo así. No puedo hacerle más daño del que ya le he causado. Debo marcharme y dejar que siga con su vida, pese a que eso me deje con el alma rota. Minutos eternos son los que me permito llorar destrozada por todo lo que se me ha arrebatado en un solo instante. *Desbocado* vuelve a asomar la cabeza para llamar mi atención. Su mirada es casi tan triste como la mía. Las hermosas palabras de Arthur en lo referente a la bestialidad del ser humano regresan a mi mente cargadas de inmensurable razón. Deshecha y rota, logro levantarme para atender su reclamo al cabo de un rato.

—Te voy a echar mucho de menos —baluceo mientras lo acaricio por última vez—. Cuida de él, por favor.

Las amargas lágrimas descienden aún sobre mi rostro en el momento en que logro salir de allí y dirigirme hacia la casa. Conozco a Arthur, y sé que tan sólo

quedará su ausencia cuando llegue. La puerta está entreabierta. Para mis adentros ruego no haberme equivocado en mis pensamientos. No lo he hecho: la casa está vacía. Aún quedan unas horas para cumplir mi acuerdo, pero prefiero pasar la noche en el motel y alejarme cuanto antes de aquí. Apresurándome en mis movimientos, consigo hacer la maleta en tiempo récord. El billete está en el bolso, tal y como el monstruoso señor Robinson me ha asegurado. Cuando mis pertenencias están empaquetadas, voy al baño, donde me lavo la cara y me riño a mí misma por no ser capaz de dejar de llorar. Frente al espejo, me detengo para mirarme.

—¡No puedes olvidar quién eres! —me digo.

Sin tiempo que perder, y como si unos hilos tirasen de mí, busco la espuma de afeitar entre las cosas de Arthur. Sé que mi padre la usó para escribir aquella tarde la palabra «Cabaña» en el espejo de mi lavabo, pues es resistente al empaño. Tras un montón de lociones y demás cremas, doy con ella. Agito el frasco y pongo un poco sobre la punta de mi dedo. Mi llanto ha cesado, lo que me ayuda a conseguir mi objetivo y anotar las palabras «Siempre te querré» en español.

En el salón, busco algo con lo que escribir. Bajo el mueble de la televisión encuentro un puñado de hojas en blanco y un par de bolígrafos. Miro la hora en el reloj que cuelga de la pared. Sentada a la mesa, permanezco quieta durante unos segundos. Cierro los ojos para escuchar mejor a mi corazón, que es el que va a escribir esta carta por mí.

Querido Arthur:

Siento mucho tener que marcharme de la forma en que lo hago. Sé que no es el modo más correcto de hacerlo, pero créeme que es lo mejor para ambos. Supongo que pensarás que soy una cobarde por no ser capaz de decirte esto a la cara. No te culpo por ello. Como tampoco te culpo por nuestra última conversación, ni por lo que has creído ver en el establo. El motivo por el que tengo que marcharme es mucho mayor, aunque no pueda decirte más al respecto. Sé que no puedo pedirte que confíes en mí, pero al menos espero que creas lo que te digo en estas líneas. Necesito pedirte perdón por no haber sido del todo sincera contigo. Sé que, cuando leas esto, sabrás que te mentí desde el principio acerca de quién era y de cuál fue el motivo real por el que vine. Quizá no puedas siquiera albergar la posibilidad de perdonarme, y créeme que, pese al dolor que ello me causa, lo comprendería. Aunque, al menos, quiero que sepas que mis sentimientos hacia ti son verdaderos.

Quiero darte las gracias por mostrarme y enseñarme la grandeza del ser humano, y de lo que es capaz de lograr. Lo que tú consigues sólo se puede catalogar de pura magia. Verte conseguir tus logros con los caballos ha sido para mí una de las mejores experiencias de mi vida. Te doy mi palabra, si aún confías en ella, de que jamás lo olvidaré.

Quiero que sepas que me marcho llena de amor y de gratitud porque el destino haya sabido ponerte en mi camino. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, y te prometo que siempre, allá donde esté, te llevaré en mi corazón.

Tu potrilla,

CLAUDIA VALERO

CAPÍTULO 17

Las ruedas del tren de aterrizaje del avión colisionan contra la pista tal y como lo hacen mis sentimientos. Atrás quedan días de ensueño junto al único hombre al que he amado en mi vida, y del que estoy completa y rematadamente enamorada. Nada más acabar la carta, me marché del centro ecuestre intentando pasar lo más desapercibida posible. De Isabel me despedí del mismo modo que hice con Arthur. A ella también le escribí una carta agradeciéndole todo el afecto que me brindó desde el principio. Encontrarte con alguien como ella, que te aporte cariño y te muestre un trocito de tu tierra cuando estás a miles de kilómetros de ella es, cuando menos, una bendición. Y yo tuve la gran suerte de cruzármela en mi camino. A ella, y a Mati y a Carmina, las dos hermanas alicantinas a las que tampoco olvidaré jamás. Espero y deseo que todas ellas sepan perdonar el modo en que me he marchado.

Cuando llego a mi apartamento todo está tal y como lo dejé, revuelto tras la visita sorpresa de los científicos. Dejo la maleta en el salón y me voy directa al aseo, donde abro el grifo de la bañera. Necesito uno de mis baños, y eso es lo que hago hasta que el agua arruga las yemas de mis dedos. El calor aprieta con fuerza, estamos en julio, por lo que no hay vapor en mi espejo. Tampoco quiero escribir nada; no necesito ver la palabra «Dolor», que es lo único que siento, y lo único que pondría. Como un zombi, deshago la maleta y ordeno un poco la casa. Al caer la noche, caigo rendida sobre la cama.

Al día siguiente, un poco más repuesta y descansada del largo viaje, me despierto con un único pensamiento en mente: contarle a Vera lo de Vic. El teléfono da dos tonos cuando lo coge.

—¿Qué haces llamándome? Te va a salir por un ojo de la cara.

—No estoy en Estados Unidos.

—¿Cómo que no? ¿Qué ocurre? Y dime la verdad, Claudia.

—Necesito hablar contigo. Estoy en casa.

—Pero ¿estás bien?

—Sí, es sólo que... tenemos que hablar.

—Voy para allá.

—¡No! Mejor quedemos en la cafetería a la que íbamos antes.

—¿Seguro que estás bien?

—No me falta ningún brazo ni ninguna pierna, así que sí.

—No había caído en eso. Aunque, ahora que lo mencionas, necesitareé comprobar que estás entera.

—¿Dentro de quince minutos?

—Hecho.

A la hora acordada, Vera entra por la puerta del local. Es una cafetería modesta que conocemos desde hace años y a la que solíamos venir a menudo. Aún no sé por qué dejamos de venir. Vera y yo nos fundimos en un cálido abrazo. Cuánto la he echado de menos. Durante los primeros minutos contesto una a una a las decenas de preguntas que no deja de hacerme, aunque todas acaban en un mismo punto: Arthur.

—Y ¿por qué has vuelto ya? Pensaba que te quedarías allí el resto del verano.

—Yo nunca dije eso.

—Princess, te conozco, y sé que si fuese por ti te habrías quedado para siempre. ¿Qué ha pasado?

—Verás, debo contarte algo importante, y espero que sepas tomártelo de la mejor forma posible.

—Me estás acojonando, ¿lo sabes?

El camarero nos interrumpe para traernos lo que previamente le hemos pedido.

—Vera, el último día que estuve allí...

—Anteayer.

—Parece que haya pasado una semana —susurro—. Sí. Como te decía —continúo—, el último día, anteayer, el padre de Arthur nos aguardaba en el porche de su casa. Es Robinson.

—¡¡¿Qué?!!

—Baja la voz —la riño—. Robinson es el padre de Arthur.

Vera se lleva las manos a la boca sorprendida por mis palabras y, de paso, para impedir que pueda escapársele un nuevo grito.

—Me descubrió antes incluso de verme allí —añado.

—No te entiendo.

—Él y los demás estaban al tanto de mi viaje. Pero eso no es todo —digo acercándome aún más a ella para que nadie pueda oírnos—. Estaban al corriente de mis movimientos y dieron conmigo porque alguien a quien conocemos se lo sopló.

—¡No me puedo creer que pienses que Daniela pueda hacernos algo así!

¿Cómo se te ocurre dudar de ella?

—Pero ¿quién ha hablado de la Sweet?

—Me has llamado a mí sola: blanco y en botella. A mí no me engañas. Te creía mejor amiga. Pues ¿sabes qué te digo? —pregunta amenazándome con el dedo índice—, que si piensas que ella ha podido siquiera...

—Fue Vic.

Vera se queda petrificada tal y como haría una estatua de sal en Sodoma y Gomorra. Tan sólo su mirada logra cambiar y tornarse tan oscura como lo es la mesa de nogal a la que estamos sentadas.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunta cuando consigue volver en sí.

Durante un buen rato le cuento con todo lujo de detalles lo ocurrido en mi encuentro con el padre de Arthur. Los cambios repentinos en Víctor, el que dispusiera de dinero suficiente para llevar a Vera de viaje a París y un sinfín de cosas más que ella me ha ido contando son pruebas más que suficientes de que es cierto todo cuanto le digo. Ella siempre ha sido muy distinta de mí, y una vez más me lo demuestra exhibiendo una entereza que sería la envidia de cualquier persona. Una entereza que aún conserva cuando llegamos a su casa y comenzamos a recoger todas las pertenencias de su ya expareja.

—¿Cómo pudiste pensar que yo sospechaba de Daniela? —le pregunto cuando empaquetamos los últimos juegos de consola que Víctor tiene esparcidos por el salón de Vera.

—Tú también habrías pensado lo mismo en mi lugar.

—Yo no estaría tan segura.

—Tía, tendrías que haberte visto la cara. Decir que acojonabas se queda corto.

—¿En serio?

—Mira, tú serás muy Princess y todo lo que tú quieras, pero somos mujeres. Y cuando a una mujer se le tocan los ovarios..., ya sabes lo que pasa.

—¿Qué es lo que pasa?

No sé adónde quiere ir a parar.

—Una de dos: o se convierte en un ogro o le da gustirrinín.

—Pero ¿tú dónde crees que están los ovarios? —sonrío. Lo hago después de dos duros días sin parar de llorar.

—¡Y yo qué sé! Pero prefiero pensar en esas historias mientras estoy viendo las cosas del sinvergüenza este.

—Lo siento mucho, Vera.

—Más lo siento yo, que por su culpa has tenido que volver antes de tiempo.

Me acerco a ella y nos fundimos en un nuevo abrazo. Mis amigas son mi única familia y las personas que más quiero en el mundo. Bueno, a ellas... y a él.

* * *

A diferencia de mí, que parezco un alma en pena, Vera parece estar totalmente repuesta cuando llega la noche y Daniela se une a nosotras. La rubia se ha presentado en su casa cargada de bolsas con comida basura y, sobre todo, mucha bebida. Durante horas, hablamos largo y tendido de lo ocurrido en mi viaje. Les cuento a ambas todo lo que aprendí de los caballos, les hablo de mis nuevas amigas en Houston y les confieso lo mucho que amo a Arthur.

—Algún día volverás a por él —afirma la Sweet.

—Tú y tus romanticismos. ¡Anda, calla, que estás borracha! —la riñe Balay.

—No te lo voy a discutir, porque las dos cosas son cier... verdad —se defiende.

—Los tíos son de usar y tirar, como el papel del váter.

—Pero ¡qué bruta eres! —intervengo riéndome.

—¿Bruta? ¿Acaso no lo hemos hecho todas alguna vez?

—Ahí la morena lleva razón —ahora es Daniela quien la defiende.

—Lo que más me fastidia de todo es que no pueda honrar la memoria de mi padre.

—Mira, Princess —dice Balay alargando el vaso para señalarme con él—, lo de Arthur puedes arreglarlo después, si quieres, como dice la romántica esta.

—¡Ésta tiene nombre! —le gruñe la Sweet.

—Pero lo de tu padre —continúa Vera— tiene remedio.

—Estás tan ciega que ni recuerdas la amenaza.

—A mí ya todo me da igual. Si hay que ir a Escocia, se va.

—¿Quién ha dicho *Escocia*?

—Coño, Sweet, ¿ya no te acuerdas? Los clones están en Escocia y Alemania.

—¡Me apunto al *highlander*!

—La jumera habla por vosotras —afirmo con el mismo tono ebrio que ellas.

—A ver, pongamos las cartas sobre la mesa.

—Yo no tengo ganas de jugar ahora.

—¡Daniela, es una forma de hablar!

—Ah, vale —dice dando un buen trago a su cubata.

—Nadie tiene por qué enterarse. Vamos, recogemos las pruebas y nos volvemos. No sé si don Palo-en-el-culo te aceptará —sonrió al recordar el mote—, pero de lo que sí estoy segura es de que ellos no esperan que vayamos las tres.

—En eso tienes razón —afirmo.

—Siempre la tengo, chata.

—No te me vengas arriba.

De reojo, veo a Daniela mirando al techo; es la más perjudicada de las tres.

—¡Ehhhhhh, un momento! —interviene—. ¿Estáis hablando de ir a Escocia? ¿Voy a poder tirarme a un *highlander*?

—Y ¿quién ha hablado de tirárselo?

—Si no follo, no voy —sentencia la rubia.

—En serio, chicas, el alcohol habla por vosotras.

—El alcohol y las ganas de viajar. ¿O se te ha olvidado? ¡Claro, como doña Princess ya ha viajado!

—*Highlanderrrrrrrrrrr...* —Daniela sigue a lo suyo, con la cabeza inclinada hacia atrás.

—¿Qué me dices, Princess? ¿Hacemos las maletas?

—*Highlanderrrrrrrrrrr...*

—Puede ser peligroso —insisto.

—Si vamos a morir, al menos hagámoslo borrachas. Vaya, esto ya lo he vivido. Dani, ¿tú qué dices?

—*Highlanderrrrrrrrrrr...*

—Eso es un «sí». Claudia, faltas tú. Hazlo por ti y por tu padre.

—Tengo que pensarlo.

—No hay nada que pensar. Esta noche os quedáis a dormir aquí, pero mañana a primera hora hacemos las maletas. Ésos no saben con quiénes se han topado.

Su fuerza y su firmeza son tan arrolladoras que acabo cediendo. En el fondo de mi alma deseo acabar con todo esto cuanto antes y, quizá, sólo quizá, regresar junto a Arthur para poder, al menos, contarle la verdad y lograr que me perdone.

CAPÍTULO 18

El vuelo con destino a Edimburgo hace escala en Londres. En total tardamos seis horas en llegar a la capital escocesa. Las chicas y yo estamos tan emocionadas que, pese a lo que pueda parecer, no se nos hace largo ni pesado. Las tres hemos acordado vivir la experiencia intensamente y, por supuesto, sacar el mayor provecho posible de ella.

Pese a estar en julio, Edimburgo está cubierta de nubes grises que bañan la ciudad con una fina aunque incesante lluvia. Una vez recogidas las maletas y nada más salir de la terminal, alquilamos un coche pequeño junto al aeropuerto. Cuando nos ponemos a cargar nuestras cosas en él, me doy cuenta de mi error. En el maletero del coche tan sólo cabe una de nuestras maletas, por lo que las otras dos van junto a Vera en el asiento trasero.

—¿No había otro coche más pequeño? —se queja encajonada entre la puerta y las dos maletas, que sujeta con la palma de la mano para impedir ser aplastada por ellas.

—Tú estabas allí, haber dicho algo —me defiendo.

—¿Yo? Como si me hubiese enterado de algo.

—¿No sabes inglés?

—¡Qué voy a saber yo inglés!

—Pero si sueles usarlo en tus expresiones. Además, nuestros motes... —La Sweet está tan asombrada como yo.

—Lo básico del colegio, un poco de aquí y de allá... —Daniela y yo nos miramos, a punto de romper a reír—. ¡No me toquéis las narices, que demasiado mal llevo yo esto de estar metida aquí en el Micro Machine!

Sin poder aguantarnos un segundo más, las dos comenzamos a descojonarnos delante de ella.

—¡Ésta me la apunto para Alemania! —brama Vera por lo bajini, lo que hace aumentar todavía más el volumen de nuestras sonoras carcajadas.

Al principio me cuesta acostumbrarme a conducir con el volante a la derecha, pero pronto me hago con el cambio de marcha. El GPS del móvil nos indica el camino que debemos seguir. Durante los primeros veinte minutos conduzco por una autovía, hasta que me desvío por una carretera convencional. En la radio suena la canción *Everybody* de los Backstreet Boys. Tiene unos cuantos años, pero las tres nos volvemos locas cantándola. Aunque ya no llueve,

el estado de la carretera empeora bastante en este tramo. En cuanto comienzan los baches del pavimento, Vera empieza a dar botes al ritmo de la música junto con las maletas, que cada vez la apisonan más.

—¿Podéis decirme cuánto coño falta para bajarme de la montaña rusa? —pregunta entre salto y salto.

A estas alturas, ninguna puede seguir cantando la canción. Las tres nos descojonamos de la risa. Yo lo hago tan fuerte que hasta acabo llorando. ¡Cuánto echaba de menos reírme! Por un momento, las lágrimas me ciegan la visión y, al llegar a una rotonda, la tomo de derecha a izquierda, como solemos hacer en España. No veo nada. Me limpio los ojos con el dorso de la mano. Cuando consigo ver algo, me sobresalto al divisar un vehículo que viene directo hacia nosotras. El choque es inminente; las chicas se agarran como pueden para prepararse para el impacto. Todo transcurre en apenas unas décimas de segundo. Doy un volantazo y acabo estampando el coche contra uno de los árboles que presiden la rotonda, llevándome por delante algo más. El otro conductor pasa de largo tocando el claxon y haciendo aspavientos con las manos.

—¿Estáis bien? —me apresuro a preguntarles a las chicas.

—Sí —afirma Daniela tocándose los brazos y la cara.

—¿Y tú, Vera?

—¿Cómo se dice «maleta» en inglés?

—*Bag*. ¿Por qué?

—Ya sé de dónde salió el término *airbag* —suelta intentando apartar las maletas que le han caído encima.

Un grupo de moteros que pasan en ese instante se paran para averiguar cómo estamos. Hablan muy deprisa, pero gracias a mis largos años en la carrera, consigo entenderlos. Algunos con sus largas melenas, y todos con sus Harley-Davidson o similar, nos ayudan a sacar el coche. Uno de ellos es aficionado a la mecánica y, en un rápido vistazo, me confirma que el motor no se ha dañado y que tan sólo es cosa de chapa. Sin darme cuenta, dejo salir un hondo suspiro, lo que hace que su boca se curve en una amplia sonrisa. Daniela está junto a otro, que está agachado sacando algo de debajo del vehículo. Todas las miradas se centran en ellos, y más concretamente en el cartel que yo solita me he encargado de destrozar. «Rotary Club of Haddington» es lo que reza el indicador, hasta antes del accidente blanco e impoluto y ahora rayado y con el marco de madera oscura partido en dos.

—¡Me he *cargao* el cartel! —suelto echándome las manos a la boca.

—A esto se le llama hacer una entrada triunfal.

—Y ¿ahora qué vamos a hacer? —Daniela se siente tan culpable como yo.

—No es por joder, pero que sepáis que ha sido el karma, por reiros de mí.

—¡Vera, vete a la...!

—¡Dani! —la corto—. Déjala, tiene razón. Lo más importante es que todas estamos bien.

»Entonces ¿el coche no ha sufrido ningún daño? —le pregunto en inglés al motero con el que he estado hablando antes—. ¿Puedo conducir con él sin problemas?

—Sí. No hay ningún daño interno. Todo es de exterior.

—¡Genial! Muchas gracias.

—Por cierto, vamos a una concentración motera. Si queréis acompañarnos, estaremos en la taberna de Logan.

—¿Logan McAllen? —pregunto extrañada. Es el nombre del clon.

—Sí. Ya veo que tú también lo conoces. Es muy famoso entre las... féminas.

—No lo conozco por...

—Es igual, no importa. Lo entiendo. De todas formas, si queréis acompañarnos, sigue en pie la invitación.

—Gracias de nuevo.

—Señoritas —se despide haciéndoles un gesto a sus compañeros para subir de nuevo a sus motos y retomar su marcha.

Una vez dejamos el equipaje en Painter's Cottage, una vieja casa de campo reformada y reconvertida en cómodos alojamientos, las chicas y yo nos dirigimos hacia la famosa taberna. Sé que no es a Arthur a quien me voy a encontrar allí, pero no puedo evitar pensar que tendré ante mí a un hombre exactamente igual que él. El estómago me da un vuelco.

Paseando, nos damos cuenta de la cantidad de casas medievales que hay en el pueblo; sin duda debe de haber mucha historia tras esos muros de piedra. En su día, antes de marcharme a Houston, pude documentarme un poco sobre Haddington. Leí algunos datos, como su escasa población de nueve mil habitantes, su club de golf, su iglesia, sus antiguos molinos y la High Street. Es ahí adonde nos dirigimos. Aún no hemos puesto un pie en la calle cuando oímos los acelerones de las motos. Hay decenas, o quizá un centenar de ellas. Las chicas saltan de emoción al ver tanta testosterona concentrada en tan pocos metros cuadrados.

—Sí que tengo hambre, sí —comenta Vera.

—¡Chicas —comenta Daniela—, lo que pase en Escocia se queda en Escocia!

No sé cómo lo hacen, pero estas dos locas siempre logran arrancarme una sonrisa.

—Déjala, si igual luego no se come un roscó.

—¿Perdona? Eso ya lo veremos —sentencia Vera retomando la caminata y alzando la cabeza un poco más de lo normal para demostrar su dignidad.

A falta de unos metros para llegar, uno de los chicos que nos han ayudado en la rotonda aparece en la puerta con una enorme jarra de cerveza negra en la mano.

—¡Nos cruzamos de nuevo!

—Eso parece —respondo con una sonrisa.

—Los chicos están dentro esperando a que terminen de servirnos. ¿Tenéis hambre?

Miro a las chicas para traducirles su invitación, y ellas no tardan en aceptar. Vera ha soltado una de las suyas, pero prefiero no traducirla o el ambiente podría caldearse antes incluso de llevarnos nada a la boca.

—Será un placer —afirmo en nombre de las tres.

El chico, que se presenta como Gawain, nos cede el paso y nos guía hasta la mesa a la que están sentados sus amigos. Uno a uno, hacen las debidas presentaciones, esas que no hicimos en la rotonda nada más estrellar el coche. Dos de ellos les han echado el ojo a las chicas, y no las dejan ni a sol ni a sombra. Vera no para de pedirnos que le traduzcamos. Al principio nos hace gracia, pero al cabo de unos minutos optamos por ignorarla. Una camarera de piel albina y cara angelical con una melena rubia se acerca hasta nosotras y nos pregunta qué queremos tomar. Cuando le pregunto qué hay de menú, la chica se echa a reír sin amilanarse lo más mínimo. Sorprendida por su actitud, me dispongo a preguntar de nuevo cuando Gawain se me adelanta y me informa de que hoy sólo hay barbacoa; es lo que suelen preparar los días de concentración motera. Una vez entiendo a qué se refería, les pregunto a las chicas qué quieren para beber, y a la camarera le pido tres jarras de cerveza, con la especificación de que sea normal y no negra.

Los moteros son muy amables. Durante el tiempo que esperamos a que llegue la comida, Gawain, que se autoproclama la voz cantante del grupo, nos explica que suelen venir a Haddington cada vez que el dueño organiza una concentración, y que con el paso del tiempo se ha convertido en algo muy

popular y en casi una tradición. Nos cuenta que vienen de diferentes puntos de Escocia, e incluso de las Highlands, pese a estar a varios kilómetros de distancia. La cara de Daniela se transforma al conocer la noticia. Vera, en cambio, lo que se dice hablar, no es que hable mucho; la pobre chapurrea y hace gestos sin parar para intentar comunicarse con el galán que la corteja. Algo que me llama la atención es lo jóvenes que son todos; a simple vista podría parecer que son mucho mayores que nosotras, pero, conforme los escucho y los observo más detenidamente, me doy cuenta de que ninguno de ellos debe de tener más de treinta años.

Al cabo de un rato, me excuso para ir al aseo. La cerveza ya comienza a hacerme efecto, tras tantas horas con el estómago vacío. La cola del baño es descomunal. Mientras aguardo, me fijo en una pequeña ventana, por donde el olor a carne a la brasa penetra de modo intenso. Me asomo curiosa hacia el patio interior, que es de donde procede el increíble aroma. Mi corazón empieza a latir desbocado en cuanto mis ojos lo divisan junto a la barbacoa. Es exactamente igual que Arthur. Su aspecto es más campestre, con una camisa de cuadros y una barba un poco más larga y poblada. Miles de recuerdos se agolpan en mi cabeza, y es ella quien intenta calmar mis latidos, diciéndole mentalmente a mi corazón que no es él, que es tan sólo un clon. No obstante, él sigue a lo suyo. Dicen que el corazón atiende a razones que la mente no comprende, y ahora sé por qué. Y, aunque no lo hace con la misma intensidad que cuando lo vi a él por primera vez en aquella pista, lo cierto es que todo mi ser desea salir corriendo a ese patio para estrecharlo entre mis brazos. «No es él, no es él», me obligo a recordarme para impedírmelo. Llega mi turno para entrar en el baño y, con ello, el punto y final a mi extenuante tortura.

Los chicos son tan amables que nos pasamos con ellos el resto de la tarde. La charla es animada, aunque en mi mente pienso una y otra vez cómo voy a conseguir las muestras de ADN si Logan está todo el día en el patio trasero de la taberna.

—¿Vais a venir al *céilidh*?

—¿Al qué? —pregunto extrañada.

Gawain está poniendo todo de su parte para ser el mejor anfitrión.

—Es una ceremonia tradicional que se remonta a siglos atrás. Los *céilidh* que se celebran aquí, en Haddington, son famosos en buena parte del país. No sólo por el despliegue que organizan, sino por la cantidad de gente que suele acudir.

—Habría música, comida, barriles repletos de cerveza y, sobre todo, chicas —interviene uno de sus amigos.

—Y supongo que hombres también,  no?

—Por supuesto. Es una danza para bailar entre hombres y mujeres. No le hagas caso —explica Gawain señalando a su amigo—. Lo que le pasa es que en el último no consiguió ligarse a ninguna. Digamos que tiene un duelo personal con Logan, el dueño.

— Un duelo?

Ese baile me interesa cada vez más.

—Lo ret  a ver cuál de los dos conseguía más conquistas. El marcador va claramente a su favor.

Ahora entiendo a qué se refería en la rotonda.

— Falta de entreno, quizá? —lo provoco con un poco de mofa.

—Ventaja desbordante más bien. Logan tiene la mitad del camino recorrido sólo con su físico.

No voy a discutir eso.

—Y  a qué hora dices que es la fiesta?

Gawain nos da toda la información que necesitamos y quedamos con ellos en el Bridge Centre, una especie de centro social en el que suelen celebrarse multitud de actividades, conciertos y demás.

La taberna est  ya casi vacía cuando llega la hora de despedirnos. Los chicos se han empeñado en hacerse cargo de la cuenta, y a nosotras no nos queda otra que agradecerles el detalle. Mientras camino junto al resto para salir del local, siento cómo alguien me coge del brazo.

— Puedo hablar contigo un momento?

Cuando me giro y compruebo que se trata de Logan, casi me da un infarto. Si de lejos era igual que Arthur, de cerca es increíblemente idéntico.

—Claro —afirmo antes de seguirlo.

Va directo hacia la barra, y yo unos pasos por detrás.

— No crees que tienes algo pendiente? —me suelta. Su mirada es tan parecida a la de Trunkman que siento cómo las rodillas me tiemblan.

— Qu  quieres decir?

No creo que él sepa la verdad.

Sin abandonar su expresión ruda a la vez que endiabladamente seductora, coge una libreta de comandas, un bolígrafo, y comienza a anotar algo en ella. La misión es lo único que logra ayudarme a mantener la mente fría frente a él.

—Toma. —Me entrega la nota escrita tras arrancarla de la libreta.

Esta vez no hay roce, no hay tacto, pero su mirada penetra en la mía de un modo tan intenso que siento como si me estuviera arrancando la ropa y desnudándome aquí mismo. Un calor sofocante me sube hasta el rostro, ruborizándolo sin remedio. Mi vista se centra ahora en su boca, que miro con descaro mientras guardo la nota en el bolsillo trasero de mi pantalón.

—Mírala —me exige.

Ya lo hago. No sólo la estoy mirando, sino que, al hacerlo, recuerdo uno a uno todos los besos que Arthur me dio. Sus labios se entreabren mostrándome de un modo tenue su interior como una oscura y secreta cueva en la que tantas veces penetré, convirtiéndome en su Alí Babá particular.

—La nota —aclara.

—Ah —digo en un leve susurro, volviendo al presente.

Meto la mano de nuevo en el bolsillo y saco la dichosa nota. Hay escrita una cifra: doscientas libras.

—La cuenta ya se ha pagado. ¿A qué viene esto?

—Ha llegado hasta mis oídos que has destrozado cierto cartel nada más llegar.

«¡El accidente en la rotonda!»

—¿Cómo te has enterado?

—Éste es un pueblo pequeño. —Todo lo contrario que mi desconcierto.

—Y ¿cómo sé que el dinero irá a parar a la persona responsable del cartel?

—Tendrás que fiarte de mí.

—No te conozco de nada, no sé por qué habría de hacerlo.

—Tal y como yo lo veo, tienes dos opciones: puedo avisar a las autoridades, o puedes dármelo a mí y yo me encargaré de hacérselo llegar. Tú decides.

Por más que me fastidie, acepto la segunda; cuanta menos gente sepa que estamos aquí, mejor para todos.

—Espero que cumplas con tu parte —afirmo entregándole el dinero.

—Tenlo claro, muñeca.

¡Qué poco me gusta que me llamen así! Suelen hacerlo los hombres cuando intentan conquistarte, aunque en mi caso causan el efecto contrario. La cara de estupor con la que lo miro se convierte en mi carta de despedida, porque ni un simple «adiós» ni un «hasta luego» salen de mi boca cuando me giro para marcharme definitivamente de la taberna.

En la habitación donde nos hospedamos les cuento a las chicas todo lo que

ha sucedido. Ellas consiguen calmarme y darme la fuerza que tanto necesito hasta que llega la hora del baile. Cada una de nosotras lleva encima una bolsa con cierre hermético de las muchas que hemos traído de España. En cualquier momento puede presentarse la ocasión de recoger ADN, y debemos estar atentas.

El Bridge Centre no está lejos de donde nos alojamos y, pese a ser un poco tarde, vamos dando un paseo. Nada más llegar, las tres nos quedamos con la boca abierta. Está a rebosar de gente. Medio pueblo está aquí, y pocos de los hombres que hay llevan pantalones.

—¿Llevan falda? Ahora sí que me siento en Escocia —comenta Vera.

—No es una falda —la corrige Daniela—, no la llames así o se molestan.

—Pero si no se enteran. Te recuerdo que soy española.

La Sweet tuerce el morro y continúa:

—Se llama *kilt*. Su origen se remonta a siglos atrás, y cada color y diseño de la tela representa a un clan. Por lo que veo, la de Haddington es verde y azul.

—Y ¿tú desde cuándo sabes tanto sobre los escoceses? —pregunto curiosa.

—¡Desde luego...! ¡Parece mentira que a estas alturas no sepas lo mucho que me gustan las novelas de *highlanders*!

—Perdone usted, señorita —me mofo.

—Pues ya que sabes tanto —interviene de nuevo Vera—, ¿es verdad que no llevan nada debajo de la falda? —Su repetido arqueado de cejas y su mirada pícaro me arrancan una carcajada.

—¡*Kilt*!

—¡Tía, para! Cada vez que lo dices me acuerdo del coche fantástico y a Michael Knight llamándolo.

—Para tu información..., no.

—¿No llevan calzoncillos? —inquiero.

Es divertido.

—No.

—¿Llevan la chorra al aire? —insiste Vera.

—¡Eres incorregible! —suelta Daniela echando a andar y dejándonos a las dos muertas de risa, clavadas a la entrada del local.

Apenas hay espacio para moverse, pero Balay y yo nos adentramos entre la multitud para seguir a la Sweet hasta los moteros, que están junto a la barra que hay a la izquierda. En el centro de la sala, un buen número de personas danzan al ritmo de la música celta que un grupo interpreta en directo al fondo, sobre el

escenario. Mientras bebemos y charlamos con ellos, las tres buscamos con la mirada a Logan. Hay demasiada gente y no logramos dar con él. Gawain y los otros dos nos invitan a bailar en el centro de la pista.

—Yo no sé bailar esto —digo.

—Es muy fácil. Sólo tenéis que dejaros llevar. Fijaos —indica señalando a un grupo de parejas—, se puede bailar en parejas o en grupo. La más común es el set, que lo forman cuatro parejas. Hay muchas formas de hacerlo, aunque lo principal es seguir el ritmo y pasarlo bien.

—¡Saltar y girar, como en *Titanic*! —afirma Vera, que ya se encamina dando saltitos junto a su nuevo amigo.

Gawain tenía razón y el baile es más sencillo de lo que parecía en un principio. Siempre se nos ha dado bien esto de ser las reinas de la pista, y en esta ocasión no iba a ser menos. Pronto nos hacemos con los pasos y somos unas más del numeroso grupo, mezclándonos e intercambiándonos con la demás gente del pueblo. Vera está encantada al sentirse rodeada de tanto hombre y al poder rozarse con cada *kilt* que se le cruza.

—¡Maldito monedero! —me grita mientras damos saltitos y bailamos.

Se refiere a la bolsa de cuero que llevan en la parte delantera, justo delante del «paquete», y que está sujeta a una cadena agarrada a la cadera. Me parto de risa al oírla.

Aunque la risa me dura menos de lo que esperaba. Unas manos fuertes me cogen del brazo y tiran de mí con firmeza. Su sonrisa prepotente es lo primero que me encuentro, en contraste con mi semblante.

—Ya veo que en España no os enseñan modales —suelta con arrogancia.

—Quizá por ellos me marché sin decirte nada.

—No te entiendo.

—Ni falta que hace.

La conversación es interrumpida por un cambio de pareja de baile. Logan no deja de observarme mientras baila con otra chica, a la que no le hace ni caso, pese a que ella lo agasaja y lo mira embobada. En un despiste de ambos, Vera se mezcla entre la multitud y le pega un tirón del pelo. El clon se lleva las manos a la cabeza y se queja al tiempo que se gira para ver quién ha podido hacerle tal cosa. Como la Balay es tan pequeña, se escurre entre la muchedumbre con su trofeo en la mano. Mis carcajadas son tan sonoras que logran llamar de nuevo la atención de Logan. La música continúa y llega el turno de volver a bailar con él.

Está bastante mosqueado, pero no me importa. Con el rabillo del ojo veo acercarse a Vera de nuevo, y sé que va a volver a actuar. Debo llamar su atención, y no tardo en entablar de nuevo conversación.

—Se te da muy bien este baile.

—Hay muchas más cosas que se me dan bien, te lo aseguro.

«Como ser un gilipollas», pienso sonriendo.

—Es divertido —añado.

—Puede que te parezca fácil, pero en realidad... —Logan no logra terminar la frase.

Vera le ha levantado el *kilt* por detrás para poder mirarle el culo. Pero, al igual que la vez anterior, ha vuelto a escabullirse y a desaparecer sin ser pillada in fraganti. El mosqueo del escocés al volverse y no ver a nadie es tan grande que no puedo evitar reírme delante de él.

—¿Estás seguro de que sabes bailar esto? —me mofo—. No veo a los demás girarse como lo haces tú. ¿No será que no te sabes los pasos?

—No sé qué está pasando, pero alguien me está...

—¿Qué? —simulo no haberlo oído a causa de la música.

—Nada, olvídalo.

Para mi sorpresa, comienza a reírse.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Vosotras, las mujeres. —Su tono no me gusta.

—¿Te divertimos?

—Sobre todo cuando os gusta tanto un tío que no sabéis cómo llamar su atención.

«Decididamente, este tío es un gilipollas.»

—¿Crees que les gustas a todas las mujeres?

—¿Acaso no es cierto?

—¿Has estado con una española alguna vez?

—No, pero la noche promete.

—Y confunde —suelto dejándolo en medio de la pista para reunirme con las chicas en la barra.

—¡Claudia, ya tenemos la primera bolsa de la misión! —afirma la Balay en cuanto me ve aparecer. Su voz suena emocionada; está encantada de la vida viviendo de primera mano lo que tantas veces ha visto en las series que tanto le gustan.

—¡No soporto a ese tío! Ya os digo yo que, aunque no hubiese conocido a

Arthur, ése no podría ser jamás el original.

—¿Por qué dices eso?

—Porque tanto nivel de gilipollez no es posible en una sola persona, a no ser que hayas sido creado en un laboratorio.

—Bueno, pensemos detenidamente —interviene Daniela—. Aún faltan las muestras de ADN.

—Lleva un rato bailando y aún no se ha echado un trago a la boca. Como siga así, va a ser imposible coger las muestras.

—Yo tengo una idea —comenta la Sweet—, pero no creo que te haga mucha gracia, Princess.

—¿Cuál? —la miro asombrada. No tengo ni idea de a qué se refiere.

—El chico que conocí en la taberna está con otra. Así que se me ha ocurrido que...

—¡Suéltalo, tía! —le exige Balay.

—¡Que no quiero irme de aquí sin probar un *highlander*! ¡Hala, ya lo he dicho!

Sé a qué se refiere. Resulta extraño saber que una de tus mejores amigas puede estar liándose con un hombre idéntico al que amas. Pero no deja de ser eso, tan sólo un parecido físico.

—Tienes mi permiso, Daniela.

—¿En serio?

—Si te da igual que sea un idiota, por mí no hay problema.

—Tranquila, lo que quiero hacer con él es de todo menos hablar —afirma encaminándose directa hacia Logan.

Vera y yo nos miramos y pedimos otra ronda para celebrarlo. La dulce, tierna y mansa Sweet acaba de convertirse en la descarada y atrevida Daniela, que, con sus desvergonzados encantos, consigue adentrarse en la pista, enganchar al susodicho del cuello y plantarle un morreo de órdago sin permiso y sin cruce de palabra alguno. A diferencia del resto de las féminas, que la miran con desaprobación y recelo, la dócil Sweet acaba de ganarse dos admiradoras más que la queremos y la idolatramos orgullosas.

* * *

La puerta de la habitación se abre cerca de las tres de la madrugada. Es Daniela, que, nada más entrar, nos despierta para contarnos con todo lujo de detalles su encuentro con Logan. Lejos de ser un encuentro romántico como a ella le habría gustado, nos confiesa que el hombre ha sido poco atento con ella,

aunque, según sus palabras, le ha dado a conocer esa parte ruda escocesa que tanto le pone. Las tres nos echamos a reír, sobre todo al oír de su propia boca que ha pasado de ser una dama a un pendón verbenero. La historia nos mantiene despiertas hasta bien entrada la madrugada, hora en la que decidimos acostarnos a dormir. Para mañana poder aprovechar el día y visitar Edimburgo, saco el móvil del bolso para poner la alarma. Pero, cuando lo desbloqueo, descubro que tengo un mensaje sin leer. Es de un número desconocido. Por un instante pienso en que sea Arthur. La boca se me seca sólo de imaginar que puedo estar en lo cierto. Pese a lo cansada que estoy, la tentación es más fuerte y acabo abriéndolo.

Claudia, soy el doctor Acosta. Tengo entendido que ha estado recientemente en Houston. Me gustaría hablar con usted en persona. Ahora estoy en Escocia, regreso a España el miércoles. ¿Le vendría bien que nos viéramos por la tarde?

Espero su respuesta.

Nada más acabar de leerlo, me levanto de un salto y enciendo el portátil de Daniela. Trasteo un rato con él mientras las chicas no dejan de preguntarme qué pasa. Estoy tan nerviosa que no puedo parar ni siquiera para responderles. Intrigadas y preocupadas al ver mi rostro desencajado, vienen hacia mí y se colocan a ambos lados para ver qué estoy haciendo. Una vez acabo, con todo el dolor del mundo, les comunico:

—Haced la maleta, en menos de dos horas volamos hacia Frankfurt.

CAPÍTULO 19

La media hora de trayecto hasta Edimburgo la pasamos en silencio, tan sólo roto por las indicaciones del GPS del móvil. En ese tiempo, maldigo para mis adentros toda esta locura. Por culpa de ese maldito mensaje no podremos conocer la capital de Escocia. Nos quedaremos sin visitar el castillo de Edimburgo y sin escuchar su cañón a la una en punto del mediodía o degustar una de sus catas de whisky. Tampoco podremos patearnos la Royal Mile y escupir en el corazón de adoquines, una tradición turística para regresar a la ciudad; hacernos infinidad de fotos junto a sus cabinas rojas ni visitar el famoso y tétrico callejón de Mary King's Close; o tomarnos un café en The Elephant House para poder dejar una frase dedicada a J. K. Rowling en el baño, y mucho menos perdernos yendo de compras por todo Old Town. La visita al Museo Nacional de Escocia para ver a la auténtica oveja *Dolly* disecada, a la que pusieron el nombre por una cantante de country, era algo que también tenía previsto llegado el momento. Pero ahora... todo se ha ido al traste.

Con una propina generosa conseguimos calmar los ánimos del empleado del alquiler de coches antes de subirnos al avión que nos lleva directamente a Frankfurt. El vuelo dura casi dos horas, lo suficiente para que las tres echemos una pequeña cabezada. Al aterrizar y coger nuestras maletas, buscamos una cafetería donde tomar un desayuno decente. Ni las chicas ni yo sabemos alemán, pero con las nuevas tecnologías y gracias a la universal lengua anglosajona, que está en casi todos los carteles indicadores, logramos conseguir nuestro objetivo. Del mismo modo, salimos del enorme aeropuerto y cogemos un tren con destino a Heidelberg, la ciudad donde reside Dieter Koch, el tercer sujeto de la lista.

El taxista que nos recoge en la estación nos deja en la misma puerta del Zur Alten Brücke, un acogedor hotel de pasillos en tonos verdes situado en pleno centro histórico. Nuestra *suite* tiene vistas al río Neckar, y por lo que el dueño nos dice es una de las mejores de todo el hotel. Pronto descubrimos que está en lo cierto, sobre todo cuando nos dejamos caer agotadas en las cómodas camas, donde nos rendimos a la necesidad de sueño que tanto tiempo llevamos arrastrando.

Mientras degustamos algo de comida en el restaurante del hotel, encuentro la respuesta a la duda que me corroe desde que leí ese maldito mensaje. Desde que embarqué a las chicas en este viaje apenas hemos tenido tiempo de hacer turismo. Apenas sé nada de Alemania, es un país que nunca me ha llamado la

atención, pero, por lo poco que he visto de esta ciudad, puedo afirmar que se ha convertido en una candidata a ser visitada. Me siento en deuda con ellas, y sé que lo que acabo de planear es justo lo que necesitan, lo que las tres necesitamos.

—¡Chicas, lo tengo!

—Suéltalo.

—En Escocia hemos estado a punto de cruzarnos con Acosta, y no hay nadie que nos asegure que no podemos encontrarnos aquí con Ehrlich. Sweet, ¿qué te parece si ponemos a prueba tus dotes en posticería?

—¡Me encanta! Ya sabes que yo siempre estoy dispuesta a demostrar mis... dotes.

—Tú te has vuelto una fresca desde Escocia —apostilla Vera.

—No pienso discutir contigo, Balay. Y mucho menos cuando tienes razón. —Daniela nos regala un gesto tan picarón que logra arrancarnos una carcajada.

—He pensado —continúo— que podríamos disfrazarnos y hacer algo de turismo por la ciudad. ¿Qué os parece?

—¿Y la misión?

—Balay, sé que tu pasión por «CSI» y otras series similares te puede, pero creo que nos vendrá bien distraernos un poco y disfrutar del viaje que nos merecemos.

—A mí me parece perfecto.

—Gracias, Sweet. ¿Qué dices, Vera? ¿Te apuntas?

—Mejor plan que quedarnos encerradas aquí es, desde luego. Y ¿de qué has pensado que nos disfracemos?

—De lo contrario de lo que somos.

—¿Monjas?

—No. Quiero decir de hombres. Creo que es la única manera de que no nos reconozcan.

—A ti se te ha ido la olla. Eres la Princess, la tía con los andares y los gestos más femeninos que conozco.

—Podría ser gay —aclara Daniela.

—Por ejemplo —remato.

Las dos miramos a Vera a la espera de su respuesta, pero ella guarda silencio, hasta que, al cabo de unos segundos, se decide a romperlo.

—Para una vez que iba a compartir habitación con un tío que no fuera Vic y tiene que ser gay. ¡Menuda mierda!

Las carcajadas que nos arranca logran relajar la tensión que guardábamos en nuestro interior y convertir el resto de la tarde y de la noche en un plan la mar de divertido. Sé que les debo un viaje en calidad de turista, y si para ello debemos convertirnos en Claudio, Daniel y...

—Vera, ¿cuál es tu nombre en masculino?

—Será Vero.

—Suen a Verónica.

—Siempre me ha gustado el nombre de Pocholo.

—Y Borja Mari —añade la Sweet.

—Si es lo que quieres —señalo.

—¡Yo lo que quiero es fiestaaaaaaaaaaaaa!

No sé cómo lo hace, pero siempre acaba haciéndonos reír.

Por la tarde, descansamos y lo preparamos todo, y a la mañana siguiente las tres nos transformamos en unos apuestos chicos.

—¡Estamos geniales, tías! Digo, tíos —rectifica Vera—. ¡Buen trabajo, Sweet!

—Gracias —contesta ella con una pequeña reverencia.

Yo guardo silencio. Necesito unos segundos para asimilar lo que tengo ante mis ojos. Pese a que una parte de mí es un poco Bug, heredada, por lo que siempre he creído, de mi madre, mi parte Princess siempre ha predominado. Una cosa es que me guste ser femenina y todo lo concerniente al glamur, y otra muy distinta es verme como un hombre de los pies a la cabeza. Llevo una peluca morena de pelo corto, un bigotito fino y una marcada mandíbula que ni yo sabía que tenía.

—Di algo.

—¿Qué quieres que diga? ¡Soy un tío! —Aún no salgo de mi asombro.

—En realidad, aún nos falta algo.

—¿El qué, si puede saberse? —se defiende Daniela.

Vera se dirige al armario, de donde saca tres calcetines para enrollarlos y entregarnos dos de ellos.

—¡No pienso ponerme eso!

—Tía, por muy mariquita que seas, paquete tienes que tener.

—¿Te has vuelto loca?

—Ahí la follonera de la Balay tiene razón.

Rendida ante ellas, acepto el dichoso calcetín, que, tras un resoplido, me coloco dentro del vaquero. Las dos hacen lo propio con el suyo.

—¡Ahora sí! ¡Ole yo!

—¡Joder, teníais razón! Sweet, te has superado. ¡Eres una artista! Un millón de gracias —digo acercándome a ella para abrazarla.

—¡Alto ahí, hermana! Nada de abrazos ni de ñoñerías, no nos vayamos a quitar el maquillaje y a estropear mi trabajo. Además, a partir de este momento somos hombres, y como tales debemos comportarnos.

—Pues tú no te agaches a recoger nada del suelo —interviene Balay—, que te recuerdo que Claudio es gay.

El casco antiguo de la ciudad es mucho más bonito de lo que imaginábamos. En gran parte es peatonal, y por cada callejuela nos cruzamos con decenas de turistas. De construcción barroca, los edificios no son muy altos, la mayoría son de tan sólo tres pisos, y muchas de sus fachadas están adornadas por numerosas macetas y plantas con flores de colores. Untere Strasse es una de las calles principales y, según la guía que compramos, es la más concurrida tanto por el día como por la noche, momento en el que se llena de jóvenes y gente con ganas de marcha. Uno de los lugares más visitados es el Alte Brücke, o Puente Viejo, que cruza el río Neckar y que conecta la ciudad con el Camino de los Filósofos, un paseo a través de la montaña que preferimos no realizar. En su lugar, nos quedamos a este lado del puente, echándonos mil y una fotos en la Puerta de la Ciudad, un símbolo característico de la zona, como la estatua de bronce del mono que hay junto a ella. Pronto nos llama la atención cómo la gente introduce la cabeza entre los mofletes del simio e inmortaliza el momento con su cámara o con el móvil. Divertidas y dispuestas a pasarlo en grande con la visita turística, una a una nos hacemos también la foto con el mono, aunque sabemos que no podremos enseñárselas a nadie, pues nadie creería que somos nosotras.

La siguiente parada es el castillo de origen medieval, situado a unos quinientos metros del puente y ubicado en mitad de la colina que preside y protege la ciudad. Pese a que la mayor parte original fue destruida, en la actualidad hay una gran edificación contigua que forma el palacio. Allí, las chicas y yo nos lo pasamos en grande visitando las típicas tiendas de *souvenirs* y, sobre todo, poniéndonos finas en las catas que ofrecen en su sótano, donde hay un barril de 220.000 litros de vino.

Todo el día lo pasamos de un lado a otro, yendo para aquí y para allá y, al caer la tarde, aún seguimos divirtiéndonos y dándolo todo en cada visita. Por fin, desde que salí de Houston, me divierto como hacía tiempo que no lo hacía. Esto es justo lo que necesitaba. Tanto es así que, de camino a la plaza del Mercado del

Trigo, la Kornmarkt, voy metiendo mano a las chicas en cuanto tengo la menor oportunidad; bien para señalarles alguna tienda, algún edificio, o simplemente cada vez que algo llama mi atención, aprovecho para darles un cachete en el culo o pellizcárselo. Después de tantas horas me he metido en el papel de Claudio a la perfección y no dejo de gastarles bromas. Y, aunque con Daniela me corto un poco más, en el caso de Vera me estoy poniendo las botas y no dejo de provocarla a la espera de que salte.

—Tú sigue así, que al final tendrás que atenerte a las consecuencias.

Su amenaza no consigue sino divertirme aún más, si cabe.

—¡Ay, tía, si es que este sitio es lo más! Vamos a echarnos un selfi junto a la Virgen.

—¡La Virgen es la que te voy a dar yo como no pares!

—¡No te quejes tanto y sonríe! ¡Y escóndete las tetas, que se te ven! —suelto tocándole una.

—¡Para o no respondo de mis actos!

—¿Es una amenaza?

—¡Es una promesa!

—¿Me vas a pegar? —me mofo mientras sujeto el móvil para hacer la foto.

Mi aguante para no soltar una carcajada y evitar así mover demasiado el teléfono amenaza con desaparecer.

—¿Pegar? Si me tienes cachonda *perdía*. ¡Que no soy de piedra, leñe! — Daniela y yo comenzamos a reírnos con todas nuestras fuerzas. A freír espárragos la foto—. Vosotras reíros, pero os recuerdo que tengo el tercer turno y llevo tiempo sin poner ninguna lavadora. Yo de vosotras me taparía bien esta noche.

Con la boca entreabierta a punto de contestarle, de pronto veo pasar a Dieter. El corazón casi se me sale del pecho de la fuerza con la que me golpea. Mi mirada se clava en su exquisito y elegante traje chaqueta, en su increíble porte y en su pulcra y afeitada cara.

Mi rostro palidece de golpe, y las chicas no tardan en reaccionar. Siguen la dirección de mi mirada, y las tres nos quedamos embobadas contemplándolo.

—¡Joder, esto empeora mi estado de falta de sexo! —suelta Balay.

—Si llego a saberlo, os dejo el primer turno a vosotras. ¡Éste supera con creces al *highlander*!

No es que esté en estado de *shock* ni nada parecido, pero no puedo apartar la vista de él ni de cuanto lo rodea. Numerosas personas lo saludan a su paso. Estoy

segura de que Dieter también es conocido y reclamado entre las féminas de la ciudad. Y no sería de extrañar, dado el físico que se gasta y que luce sin pudor y con total distinción. De nuevo, Arthur ocupa mis pensamientos. Y de nuevo mi rostro refleja la pena que siento al no tenerlo a mi lado. El clon camina por la concurrida plaza imponente, erguido y seguro de sí mismo. Rebosa clase y estilo en cada pisada. El traje chaqueta de color gris que viste se le ajusta al cuerpo de un modo casi pecaminoso. Las chicas tiran de mí para seguirlo y no perderle la pista. Un hombre logra pararlo y comienza a mantener una conversación con él. Ambos se percatan entonces de nuestra presencia y, en un vano y patético intento por disimular, las chicas y yo alzamos la cabeza y nos ponemos a mirar los edificios contiguos. Por fortuna, terminan ignorándonos para continuar con su charla y reanudar la marcha.

—Menudas espías estáis hechas —nos reprende Vera una vez nos quedamos a solas.

—Perdona, bonita —se defiende la Sweet—, pero tú vas a nuestro paso.

—Hay que guardar la distancia. Es la norma básica del detective privado.

—A ver si te aclaras, ¿somos espías o detectives?

—Joder, qué tiquismiquis. ¿Qué más da?

—Sí que da. No es lo mismo ser Colombo que Mata Hari.

—Chicas —las interrumpo.

Pero ellas siguen a lo suyo.

—Mirado así, igual tengo que darte la razón —continúa Vera.

—¡Alabado sea el Señor! Porque mira que te cuesta.

—Chicas —insisto.

—No es que me cueste, es sólo que...

—Y que te jode. Eso también puedes sumarlo.

—¡Chicas! —Alzo la voz.

—¡¿Qué?! —preguntan al unísono. Por fin he llamado su atención.

—Ha entrado en esa enorme iglesia acompañado de una mujer.

—¡No jodas que va a casarse!

—¿Acaso ves algún coche de novios en la puerta? —Las dos continúan con su duelo de verborrea durante un rato más.

Yo sigo con la mirada fija en la iglesia y en su alta torre hasta que, al cabo de un rato, Vera decide acabar con el combate sacándole la lengua a la rubia.

—¿Qué hacemos?

—Entrar —afirmo dirigiéndome hacia el sagrado templo, dispuesta a todo.

En la puerta, un hombre nos pide que nos detengamos y nos dice algo ininteligible en alemán. De fondo se oyen voces cantando.

—¿Qué ha dicho?

—Y yo qué sé.

—Pues eso me pasa a mí. Aparte de «autobús», no sé nada de alemán.

—¿Desde cuándo sabes cómo se dice «autobús»?

—Desde que era una niña.

—Eso no te lo crees ni tú.

—¿Ah, no?

—No.

—Ponme a prueba.

—A ver, dímelo.

—*SubanEstrujenPaguenYBajen.*

—¡La madre que te parió!

—Dice que tenemos que pagar cuatro euros por persona —les traduzco, cortándolas, una vez consigo hablar con el hombre. Por suerte, el desconocido, alias *Portero de Iglesia*, es docto en el idioma anglosajón.

—¿Hay que pagar por entrar? Para que luego digan de los españoles y nuestro afán por sacar pasta.

Una vez nos adentramos en la iglesia, con los folletos que el hombre nos ha dado tras efectuar el correspondiente pago, las tres nos quedamos maravilladas por su interior. En las paredes, unos enormes ventanales alargados y altos dejan pasar la luz del exterior, iluminando las enormes columnas en tonos coral que enmarcan el pasillo del centro, presidido por sillas de madera con asientos forrados en azul.

—No hay bancos —cuchichea Vera.

—¿Sabéis cómo se llama la iglesia? —pregunto al leer el impreso—. Heiliggeistkirche.

—Quítate el zapato de la boca.

—O lo que viene a ser lo mismo: iglesia evangélica del Espíritu Santo.

—Suena exactamente igual, sí, señor —se mofa Vera.

Las tres tomamos asiento tras el resto de la gente que escucha el concierto. Con la mirada busco a Dieter y lo encuentro en la primera fila, junto a la mujer con la que lo he visto entrar momentos antes. No parecen muy acaramelados, aunque como estamos en un sagrado templo tampoco es algo que proceda demasiado. Al menos sé que no se trata de una boda, eso está claro.

Tras más de una hora, con más de un bostezo por parte de Daniela y mío, y con Vera repantigada en la silla con la boca abierta y echando una cabezadita, se da por finalizado el concierto. La gente comienza a marcharse. Yo despierto a la morena dándole un pequeño codazo. Dieter aún sigue aquí. La mujer que estaba a su lado también se ha marchado. A estas alturas creo que ni siquiera son pareja. Sonríó para mis adentros. La iglesia está ya casi vacía. Tan sólo estamos nosotras, una mujer de mediana edad, que de pronto se aleja hacia la salida, y él, el asombroso hombre de medidas perfectas y... pastor de la iglesia más importante de toda Heidelberg.

CAPÍTULO 20

—A la mierda el tercer turno —comenta Vera.

—Y ¿ahora qué hacemos? —Daniela no sale de su asombro.

—De momento, largarnos de aquí —afirmo levantándome para salir de la iglesia furiosa seguida de mis inseparables amigas.

Las calles de la ciudad ya no me parecen tan bonitas. La prioridad por acabar la misión y salir cuanto antes de aquí se apodera de mí. Durante la cena, lo comento con las chicas, y ambas están de acuerdo conmigo. Debemos continuar, aunque no sabemos muy bien cómo llevar a cabo nuestro cometido.

—De todas las profesiones del mundo mundial, tenía que ser cura —bramo incapaz de contener mi cabreo mientras mastico el bocado que acabo de llevarme a la boca.

—¡Cura! —Vera aún sigue incrédula.

—Menos mal que me tiré al *highlander* —suelta Daniela. Su firmeza y la rotundidad con la que lo ha dicho nos arranca una sonrisa a las tres.

—Y ¿qué hacemos ahora?

—No lo sé —respondo.

—Está claro que cepillárnoslo queda descartado de la lista —afirma Vera—. ¡Qué desperdicio! —resopla recordando ese cuerpo concebido por el mismísimo diablo para hacer pecar de pensamiento.

—¡Un momento! ¿No dijiste que era evangelista?

—Sí. Pero no estoy muy puesta en esos temas, *sorry*.

—Si no me equivoco, sí puede casarse y tener pareja. —Las palabras de Daniela abren una nueva esperanza.

—Puedo pedirle audiencia para confesarme —propone Balay—. O puedo ir a su casa a solicitarle ayuda; o hacerme pasar por su vecina y pedirle sal. O también puedo...

—Sí, claro. Y ¿qué idioma vas a escoger para que te entienda?

—¡Joder con los idiomas!

—Chicas, dejadlo ya —intervengo—. Hay que dar con un plan que dé resultado.

—¡Pues como no lo secuestremos, apañadas vamos!

Las dos ponemos los ojos en blanco con la loca idea de Vera. Pero, conforme le doy vueltas en mi cabeza y la sopeso, me doy cuenta de que quizá no sea tan mala. Daniela y yo nos miramos; ambas pensamos lo mismo. Sin necesidad de

decirnos nada, las dos clavamos la vista en Vera.

—¡Eh, que estaba de coña! —se defiende alzando las palmas de las manos.

—Quizá sea nuestra única alternativa para conseguir las pruebas —afirmo con firmeza.

—Tan sólo debemos planearlo bien —secunda Daniela.

—¿Se os ha ido la olla? ¿Acaso queréis que nos detengan? ¡Y luego soy yo la friki del grupo!

—Si lo hacemos bien, nadie tiene por qué enterarse.

—Claro. Hola, somos tres españolas disfrazadas de tíos que venimos a secuestrarte, pero te garantizamos que no te vas a enterar. Chicas, en serio..., olvidad lo que he dicho.

—Yo estoy con la Princess.

—Creo que sé cómo hacerlo —afirmo entornando los ojos y con toda la firmeza y la seguridad de las que soy capaz.

* * *

Hemos pasado buena parte de la noche planeando cada detalle de la operación para no dejar ningún cabo suelto. Será un trabajo de equipo. Desde primera hora de la mañana, repasamos el plan. Tenemos los elementos necesarios, que hemos conseguido de una forma quizá un poco ilícita, aunque a estas alturas ya no nos importa. Nos hemos cargado un cartel en un pueblo, y ahora vamos a secuestrar al pastor de la iglesia de esta ciudad..., tampoco es para tanto.

A las once menos cuarto de la mañana nos presentamos en la Heiliggeistkirche. Aún faltan quince minutos para que dé comienzo la misa.

—¿Estáis preparadas?

—No seas cansina —me reprocha Daniela—. Llevas preguntando lo mismo desde el primer café de esta mañana.

—Sólo quiero asegurarme.

—Claudia, estamos contigo en esto. Deja de preocuparte por nosotras.

—Si no lo hiciera, ¿quién sería?

—¿Seguimos dándole a la sin hueso o nos ponemos en acción?

—Te pone esto, ¿eh, Balay?

—Más de lo que te imaginas, Sweet.

Con una torre de manos y un apretón conjunto, damos comienzo a la misión colocándonos cada una en su puesto. Vera y Daniela se quedan en las sillas. Yo me acerco a Dieter, que está acabando de preparar la misa. Cuando lo tengo ante

mí con sus increíbles ojos verdes recordándome a los de Arthur, temo perder la concentración en lo que debo hacer. Su penetrante mirada logra atravesarme hasta el último recodo del alma y me transporta a miles de kilómetros de aquí. Intento centrarme en lo que tengo que decirle, aunque mi vista viaja incontrolable hasta su boca. De nuevo esa fuerza misteriosa arrastrándome hacia él, alcanzando mi rendición ante el anhelo que siento. Tenerlo tan cerca y a la vez tan lejos logra que me falte el aliento. Y sin aliento me quedo en el instante en que Vera pasa por detrás de mí y me da un pellizco en el culo. De esos que hacen daño y pican al mismo tiempo. El respingo que doy no le pasa desapercibido a Dieter, que me pregunta algo que no logro entender. Por suerte, es un hombre de mundo y chapurrea algo el inglés, idioma en el que me comunico con él y en el que le cuento lo *maravillado* que me he quedado con la ciudad y con la iglesia. El templo se está llenando, y se acerca el momento en que las chicas deben actuar. Dieter intenta escabullirse de mí, debe comenzar la misa dentro de apenas tres minutos. El mismo hombre mayor que ayer vimos charlando con él trata de inmiscuirse en la conversación y arrancarlo de mis garras. Pero yo no se lo pongo fácil. Aún tiene que entrar en escena Pocholo, y debo ganar tiempo. El pastor, alias *El-clon-más-cachondo-de-los-dos-que-existen*, no quiere ser descortés conmigo y ya no sabe qué hacer para deshacerse de mí. Un minuto para las once. Ha llegado la hora. Me rasco la frente. Es la señal. Daniel avisa a Pocholo, y éste echa a andar por en medio del pasillo. Tras un fuerte golpe, la incombustible Balay, ahora convertido en un atractivo y menudo hombre, comienza a gritar de dolor. La gente se aglomera junto a él para socorrerlo, al igual que hace Daniel, el pesado hombre mayor y el mismísimo Dieter. Con extrema rapidez, saco del bolsillo la botellita de laxante que previamente hemos comprado en una farmacia cercana. Sobre el altar no hay vino, aunque no pienso pararme a averiguar de qué líquido se trata. Según el prospecto, son suficientes cuatro gotas. Echo un buen chorro; si no hay tiempo de conocer el líquido, tampoco lo hay de ponerme a contar. Con el frasco de vuelta en mi bolsillo, me dirijo hacia las chicas; es entonces cuando Vera deja de gritar y las tres tomamos asiento para escuchar la misa.

Como era de esperar, no entendemos ni papa, pero las chicas y yo imitamos a la perfección lo que hacen los que están a nuestro alrededor. Tan sólo queda esperar a que avance la ceremonia, que Dieter beba y, sobre todo, que el laxante haga efecto. Por fortuna, las dos primeras partes ocurren rápido, aunque todavía no hay rastro de retortijón ni de malestar alguno en el rostro del pastor.

—Estoy empezando a pensar que los han hecho como Robocop —cuchicheo a las chicas.

—¿Cuántas gotas le has echado?

—Le he echado un buen chorro.

—¿Estás loca? —Daniela está a punto de sufrir un ataque.

—Chists, cálmate. No tenía tiempo de contar. ¿Qué querías que hiciera?

—Dejad de quejaros, que aquí la única que tiene un buen moratón soy yo —interviene Vera.

—No jodas que te has caído de verdad.

—A ver si te piensas que la única capaz de actuar vas a ser tú, don Claudio.

—No es normal que no se esté retorciendo —vuelvo a la carga.

—Saldremos de dudas enseguida —afirma la Sweet cuando vemos por fin un gesto de incomodidad en la cara de Dieter.

La misa acaba y, de nuevo, la iglesia comienza a vaciarse. El susodicho se ha retirado de forma apresurada, seguido del anciano *Conejo*, apodado así desde que he podido comprobar por mí misma que es inagotable como las pilas Duracell.

—Vamos a tener un problema con el viejo. No se separa de él ni a sol ni a sombra.

—Y ¿qué hacemos?

—Voy a mandarlo a visitar también al señor Roca —afirmo.

—¿Vas a darle laxante también a él?

—A no ser que se te ocurra algo mejor, sí.

—Dame la botellita. Yo me encargo —asegura Daniela, dejándonos a Vera y a mí un poco atónitas.

Hay muchas cosas que me están quedando claras con este disparatado viaje, pero sin duda una de ellas es lo fuerte que es nuestra Sweet, y lo bien disimulado que lo tenía.

El plan continúa y sale según lo previsto. Con el anciano fuera de la iglesia, las chicas y yo aguardamos en la puerta del aseo. Los sonidos provenientes del inodoro, y concretamente del intestino de Dieter, han hecho desaparecer el glamur y el estilo que tanto nos habían impresionado al verlo por primera vez.

—Tía, te has pasado tres pueblos. Se va a deshidratar —me riñe Daniela.

—No pretenderás que entre ahí para darle el antídoto que le corta la diarrea.

—No, pero es que no para de...

—Cagar —suelta Vera—. Puedes decirlo, Sweet, lo hacemos todos.

—No hace falta ser tan grosera.

—Perdone usted, señorita. Está defecando, evacuando... O, dicho de otro modo, está haciendo caca, popó.

—¡Basta, chicas! —Sé que están nerviosas, y no las culpo por ello—. Debemos mantener la calma.

—A mí se me está revolviendo el estómago.

—Vale, es culpa mía. Siento no haber contado las gotas.

—Ya está hecho —interviene Vera.

—Pero tiene razón —disculpo a la Sweet.

—Ya está bien que lo reconozcas.

Al ir a contestarle, oímos el cerrojo del baño. Apresurándonos para colocarnos en posición, las tres nos ponemos manos a la obra. Daniela saca del bolso la botella con el cloroformo casero que fabricamos anoche con lejía y quitaesmalte y un trapo para empaparlo. Todo sucede muy rápido. Dieter aparece ante mí y yo llamo su atención, mientras Vera vigila y Daniela, que permanece escondida a un lado de la puerta, lo adormece sorprendiéndolo por detrás. El enorme cuerpo del clon cae sin aplomo sobre el frío suelo de mármol, dándose tal golpe que hasta retumba en las altas paredes.

—¿Por qué no lo has agarrado? —increpo a Daniela.

—¿Yo? Pensaba que ibas a hacerlo tú —se defiende ella.

—¡Menuda hostia se ha *dao*! —suelta Vera, a unos metros de distancia de nosotras.

—Venga, rápido, llevémoslo ahí.

Dieter tiene un despacho, sacristía o comoquiera que se llame la habitación en la que nos encontramos con alguna que otra comodidad, como un sofá de dos piezas que hay junto a la ventana. Entre las tres, lo arrastramos como buenamente podemos hasta llegar a él. La puerta no tiene pestillo, pero Vera se da prisa en colocar un mueble pesado delante.

—Vamos a ir al infierno por esto —comenta Daniela.

—A estas alturas ya nos esperan con las puertas abiertas.

—Venga, démonos prisa. Arráncale el pelo. Yo le cogeré una muestra de saliva.

Vera es la encargada de repartir las bolsas con precinto que necesitamos para recoger todas las pruebas.

—¡Un momento! ¿Nos vamos a ir así? —nos pregunta cuando acabamos.

—¿Qué quieres decir?

—Hagamos recuento. Tú te has cepillado al original, y tú al clon número uno —afirma mirándonos—. Y ¿yo qué?

—Vera, no pretenderás tirarte a un semiinconsciente, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! Pero nadie ha dicho que no pueda darme un homenaje viendo ese cuerpo, ¿no es así?

Daniela y yo nos miramos y, con un rápido gesto, me confirma que ambas pensamos lo mismo.

—Vale, pero date prisa —la apremio.

Mi amiga morena comienza a desnudarlo y a toquetearlo todo lo que puede.

—¡Joder, ahora os entiendo! —afirma al desabrocharle por completo la camisa—. Me toca conocer el fondo sur.

Sin un segundo que perder, se apresura a despojarlo del pantalón y el calzoncillo. Algo básico este último, para mi gusto.

—¿Qué es esto? —dice al comprobar lo que escondía.

—Vale que es pastor, pero podría pasarse el cortacésped —bramo al ver tal cantidad de pelo negro y rizado cubriendo su parte íntima—. ¡Acaba, por el amor de Dios! —le exijo a Vera mirando hacia otro lado.

—Que el bosque no te impida ver el árbol —me riñe—. Sweet, ¿el *highlander* calzaba así? —pregunta asombrada.

—Sí, tía. Esos científicos serán unos cabrones, pero hay que reconocer que esa parte la hicieron bien.

—Sois unas sinvergüenzas.

—Y eso que está durmiendo. Imagínate eso en pleno apogeo.

—¡Ni las fallas de Valencia!

—Ahí te has pasado.

—Un poco sí, la verdad. Me he venido arriba, *sorry*.

—¡Se acabó! —sentencio—. Volvamos a vestirlo y larguémonos de aquí cuanto antes.

Una vez lo abandonamos sobre el sofá, sin dejar rastro alguno de nuestra presencia, nos largamos de allí pitando. La misión ha salido tal y como esperábamos. Las tres sonreímos satisfechas de camino al hotel y con una idea clara en la cabeza: toca volver a casa... y llevar a cabo la última voluntad de mi padre.

CAPÍTULO 21

Valencia, dos meses después

La chaqueta entallada me aprieta y me incomoda. Siento el sudor en las manos, que froto y froto sin parar con intención de secarlas. Las chicas insisten en que debo calmarme, pero no logro hacerlo, pese a las dos tilas que me he tomado esta mañana antes de venir al Juzgado de lo Penal número 8 de la Ciudad de Justicia. Los tres acusados están declarando ante el juez en estos momentos, y tanto el fiscal como mi abogado y mis amigas me han aconsejado que aguarde aquí, en la fría sala de espera, a que acabe la comparecencia.

El mismo día que regresamos de nuestro viaje a Heidelberg fui a ver a la doctora Sarabia, tal y como me había indicado mi padre en su carta. La mujer, que está siendo testigo y parte principal en el juicio, no dudó ni un solo segundo en colaborar. Con la prioridad que ella misma dio a los análisis de las distintas muestras de ADN, consiguió que, en la misma semana, estuviesen listos todos los resultados. Su amabilidad y su implicación fueron tales que hasta me acompañó, junto con mi abogado, a ir a poner la denuncia a la comisaría. Todos sabíamos que los medios de comunicación no tardarían en hacerse eco de la noticia y que, a partir de ese instante, nuestras vidas no volverían a ser las mismas. Exactamente igual que les sucedió a Logan y a Dieter, aunque ellos supieron sacarle partido. Su ansia de fama los hizo ir de plató en plató de televisión contando su historia, algo que siguen haciendo a día de hoy. Para Arthur, en cambio, fue mucho más difícil. Así me lo hizo saber Isabel en una de las muchas llamadas que he ido haciéndole. Según sus propias palabras, el señor Stoner, además de haberse vuelto un gruñón insoportable, se vio obligado a cerrar la escuela y a contratar guardias de seguridad para impedir la entrada a periodistas al centro ecuestre. También me contó que reubicó en otras labores a los empleados encargados de dar las clases de monta, garantizándoles así sus puestos de trabajo.

—Claudia, ¿quieres dejar de dar vueltas? —Vera y su particular forma de animar.

—No puedo.

—Vayamos afuera, es mejor que te dé el aire —sugiere Daniela.

Yo guardo silencio y me limito a asentir y a dejarme guiar por ellas.

En absoluto silencio, el cual agradezco infinitamente, llegamos hasta la plaza adoquinada que preside la entrada al edificio. Por fortuna, toda la prensa está en la sala y no hay rastro de ningún micrófono. Una vez allí, cierro los ojos y tomo aire hasta llenar por completo mis pulmones; la sensación de ahogo me acompaña incluso aquí, donde no hay paredes que condensen el oxígeno ni techos que retengan los rayos del sol que me dan en la cara.

—Señorita Valero —oigo tras de mí. Reconozco su voz.

Expulso el aire que guardaba en mi interior y, con una pasividad digna de la imagen más lenta que una cámara pueda grabar, me giro hacia él.

—Inspector Gache.

—¿Puedo hablar un momento con usted?

—Ya lo está haciendo.

—En privado, por favor.

Las chicas se posicionan una a cada lado de mí como dos guardaespaldas con la firme intención de no dejarme sola con él ni por un solo segundo. Las tres lo miramos con el ceño fruncido.

—Lo que tenga que decirme puede decirlo aquí, delante de ellas —afirmo contundente.

El inspector resopla y da un paso más hacia nosotras.

—Está bien, como quiera. Señorita Valero, quiero presentarle mis más sinceras disculpas.

—¿Cómo dice? —pregunto, incapaz de asimilar lo que estoy oyendo.

—Esto no es fácil para mí, así que le agradecería que no jugara conmigo, señorita.

—No era yo quien quería hablar con usted, para empezar. Y, para finalizar, que usted no sepa distinguir entre jugar y desconcertar es su problema, no el mío.

—Sé distinguirlo perfectamente.

—No me lo parece. Si tanto le molesta, puede irse por donde ha venido.

—Lo siento.

—¿El qué?

—¿Cómo que el qué?

—Me consta que es usted suficientemente inteligente para saber en qué ha metido la pata. Y créame que no ha sido sólo en una ocasión. Por una extraña razón que ignoro, le gusta ser reincidente.

—Está bien. Empezaré desde el principio. Señorita Valero, siento mucho no

haber confiado en su palabra, y créame que ahora estoy siendo sincero. Me equivoqué al basarme sólo en las pruebas y no en su criterio. No es fácil para mí hacer esto, pero...

—Acepto sus disculpas.

—Tía, ¿qué haces? ¿Ya?... Déjalo que se arrastre un poco más —me susurra Vera entre dientes para que nadie pueda oírla ni entenderla.

—Gracias, señorita Valero.

—No me dé las gracias a mí y déselas a mis amigas, porque han sido ellas las que me han ayudado a resolver el caso.

Las chicas sonrían y se estiran orgullosas ante lo que acabo de hacer. El inspector, en cambio, mira al suelo antes de continuar.

—Señoritas, su amiga tiene toda la razón. Les doy las gracias a las tres, en nombre de mi unidad y del cuerpo de Policía Nacional, por haber resuelto este caso.

—De nada —dicen mis amigas al unísono. Un pavo real con la cola abierta se queda en nada al lado de ellas ahora mismo.

—¿Algo más, inspector Gache? —pregunto con altanería.

—Nada más. Que tengan un buen día, señoritas —dice antes de marcharse y desaparecer de nuestra vista.

Sólo cuando lo hace, dejo salir un profundo suspiro de lo más hondo de mi alma.

—¡Tía, eso ha sido cojonudo! —suelta Vera.

—¡Menudo subidón llevo! —añade Daniela.

—Chicas, ya podemos entrar —afirmo triunfal, cogiéndolas del brazo para dirigirnos de vuelta al interior del edificio con la firme convicción de que ya sólo quedan un par de cabos sueltos.

El juicio dura menos de lo esperado. La presión mediática ha hecho que incluso las más altas esferas políticas se hayan implicado en el caso. La prioridad era acabar con él cuanto antes, y eso es lo que ha sucedido. Cuarenta años de cárcel para cada uno de los acusados es la condena que les ha impuesto el juez en su sentencia; veinte por la clonación humana, y la otra mitad por el asesinato confeso de mi padre. Las felicitaciones no se hacen esperar; todo el mundo me agradece que haya tenido la valentía de cumplir la última voluntad de mi progenitor, aun a sabiendas de la peligrosidad que ello conllevaba. Creo que es entonces cuando me percaté realmente del riesgo que corrí en su momento, algo de lo que no fui del todo consciente. Y en el fondo sé por qué. Fue aquella

fotografía la que me hizo tirar adelante, la culpable, o más bien la responsable, de que diera aquel increíble paso. El mismo que, a día de hoy, me dispongo a dar de nuevo.

* * *

Houston, tres días después del juicio

Estamos a mediados de septiembre y un sol abrasador baña con sus rayos ultravioletas toda la ciudad de Houston. Un taxi cargado de maletas en la parte posterior me lleva hasta la puerta del Stoner Equestrian Center. Llevo casi un día entero sin comer debido a los nervios que albergo en mi interior. Gracias a las chicas, logré alimentarme mientras estuve en España; estuvieron pendientes de mí hasta el instante en que me vieron desaparecer por la puerta de embarque. La despedida fue tremendamente triste, pero las tres sabíamos que mi felicidad no es completa si no está él.

Mientras le pago la carrera al taxista, Isabel sale a mi encuentro. Sólo ella estaba avisada de mi regreso, algo que yo misma le pedí.

—¡Claudia, cariño! —dice acercándose a mí con los brazos abiertos.

—¡Hola, Isabel! —la saludo mientras nos fundimos en un cálido abrazo. Ella es lo más parecido que tengo a una madre.

—Pero qué delgada estás —afirma mirándome de arriba abajo.

—Tú también estás muy guapa.

—No es un piropo, y lo sabes. Anda, ven conmigo. ¡James! —llama a uno de los empleados que está junto a la oficina—. Ven a ayudarnos.

—¡Claro! —contesta él con una amable sonrisa.

—No está, querida —afirma cuando me pilla buscándolo con la mirada—. Ha tenido que salir, pero no tardará en volver.

—Gracias.

—Veo que te has traído equipaje para una larga temporada. ¡Ésta es mi chica! —dice arrastrando una de las maletas e invitándome a entrar en su despacho.

El resto de la mañana, y siempre que el trabajo se lo permite, Isabel y yo hablamos largo y tendido de todo lo que ha sucedido. Ella me cuenta con detalle cómo lo han vivido desde aquí. Por fortuna, los medios no son tan sensacionalistas como en España, y pronto se marcharon en busca de otra golosa noticia. A mediodía, sigue sin haber rastro de Arthur. Ella me ha invitado a ir a comer a su casa, pero, ante mi negativa, ha decidido quedarse para acompañarme y, de paso, asegurarse de que coma algo con ella en el club.

—¿Cómo está? —pregunto cuando nos quedamos a solas y he conseguido llevarme al estómago medio plato.

—No quise contártelo por teléfono, pero está peor que nunca.

—¿Qué quieres decir?

Mi rostro debe de reflejar el temor que le profeso, pues ella se apresura a responderme.

—¡No! No es que esté enfermo o no coma, como tú. Es su carácter, que se ha oscurecido y agriado desde que te marchaste. ¿Cómo decías tú? ¡Ah, sí! Que llevaba un palo metido en el culo. Pues te aseguro que ahora lleva un tronco de arce...

Sus palabras y sus gestos me hacen sonreír. En eso me recuerda mucho a Vera.

—He venido para contarle toda la verdad. Necesito que la escuche de mí.

—Claudia, no quiero asustarte, pero tengo que ser sincera contigo. Debes estar preparada para lo peor. El día que todo salió a la luz, nos prohibió a todo el personal hablar de ti. Ni siquiera nos permite nombrarte.

—¿Tanto me odia?

—Si quieres mi opinión, no creo que se trate de odio precisamente. Creo que está tan enamorado de ti que no logra ver la realidad.

—Yo también lo estoy de él y sí la veo.

—Pero tú eres mujer. Las mujeres tenemos ciertas capacidades que ellos no tienen.

—Sé lo que quieres decir.

—Al menos, debes saber que todos estamos de tu parte. Y, por lo que a mí respecta, haré todo lo posible. Cuenta conmigo para lo que necesites, ¿de acuerdo?

—Isabel, ¿puedo preguntarte algo personal?

—Claro, mi vida es un libro abierto, no tengo nada que esconder.

—¿Por qué me ayudaste tanto cuando llegué? No me conocías de nada, y...

—Cariño, las arrugas son síntoma de los años que tengo, y los años de la experiencia. Supongo que no eres consciente de la candidez que desprendes si me preguntas tal cosa.

—¿Candidez?

—Tus ojos hablan por ti. Y pude ver en ellos que eras una buena persona, aunque también pude ver pena, casi la misma que veo ahora.

—Supongo que sí —comento agachando la cabeza.

—¡Eh, un momento! —dice cogiéndome de la barbilla para que la mire—. No te digo esto para hundirte, sino todo lo contrario. Para mí eres como la hija que nunca tuve. Te mereces ser feliz, y lo vas a conseguir. Confía en mí.

—¿Cómo estás tan segura, si acabas de decir que...?

—¡Uy, qué poco conoces a las murcianicas! ¡Venga, arriba! Vamos al cuarto de baño a mejorar esa cara, que cierto gruñón está a punto de llegar.

Su desparpajo y el zumbido de mi atronado corazón logran avivarme y sacarme del momento ñoño en el que me encontraba. Tras asearme y corregir un poco mi apagado aspecto, salimos juntas del baño y, como una estatua de mármol o como un creyente ante la imagen de su dios, me quedo mirándolo cuando entra en el club, más alto, guapo, sexy y Trunkman que nunca.

CAPÍTULO 22

Arthur clava su mirada en mí y, como alma que lleva el diablo, da media vuelta y se marcha furioso. Sin tan siquiera despedirme de Isabel, salgo corriendo tras él. El corazón me late con tanta fuerza que lo siento retumbar en los oídos.

—¡Arthur! —Lo llamo cuando lo alcanzo. Sus zancadas son tan grandes como la tensión que refleja su cuerpo—. ¡Arthur, espera!

Pero él no obedece. Sigue andando camino arriba, deduzco que en dirección a su casa.

—¡Arthur, escúchame! ¡Concédeme unos minutos! —Sigo corriendo tras él. Me falta el aliento y siento la lengua tan seca como el esparto—. ¡Dame al menos la oportunidad de explicarme!

—¡Lárgate de mis tierras! —brama girándose hacia mí.

—¡Lo haré cuando escuches lo que tengo que decirte!

—¿Qué te hace pensar que me importa lo que vayas a decirme? Sé lo que vi. ¡Haz el favor de marcharte, Claude! ¿O mejor debo llamarte *Claudia*?

Reanuda la marcha.

—¡Es cierto que te mentí en más de un detalle, pero no tuve más remedio que hacerlo! —me defiendo—. En cuanto a lo que pasó en el establo...

—¿Ves estos ojos? —pregunta volviéndose de nuevo—. ¡Pues con ellos te vi aquella noche! ¡Con ellos te vi dejándote engatusar por el sinvergüenza de mi padre!

Ironías de la vida, los ojos a los que hace referencia son los mismos que en su momento me guiaron hasta él, y los que esa noche lograron alejarme de sus brazos.

—Arthur, por favor, escúchame —imploro—. Aquella noche creíste ver algo que...

—Creí que marchándome de la casa pillarías la indirecta. No creí necesario echarte de mis tierras. Pero veo que la sutileza no es para ti. ¡Vete de aquí! ¡No quiero volver a verte!

Vuelve a girarse y retoma la marcha. Yo, en cambio, me quedo paralizada, rota de dolor por sus despiadadas palabras. Las lágrimas caen desconsoladas por mi rostro, como mi alma se arrastra por la tierra que tengo bajo mis pies. Durante segundos, tal vez minutos, aguardo esperando encontrar la fuerza con la que mover un solo músculo. Pero mi mente mantiene una batalla interna con mi

dañado corazón. He viajado miles de kilómetros para poder contarle la verdad y sacarlo de su error. Mi capacidad de raciocinio está claramente mermada por el dolor de sus duras acusaciones; no logro aclararme las ideas. Pero, de pronto, el relincho de un caballo procedente del establo donde todo ocurrió logra poner fin a mi inmovilidad.

—Hola, campeón —lo saludo nada más llegar hasta él.

Desbocado se desvive por sacar la cabeza y tocarme. Es su forma de abrazarme.

—Yo también me alegro de verte —digo a sabiendas de que, al igual que la última vez, el llanto prevalece en mi cara.

Desbocado fue el único testigo de lo que sucedió aquella noche. Pese a que es un animal extremadamente inteligente, él no puede hablar por mí y defenderme ante su dueño. De nuevo, las palabras de la bestialidad del ser humano regresan a mi mente, la misma bestialidad que él ha demostrado conmigo hace tan sólo unos minutos. El corcel no puede hablar, pero se esmera en comunicarse conmigo, haciéndome saber que me aprecia y que está de mi parte. Quizá no pueda ser suficiente para otra persona, pero para mí sí lo es. Y son su cariño y su apoyo los que logran darme fuerzas para salir del establo con la firmeza de saber lo que tengo que hacer.

Todo el personal está al tanto de mi llegada, y aún más cuando me ven entrar en la pista de arena, la misma donde lo vi por primera vez y donde me enamoré irremediamente de él. Ellos mismos se han encargado de avisarlo. Y, como era de esperar, no tarda en aparecer.

—¿Qué diablos te crees que estás haciendo? —brama desde el otro lado de la valla. Pero yo no estoy dispuesta a rendirme. Ahora no—. ¿No me has oído? ¡Quiero que te marches!

Sus gritos han llamado la atención de todo el centro ecuestre. Yo sigo inmóvil, de pie justo en el centro de la pista, recibiendo todas las miradas que hay a nuestro alrededor. Incluso la de Isabel, que, tapándose la boca con las manos, es una más de los numerosos testigos que nos observan.

—¡Soy el propietario de estas tierras y te ordeno que te marches o llamaré a las autoridades!

—¡No pienso irme hasta que escuches lo que tengo que decirte! —grito con firmeza.

—¡Eres una maldita indomable!

—¡Pues dómame!

—¿Qué demonios estás diciendo?

A estas alturas, el espectáculo ha reunido a más de veinte personas, que, expectantes, aguardan a conocer el final de la escena.

—¡Tengo entendido que eres el mejor domador del país! ¡Demuéstrame!

—¡Yo no tengo que demostrarte nada!

—¡Te pagaré!

—¡Has perdido el juicio!

A punto estoy de decirle que se equivoca doblemente.

—¡Dime cuáles son tus honorarios!

—¡¡Sal de mis tierras!! —Su tono de voz va en aumento, al igual que su enfado.

—¡No hasta que me des la oportunidad de explicarme!

—¡No tienes nada que explicar!

—¡Sigues comportándote como Trunkman!

Las risas de los presentes logran enfurecerlo aún más.

—¡Para ti, *señor Stoner*! ¡¡¡Se acabó!!! ¡¡¡Todo el mundo a lo suyo!!! ¡Y tú...!

Nuestras miradas son el ejemplo del mayor duelo que jamás haya existido en todo el lejano o cercano Oeste. Estamos en el condado más vaquero de todo Estados Unidos, pero ni todo el cuero ni todo el teitano que hay en él son capaces de amilanarme ni de hacer mermar el amor que siento por este terco hombre.

—¡Como quieras, quédate ahí si quieres! —sentencia justo antes de desaparecer ante mis ojos y los de todos los testigos del rocambolesco suceso.

La tarde da paso a una noche fría. Arthur no ha vuelto a pasar por aquí y mucho menos ha cedido en su empeño de no querer escucharme. Yo tampoco lo hago, y sigo sin moverme de la pista. Mi cabezonería y mis sentimientos hacia él son tan fuertes que logran mantenerme firme en mi convicción. Muchos de los trabajadores se han marchado a sus casas, y todos y cada uno de ellos han pasado a saludarme y a darme su incondicional apoyo y ánimo. La última en hacerlo es Isabel, que no está dispuesta a dejarme sola.

—Márchate, tu familia te espera —le digo cuando llega hasta mí cargada con comida y bebida.

—Los he avisado de que tardaría un poco en llegar. ¿Necesitas algo más?

—Lo que necesito no puedes dármelo —afirmo en un tono un poco más triste de lo que cabría esperar.

—¿Estás segura de que esto es lo mejor?

—Sí.

—No sabes cuánto lamento veros así. He intentado hablar con él, de hecho, vengo de su casa ahora mismo, pero no he logrado convencerlo.

—Isabel, te agradezco infinitamente todo lo que estás haciendo por mí.

—No tienes que agradecerme nada. El que tiene que dar gracias es él por no haberse llevado un tortazo de mi parte.

Sonrío al pensarlo.

—Estaré bien, te lo prometo. Puedes irte.

—No, aún tengo que traerte un par de cosas más. Vuelvo enseguida.

La murciana se marcha y, al cabo de un corto rato, reaparece con un saco de dormir y un cojín.

—Sé que pedirte que te vengas conmigo a mi casa sería perder el tiempo, así que al menos he intentado traerte parte de mi casa aquí.

—Isabel, no tengo palabras para...

—No tienes que decirme nada. Tú acaba lo que has venido a hacer, y punto. Buenas noches, cielo.

Su beso y su ternura provocan de nuevo mis lágrimas, que, sin que pueda retenerlas, empañan mis ojos y me impiden verla marchar con nitidez.

La noche es más fría de lo que esperaba. Sin dejar de temblar, me acurruco dentro del saco para intentar entrar en calor. El sonido de varios animales, ramas de árboles sacudiéndose con la helada brisa y mi rechinar de dientes componen una espeluznante música que me obligo a oír durante horas. En mi mente recreo el instante en el que él vendrá a por mí y pondremos fin a esta absurda situación. Pero las horas pasan sin que nada de lo que anhelo suceda. Finalmente, con la extraña sensación de que me observa desde la lejanía, me rindo al cansancio y consigo dormirme.

Pasos de un caballo. Pasos que se acercan. Pasos que se alejan. El cansancio vuelve a apoderarse de mí y vuelvo a quedarme dormida.

Un sueño en el que estoy de pequeña en la cabaña junto a mis padres me mantiene ocupada hasta que, de nuevo, los pasos de un caballo logran despertarme. Entreabro los ojos para saber que forma parte de algo real y que estoy en lo cierto. La imagen de Arthur a lomos de *Desbocado* tras su habitual paseo se convierte en protagonista de toda mi atención. Está igual de impresionante y majestuoso que siempre. El recuerdo de la primera vez que lo vi sobre su caballo regresa a mi memoria. Me hago la dormida para poder admirarlo sin que se dé cuenta. Su entrada es lenta, pausada, aunque continua.

No tiene intención de parar. Me mira pero no se detiene. Hasta que *Desbocado*, en contra de lo que su dueño y amo le ordena, decide poner fin al paseo parándose junto a la valla, a la altura de donde me encuentro tumbada.

—Vamos, aquí no hay nada que ver —le dice de forma seca y tajante al caballo.

Desde donde está, no puede percatarse de que soy testigo de toda la escena.

Arthur maneja las riendas, pero no el alma del animal, que se niega en rotundo a dar un paso más.

—¿Qué estás haciendo? —le susurra para no despertarme—. Te he dicho que continúes.

Pero *Desbocado* es tan cabezota como yo y no obedece a sus palabras. En su lugar, me señala sacudiendo la cabeza en mi dirección. Arthur, harto de la necedad del animal, lo desmonta e intenta caminar tirando de las riendas. *Desbocado* relincha, insistiendo en su tenacidad. Sonrío en silencio.

—¿Se puede saber desde cuándo te importa ella?

El corcel se acerca a la valla, ignorando por completo sus palabras y centrando su mirada en mí. Trunkman, rendido ante la tenacidad del corcel, imita su gesto apoyándose en el último tronco que forma la valla.

—Es maravillosa, ¿verdad? —Mis latidos son tan fuertes que temo que pueda oírlos—. Cuando la vi por primera vez asomada ahí mismo, me quedé prendado de ella. Nunca se lo dije, pero me percaté de su presencia y de cómo me observaba mientras trabajaba aquí con un colega tuyo. Había algo especial en ella. Al principio no supe qué era, pero ella misma se encargó de que no tardara en averiguarlo. Es terca como una mula. —*Desbocado* gira la cabeza para mirarlo—. Mejorando lo presente —se disculpa Arthur—. Y no me mires así, que sabes que tengo razón. Vale, puede que yo también sea un terco, pero ella es... —Vuelve a mirar al caballo—. Está bien. Soy un Trunkman. Créeme, amigo, no es fácil ser amable cuando te llevas el palo que yo me llevé. —El animal lo acaricia con el cuello—. Tranquilo, estoy bien. Es sólo que... no esperaba que ella también... —*Desbocado* se revuelve y comienza a relinchar intranquilo—. Eh, amigo, ¿qué te pasa? —El pobre caballo intenta llamar su atención de la mejor forma que puede—. Se supone que el daño me lo hizo a mí, no a ti. —Los relinchos del animal aumentan—. Un momento... Tú estabas allí. —De nuevo *Desbocado* me señala, levantando esta vez levemente una de sus patas delanteras—. ¿Quieres decir que ella no...?

—Ya que no quieres escucharme a mí, al menos escúchalo a él —digo

incorporándome, aún dentro del saco. Tiemblo, y sé que no es de frío.

—¡Claudia! —pronuncia mi nombre atravesando la valla de un salto y llegando rápidamente hasta mí—. ¿Es cierto? ¿Te obligó? —Agachado, me rodea con los brazos.

—¿Cómo lo has sabido?

—Me lo acaba de decir él —afirma señalando a *Desbocado*.

—Yo no he oído tal cosa.

—Aún te queda mucho que aprender de ellos, potrilla.

Oír esa palabra de su boca hace que mi alma llore, pero en esta ocasión de inmensa alegría. Por un instante centro la vista en el animal, que nos observa lleno de júbilo al otro lado de la valla de troncos.

—¿Eso significa que me perdonas? —murmuro centrando de nuevo la vista en esos ojos que, tras arrebatármelo todo, vuelven a brindarme una segunda oportunidad.

—¿Perdonarte? Soy yo el que debe disculparse. ¿Podrás hacerlo, vida mía?

La ternura con la que Arthur fija su vista en mí me llega a lo más hondo de mi ser. Nunca antes me había mirado de igual forma. Me siento tan afortunada que sólo el amor es capaz de hablar por mí.

—Siempre te llevaré en mi corazón, ¿recuerdas?

—Ven aquí, potrilla —susurra abocándome hacia él para apresar mi boca con arrebatadora premura.

Sus labios pronto dejan entrever lo mucho que su corazón me ha echado de menos, besándome con desmedida y recuperada pasión, convirtiendo nuestro contacto en el más puro y sincero propósito repleto de perdón y de infinito amor.

Mi alma aletea de fortuna, tal y como hace *Desbocado*, que, sin dejar de relinchar, comienza a dar vueltas sobre sí mismo henchido de felicidad.

Impaciente por hacerme suya, Arthur me toma entonces en brazos, me saca de la pista y me lleva orgulloso y radiante hacia su casa, hacia la casa que, en el fondo, siempre supe que algún día sería mi hogar.

EPÍLOGO

Aún es de noche cuando me despierto entre sus brazos. La poca luz que entra por la ventana me permite observar cómo duerme. Incluso así es el hombre más guapo del mundo, y yo la mujer más afortunada. Me deleito y me entretengo en admirarlo, porque eso es lo que no he dejado de hacer desde que mis ojos se encontraron con los suyos en aquella fotografía. Pese a los meses que han pasado desde que me vine a vivir con él a Houston, no he dejado de amarlo ni un solo segundo. Todo lo contrario. Cada día a su lado es como un regalo, un maravilloso regalo que mi padre me hizo, allá donde esté.

—Buenos días, potrilla.

Me derrito cada vez que me llama así.

—Buenos días, Trunkman.

—El día que no madrugues más que yo, haré una fiesta —murmura todavía somnoliento.

—Como primera dama de un adiestrador, debo estar a la altura.

—¿«Primera dama»? —pregunta juguetón, acompañado de unas sonoras carcajadas—. No sabes cuánto te quiero.

—Se me ocurre una buena manera para que me lo demuestres —afirmo despojándome de mis finas braguitas, que saco y agito cual servilleta en un banquete.

—Voy a tener que seguir enseñándole modales, jovencita —replica abalanzándose sobre mí—. Parece no enterarse usted de que aquí el adiestrador soy yo.

Su cálida lengua rodea mi ombligo trazando pequeños círculos. Las cosquillas me arrancan una sonora risotada.

—*Valiente* —que es la yegua purasangre española que me regaló por mi cumpleaños y que desde entonces desbancó a *Roca* para nuestros paseos matutinos— puede que te haga caso. Pero yo aún lo estoy pensando. —Esa última palabra la pronuncio más aguda de lo normal por las caricias que su ávida lengua me hace en mi parte íntima. Jadeo.

—¿Qué decía, señorita?

—Nada, caba... llero.

—¿Decía que no era capaz de adiestrarla? —pregunta penetrándome con un dedo.

Estoy tan excitada que no logro pensar con claridad. ¡Y eso que acaba de empezar! Este hombre me enloquece.

—Sólo me estoy... dejando. —Sonrío al oír la forma en que lo digo y por el divertido juego que nos traemos... entre manos.

—Quizá necesite unos azotes, futura señora Stoner.

—¡¿Qué?!

Sus embestidas aumentan al tiempo que su boca se hace con mi clítoris, al que maneja a su antojo, absorbiendo, mordiendo y lamiendo de un modo brutal.

—Unos azotes en el trasero le vendrían bien para adquirir modales.

Antes de que me dé tiempo a responderle, su lengua regresa a mi abultado sexo. Mis pezones hinchados rozan la tela de la camiseta que aún llevo puesta. Con la respiración entrecortada, lamo mis labios, resecos y sedientos.

—Lo que has... dicho... después —balbuceo. Voy a estallar de placer.

—¡Se acabó! —Arthur se levanta de un salto—. ¡Vístete! ¡Nos vamos!

—¿Ahora? —pregunto aún exhausta por lo que, hasta hace escasos segundos, me estaba haciendo—. Aún no son ni las cinco —afirmo tras mirar la hora en el reloj que tengo en la mesilla.

—¡Sal de mi cama!

—¿Me estás echando?

No salgo de mi asombro. Primero me deja a medias y ahora me echa. ¿Qué le pasa?

—Ah, y no te pongas vaqueros. Mejor un vestido.

—Arthur, ¿estás despierto? Mira que igual sigues dormido, porque llevas varias incoherencias seguidas y me estás empezando a...

—Voy a hacer contigo algo que siempre he querido hacer y nunca me he atrevido.

—¿Sacarte el palo del culo? —me mofo. Sigo adorando picarlo.

—¿Crees que sigo llevándolo? —Su ceño fruncido mientras termina de abrocharse el cinturón muestra más sorpresa que enojo por su parte.

—Llevabas tiempo sin él, pero acabas de metértelo al echarme.

Arthur clava la mirada en mí. Como un gato salvaje, y apoyando las manos sobre el colchón, se me acerca sigiloso. Una sonrisa cruza mi cara al sentirme como una presa a punto de ser devorada por su cazador. Me siento tan excitada que podría tener un orgasmo con tan sólo mirarlo.

—Obedece, potrilla —murmura en mi boca.

—¡Derribada por halitosis! —suelto de pronto, dejándome caer sobre la

cama.

Ambos reímos a carcajadas, y más yo cuando me encuentro literalmente chafada por su escultural cuerpo. Me siento tan feliz en este instante que pido para mis adentros tener la oportunidad de revivir un despertar como éste todos los días de mi vida.

Desbocado está en su establo, impaciente porque, como cada mañana, Arthur salga a pasear a lomos de él. Eso sí, una vez que ambos hayamos pasado a saludarlo. Tras sus pertinentes buenos días, me acerco a hacer lo mismo con *Valiente*.

—Hoy no vas a montarla a ella —me corta al ver mis intenciones.

—En serio, Trunkman, estás empezando a preocuparme.

—Vendrás con *Desbocado* y conmigo.

—¿Has dormido bien? No sé, igual has tenido una pesadilla o...

Arthur se abalanza sobre mí y, estrechándome entre sus brazos, me besa con fuerza, excitándome de un modo inaudito.

—Creo que ahora eres tú la que todavía no se ha despertado —murmura al separar sus labios de los míos. Yo aún sigo intentando recobrar el aliento tras el intenso beso.

La silla que escoge para ponerle a *Desbocado* es más grande de lo normal. Una vez colocada, ambos nos subimos. Nada más hacerlo, siento el poder y la sensación de supremacía que produce montar un ejemplar como él. Pese a lo bien que nos llevamos, nunca antes lo había hecho. Es más alto que cualquier otro caballo del centro, aunque son su porte y su elegancia lo que en verdad lo distinguen del resto. Con la espalda apoyada sobre el pecho de Arthur, los tres damos comienzo a nuestro particular y emocionante paseo.

Falta poco para que amanezca. El cielo comienza a clarear por el este. Como cada mañana, recorreremos el itinerario habitual. Aunque hoy la sensación que tengo es distinta. Es una nueva, que me embarga y me hace sentir la mujer más dichosa y afortunada del mundo.

—Estás preciosa —susurra Arthur en mi oído.

—Si no me ves la cara —afirmo girando levemente el cuello.

—Pronto pondré remedio a eso.

—¿Qué quieres decir? —Hoy no gano para acertijos.

Pero, en lugar de responder a mi pregunta, Arthur sacude las riendas y le ordena a *Desbocado* que aumente la velocidad. El animal, deseoso y obediente a lo que le dicta su dueño, comienza a trotar.

—Disfruta del viaje, potrilla —me pide al ver cómo me aferro al cuerno de la silla.

Al principio me veo incapaz de hacer lo que me pide. Tanto misterio me tiene un pelín desconcertada.

Todas las mañanas paseamos disfrutando del verdoso paisaje que nos muestran los caminos por los que pasamos. Pero ahora todo es distinto. Ahora lo tengo a él cubriéndome con sus brazos, protegiéndome y ofreciéndome la oportunidad de experimentar algo realmente fascinante. Embaucada por su influjo y su versada experiencia, logro relajarme y disfrutar de lo que me ofrece.

—¿Preparada?

—¿Para qué?

—Ahora lo verás. ¡Agárrate fuerte! —exige justo antes de ordenarle a *Desbocado* que galope.

Gritos ahogados de felicidad afloran en mi interior al notar la sensación que me produce galopar junto a él. Hasta el animal parece conocer la ruta, una que sólo yo desconozco. Las viviendas dan paso a un espeso bosque, dominado tan sólo por altos árboles y frondosa hierba. La luz que el sol comienza a regalarnos engrandece aún más el reluciente color verde que nos rodea. Arthur me estrecha fuerte entre sus brazos, y aunque la velocidad a la que va *Desbocado* es alta, sé que no existe un lugar más seguro en la Tierra que éste. Sonrío. Sonrío dichosa por estar viviendo esto. Y por primera vez hago algo que he deseado hacer desde hace mucho tiempo. Miro al cielo y, en un leve susurro, digo:

—Gracias, papá.

Cuando *Desbocado* aminora y vuelve al paso, me percató de que estamos en un lugar increíblemente bello, dominado por un gran valle con un pequeño riachuelo de aguas cristalinas.

—¿Te gusta? —pregunta un radiante Arthur.

—¿Estás de broma? Me encanta.

—Bienvenida a nuestro rincón favorito.

—¿«Nuestro»? ¿Tengo que ponerme celosa?

Desbocado gira la cabeza y sonrío. Los tres lo hacemos.

—Ven aquí.

—¿Qué haces? —digo impresionada al sentir cómo mi adiestrador preferido me levanta de la silla cogiéndome por la cintura y me gira hacia él—. ¿Te has vuelto loco?

—Lo hice en cuanto te vi. Ya lo sabes.

Su tono y su intensa mirada son tan tentadores que no tengo más remedio que firmar mi rendición. A horcajadas sobre él, me someto al impúdico beso que me da. Me aferro a su cuello y abro la boca para dejarme invadir por su libidinosa lengua, que no tarda en rozar la mía.

—*Desbocado*, no mires —le ordena al animal, que sigue caminando sobre la alta hierba—. Siempre he querido hacer esto.

—¿Ordenarle que no mire? —pregunto juguetona.

—Espero que no le tengas mucho cariño.

—¿A *Desbocado*? Claro que...

Arthur no me deja acabar la frase. De un fuerte tirón logra romperme el tanga que llevo puesto bajo el ligero vestido corto de primavera. La rudeza con la que lo hace me excita sobremanera. Su parte tosca me enciende y me seduce tanto que aniquila por completo mi parte Princess. Siempre pensé que sólo un hombre con una sensibilidad y una dulzura extremas podría llegar a conquistarme. Pero estaba totalmente equivocada. Gestos como éste me confirman y corroboran que la pasión tiene diferentes formas de manifestarse, y que mis sentimientos por él no conocen límites.

Con una seguridad abrumadora, Arthur se libera de los botones de su pantalón, entregándome su inquieto miembro. Estoy tan excitada que me penetra sin apenas dificultad. Mi parte íntima siempre se ha adaptado a la perfección a la suya. Jadeo al sentirla golpeándome en mi interior. Nadie puede vernos donde nos encontramos, aunque poco me importa. Lo que siento por él es tan fuerte que hasta me produce morbo pensar que alguien pudiera estar siendo testigo de lo que hacemos. Un nuevo empujón logra ponerme los ojos en blanco.

—Te follaría hasta el último día de mi existencia —murmura en mi boca, tan excitado o más de lo que lo estoy yo.

La rudeza de sus palabras me enciende de un modo inaudito. Con las manos, estruja mis glúteos, ejerciendo así una mayor presión para las embestidas. La punta de su miembro golpea con la misma fuerza que las herraduras de *Desbocado* sobre la tierra. Me estremezco. Mi parte íntima lo acoge con apremio y deseo. Fundidos en uno solo, hacemos el amor sobre el caballo, que continúa caminando, obedeciendo las palabras de su adorado amo. Los labios de Arthur se amoldan a los míos como mi sexo al suyo. La altura a la que estamos, el movimiento del animal y tener a Arthur dentro de mí me hacen sentirme poderosa.

—En respuesta a tu pregunta...

—¿Cuál de ellas? —balbuceo jadeante sin soltarme de su cuello.

—Quiero que te cases conmigo. Quiero que seas la futura señora Stoner.

Su mirada es oscura, intensa y muy sincera. Su propuesta me parece la más romántica del mundo. No se me ocurre mejor forma de declararme su amor, una en la que el erotismo y la pasión hablan por nosotros. Nuestros cuerpos y nuestras almas están unidos desde el primer día, aunque nosotros no fuésemos conscientes de ello en aquel instante. Siento tanta felicidad y tanta dicha que mi cuerpo reacciona alcanzando un majestuoso orgasmo.

—¡Sí, sí...!

—¿Eso es de placer o una respuesta?

—Las dos cosas, amor mío.

—¿Has oído, *Desbocado*? ¡Ha dicho que sí! —grita Arthur fuera de sí, dejándose arrastrar por un excitado clímax.

Me sonrío y, tras un ardiente beso, me estrecha aún más entre sus brazos para abocarme hacia su cálido y fuerte pecho. Durante un buen rato permanecemos en silencio, tan sólo sintiendo y escuchando nuestros latidos, así como los pasos de un radiante y feliz *Desbocado*, único y fiel testigo de nuestra increíble historia de amor.

AGRADECIMIENTOS

Como viene siendo habitual en mí, quiero dar las gracias en primer lugar a mi familia, y en especial a mi marido y a mi madre, por su incondicional apoyo, por sus certeros consejos, y por aguantar el follón que pueda ocasionarles con cada capítulo que escribo. Gracias por ser mis lectores cero. ¡Os quiero con locura!

También quiero hacer especial mención a las personas que me han inspirado para escribir esta divertida historia: Mariola García, Mari Carmen González e Itziar Marco. Gracias por aportarme tanto y por acompañarme en esta maravillosa aventura. ¡Os *I love you un capazo!*

Un millón de gracias a vosotros, mis lectores. Y, cómo no, a mis Chic@s D.I.S.N.E.I. que, en mi grupo de Facebook, me apoyáis día a día en mi trabajo. Gracias por estar ahí, a mi lado, y por vuestras palabras de cariño. Que os gusten mis novelas y me lo hagáis saber me hace inmensamente feliz. ¡Sois la caña y os llevo en el corazón!

Y, por último, y para no variar, dejo este espacio para mi editora, Esther Escoriza, que siempre sabe aportarme sus sabios consejos y su inestimable experiencia. Gracias de nuevo por confiar en mí y por darme la oportunidad de hacer realidad mis sueños. ¡Te quiero, pequeñina!

BIOGRAFÍA



García de Saura es el nombre artístico de Carmen María García, que, tras varios años de intentos, consiguió escribir su primera novela, *La culpa es de D.I.S.N.E.I.*, en la primavera de 2015, a la que han seguido *Lo que el alcohol ha unido que no lo separe la resaca*, *Aquí le echamos muchos huevos... a la tortilla* y *Soñando a lo grande, pensando a lo «chico»*, esta última en coautoría con Alissa Brontë. Natural de Molina de Segura (Murcia), cursó sus estudios de Bachiller y COU en la rama de letras puras. Posteriormente se graduó en Técnico Especialista en Administración. Tras el nacimiento de su hijo, le surgió la vocación por la pintura, donde con el paso de los años ha pintado más de cuatrocientas obras y ha expuesto en más de dieciocho ocasiones, tanto de forma colectiva como individual. Algunas de sus obras se encuentran en ciudades como Barcelona, Londres o Buenos Aires. Su interés por avanzar y aprender la llevó también a asistir a cursos de informática, bisutería y tatuajes.

Facebook: GARCÍA DE SAURA

Twitter: @GarciadeSaura

REFERENCIAS A LAS CANCIONES

Everybody (Backstreet's Back), (P) 1995, 1996, 1997 Zomba Recording, LLC, interpretada por Backstreet Boys. (N. de la e.)

Houston, tenemos más de un problema

García de Saura

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Yuganov Konstantin / Shutterstock

© de la fotografía de la autora: Ester Palacios

© García de Saura, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España) www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2017

ISBN: 978-84-08-17616-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

